

¿Te perdiste una edición previa?

POPULISMOS

ROBOTS

HONGOS

LA CALLE

EXTRACTIVISMO

ESCUELA

CENTROAMÉRICA

EXTRA-TERRESTRE

MUERTE

COMUNIDAD

EZLN

DESIGUALDAD

EL MAR

ENFERMEDAD

INTELIGENCIA ARTIFICIAL

ESPÍAS

OLIMPIADAS



 revista.unam

 revista_unam

 revista_unam

¡Te la enviamos!

suscripciones@revistadelauniversidad.mx



Visita nuestra plataforma digital:

www.revistadelauniversidad.mx



VIAJES

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚM. 912, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

VIAJES

¿Cuándo llegaron los primeros seres humanos al continente americano? ¿Cómo viajaban los libros prohibidos a Nueva España? ¿El turismo contemporáneo nos permite conocer al otro?

Guadalupe Alonso Coratella
Diana del Ángel • **Agustín B.** Ávila
Casanueva • **Sandra** Barba • **Jesús**
Bartolo • **Wenceslao** Bruciaga
Viridiana Carrillo • **José** de Castro
Andrés Cota Hiriart • **Pablo** Duarte
Gabriela Frías Villegas • **Alicia**
García Bergua • **Maya** Goded
Laura Ímaz Álvarez Icaza • **Ricardo**
López Si • **Christian** Mendoza
Liliana Pedroza • **Karina** Sosa
Castañeda • **Cristina** Torres
Elizabeth Treviño • **Paloma** Ulacia
Altolaquirre • **Jorge** Volpi

AYOTZINAPA: 10 AÑOS

AYOTZINAPA Y
EL LEGADO DE
LA REVOLUCIÓN

TANALÍS PADILLA

LOS HERMANOS
VONNEGUT

ELISA DE GORTARI

UN PLANETA NO
TAN SOLITARIO

DIEGO OLAVARRÍA

RESEÑA DE
I. A. INTELIGENCIA
ACTORAL

JUAN VILLORO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



 culturaUNAM





VIAJES

NÚM. 912, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO




culturaUNAM



UNAM
la Universidad
de la Nación



RECTOR

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

COORDINADORA DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dra. Rosa Beltrán

CONSEJO ASESOR

María Soledad Funes Argüello

Miguel Armando López Leyva

Julia Santibáñez

Alejandro Cruz Atienza

Tatiana Cuevas

Jacobo Dayán

Cinthya García Leyva

Nashieli Ramírez Hernández

Mary Frances T. Rodríguez Van Gort

COMITÉ EDITORIAL

Hernán Bravo Varela

José Luis Díaz

Eugenio Fernández Vázquez

Julieta Fierro

Vivette García Deister

Thelma Gómez Durán

Verónica González Laporte

Pura López Colomé

Mariana Ozuna

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Ignacio Sánchez Prado

DIRECTOR

Jorge Comensal

COORDINADOR EDITORIAL

Sandra Barba

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Mariana Delgado

JEFA DE REDACCIÓN

Claudina Domingo

INVESTIGACIÓN Y CUIDADO EDITORIAL

Laura Ímaz Álvarez Icaza

EDITOR DE ARTE

Papús von Saenger

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

UNIDAD ADMINISTRATIVA

Yazmín Romero Velasco

DERECHOS DE AUTOR

Blanca Estela Díaz

COMERCIALIZACIÓN

América Sánchez

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Abril Peña

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

DISTRIBUCIÓN Y FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA: MAYA GODED, BOLIVIA, 2022. FOTOGRAFÍA CORTESÍA DE LA ARTISTA.

Consulta nuestro Aviso de privacidad en: <https://www.revistadelauniversidad.mx/privacy>

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 124

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la *Revista de la Universidad de México* recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. *Revista de la Universidad de México* es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.

**Desarrolla tu iniciativa
cultural y la coproducción
de un proyecto**

CONVO CATORIA

**Creación artística,
comunicación y gestión cultural**

**Hasta el 14
de septiembre
de 2024**



**Bases
piso16.cultura.unam.mx**



*Quien esto lea debe saber también
que a pesar de todo
los muertos no se han ido
ni los han hecho desaparecer*

DAVID HUERTA, "AYOTZINAPA"

ÍNDICE

4 EDITORIAL

DOSSIER

- 6 A LA ESPERA DE QUE LOS GLACIARES SE DERRITAN: CÓMO POBLAMOS AMÉRICA**
Agustín B. Ávila Casanueva
- 13 UNA VENTANA AL INFINITO: LOS VIAJES EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO**
Gabriela Frías Villegas
- 18 LA VÍBORA DE LOS OJOS DORADOS**
Andrés Cota Hiriart
- 26 UN PLANETA NO TAN SOLITARIO**
Diego Olavarría
- 33 DE VIAJE**
Paloma Ulacia Altolaquirre
- 37 LAS MARAVILLAS DE ORIENTE**
Jorge Volpi
- 43 DE QUIJOTADAS NOVOHISPANAS Y LIBROS NAVEGANTES**
Elizabeth Treviño
- 48 LAS AVENTURAS DE JOSÉ DE CASTRO POR TIERRA, MAR Y NIEVE**
Laura Ímaz Álvarez Icaza
- 56 SOBRE IR A TRABAJAR EN BICICLETA**
Pablo Duarte
- 63 EL NOMBRE DEL VIAJE**
Viridiana Carrillo
- 71 I'M GOIN' HOME: LUNA DE MIEL SOBRE RUEDAS DE ARCOIRIS**
Wenceslao Bruciaga
- 78 MALVIAJE**
Karina Sosa Castañeda
- AYOTZINAPA: 10 AÑOS**
- 84 AYOTZINAPA Y EL LEGADO DE LA REVOLUCIÓN**
Tanalís Padilla
- 94 AUNQUE SEA DE MÁRMOL LA QUEMAN, AUNQUE DE AIRE LAS PALABRAS PERDURAN**
Diana del Ángel
- 101 LOS ALEVINES DE LA PALABRA PADRE**
FRAGMENTO
Jesús Bartolo

104 LAS MISAS CRUCIFICADAS

ENTREVISTA CON LUIS ORLANDO
PÉREZ JIMÉNEZ, S. J.

Sandra Barba

ARTE

114 EL RASTRO DE LA SERPIENTE

CUADERNOS DE VIAJE

Maya Goded

PANÓPTICO

EL OFICIO

126 CLAUDIO MAGRIS, VIAJERO INFINITO

Guadalupe Alonso Coratella

ALAMBIQUE

131 MI PASO POR NATURALEZA

Alicia García Bergua

PERSONAJES SECUNDARIOS

135 COMO DOS COPOS DE NIEVE: LOS HERMANOS VONNEGUT

Elisa de Gortari

OTROS MUNDOS

139 NADAR EN AGUAS ABIERTAS, HACERLAS MENOS PROFUNDAS

Ricardo López Si

CRÍTICA

144 I. A. INTELIGENCIA ACTORAL

FLAVIO GONZÁLEZ MELLO

Juan Villoro

148 NO SÉ LO QUE SOY PERO SÉ DE LO QUE HUYO

GABRIEL WOLFSON

Christian Mendoza

153 OTRO BOSQUE. MUJERES Y CUENTOS DE HADAS EN LATINOAMÉRICA

LOLA HORNER

Liliana Pedroza

157 DINASTÍA DE ALBAÑILES. OTRAS ARQUITECTURAS EMOCIONALES DE ROLANDO FLORES

Cristina Torres

161 NUESTROS AUTORES

EDITORIAL

Desde la expansión nómada de nuestra especie, los seres humanos siempre nos hemos desplazado con fines migratorios, exploradores, religiosos, comerciales, científicos, laborales y recreativos. Las conquistas, caravanas y migraciones han moldeado el mundo globalizado, colonizado, gentrificado y exotizado que hoy habitamos. Además de abordar esos viajes en este dossier, incluimos otros tipos de traslado: Pablo Duarte, (nuestro colega del equipo editorial al que deseamos lo mejor en sus nuevos proyectos), escribe sobre los trayectos que hacemos para ir y volver de nuestro trabajo, y Karina Sosa Castañeda discurre sobre lo que esperamos de los “viajes” psicodélicos. Ya sea que migremos en grupo, como nuestros ancestros, colonizando en el proceso un continente, o que lo atravesemos en una combi, como Viridiana Carrillo, el común denominador de estos textos es que sus travesías tienen el poder de modificar lo mismo una vida que el curso de la especie. Las implicaciones filosóficas del viaje son exploradas por Guadalupe Alonso en sus entrevistas y lecturas de Claudio Magris, quien evoca viajeros literarios icónicos como Odiseo y se cuestiona sobre los tipos de fronteras que existen.

Por otro lado, este mes se cumple una década desde la desaparición forzada de los 43 normalistas de Ayotzinapa. Dicho episodio despertó una enorme y duradera indignación pública. En este memorial, Tanalís Padilla responde una pregunta medular: ¿por qué este hecho horroroso —y no cualquier otro— logró estremecer a la sociedad mexicana al punto de movilizarla en una exigencia de justicia que aún perdura? Diana del Ángel se pregunta lo contrario. Tras observar las estelas profanadas de tres víctimas de Ayotzinapa, la escritora y activista indaga en los motivos de quienes atentan contra la memoria. Un aspecto poco abordado en la bibliografía es el acompañamiento espiritual a los familiares de los normalistas. En entrevista, el sacerdote jesuita Luis Orlando Pérez Jiménez explica sus razones, así como las de su congregación, para seguir acompañándolos. Y en la obra de Jesús Bartolo, poeta guerrerense, encontramos una rememoración íntima de los estragos de la violencia, pues este año se cumple medio siglo desde la desaparición forzada de su padre, Ausencio Bello Ríos. Esperamos, así, que la memoria persevere y contribuya a luchar contra la impunidad.



Maya Goded, Chile, 2021. Fotografía cortesía de la artista.



A LA ESPERA DE QUE LOS GLACIARES SE DERRITAN: CÓMO POBLAMOS AMÉRICA

Agustín B. Ávila Casanueva

I

"¿Por qué razón no puede el género humano haber aparecido al mismo tiempo, o tal vez aun antes, en el nuevo que en el antiguo continente?"¹ se preguntaba Florentino Ameghino, un naturalista autodidacta argentino que exploró esta interrogante en un libro titulado *La antigüedad del hombre en el Plata*, cuyos dos tomos fueron publicados en 1880 y 1881, veintiún años después de *El origen de las especies* de Darwin. El hecho de que hubiera humanos en lo que ahora llamamos el continente americano puso en problemas a más de un naturalista, geólogo y teórico. No era para menos, pues la respuesta sobre cómo llegamos al supuesto Nuevo Mundo no es sencilla, lo que ocasionó que se postularan hipótesis rayanas en lo absurdo: viajes en navíos de tecnología inexistente para la época y continentes perdidos con una población primigenia. Ante dichas especulaciones, la propuesta que hizo Ameghino no sonaba tan descabellada.

Tras estudiar una serie de fósiles y husmear en los rasgos fisiológicos de personas de los pueblos originarios, Ameghino alzó la voz, con un gran dejo de nacionalismo continental, para decir que no se iba a quedar mirando mientras en Europa y Asia clamaban ser la cuna de la humanidad: "¿Por qué hemos de negar la posibilidad de la existencia del hombre diluviano y aun terciario en América?", retó cual verdadero prócer

¹ *La antigüedad del hombre en el Plata*, La Cultura Argentina, Buenos Aires, p. 87.



Edward S. Curtis, *Retrato de una familia Inupiat de Noatak, Alaska, 1929*. Library of Congress ©.

de la ciencia americana.² Aclaró que tampoco iba a aceptar un nacimiento múltiple; si nuestra especie venía de un solo lugar, ¿por qué no podía ser de nuestro continente?, y de manera más precisa, ¿por qué no del Cono Sur?

Más de cien años después de su teoría autotónica, hemos logrado aclarar que nuestra especie se originó en África. "Pero seguimos sin poder explicar con precisión el poblamiento de América", confiesa Víctor Moreno Mayar, investigador de geogenética en el Instituto Globe en Dinamarca, cuando le pregunto. Sin embargo, no estamos tan perdidos, hay evidencias claras sobre algunas cosas. La primera de ellas se reveló en el siglo XX, con el descubrimiento del sitio arqueológico Folsom por George McJunkin, un vaquero afroamericano.

El 27 de agosto de 1908, en el pequeño poblado de Folsom, al norte de Nuevo México, las nubes se congregaron para dejar caer el equi-

valente al 75 por ciento de la lluvia anual en una sola noche, dejando al descubierto sedimentos que no habían visto la luz del sol en milenios. Al día siguiente, mientras reparaba algunas de sus cercas, McJunkin, también naturalista autodidacta, encontró una serie de huesos que llevó de regreso a su casa. Lamentablemente para nuestro vaquero, el sitio no fue explorado de forma oficial sino hasta después de su muerte en 1922. Para 1926 el paleontólogo Harold Cook confirmó que los huesos ahí hallados pertenecían a una especie de bisonte extinto, el *Bison antiquus*. Un año después, el 29 de agosto de 1927, el equipo de excavación encontró algo más que fósiles de bisonte: una punta de flecha incrustada entre dos costillas del mamífero extinto. Así se probó por primera vez que había humanos en Norteamérica durante la última era de hielo, milenios antes de lo que se pensaba.³

² *Ibid.*

³ Dicha era de hielo empezó hace 115 000 años y terminó hace poco más de 11 000.

En esa era, los glaciares eran tan promi-
nentes que el nivel del mar retrocedió, abrien-
do un puente de tierra entre la punta noreste
de lo que hoy son Asia y Alaska: Beringia. A
través de dicho puente, nuestros antepasados
cruzaron sin mayor reparo de Asia a Améri-
ca, y al llegar aquí continuaron su camino.

Claramente, no es como suena. Es cierto
que hace trece mil años se abrió el corredor
de mil ochocientos kilómetros de ancho. Pero
las puertas de nuestro continente estuvieron
cerradas por mucho tiempo. Al llegar a la cos-
ta oeste de lo que ahora es Canadá, había dos
glaciares gigantes que no se podían evadir
por ningún lado, por lo que los humanos tu-
vieron que quedarse ahí esperando durante

cientos o miles de años a que se derritieran es-
tas "paredes de hielo de kilómetros de alto" y
se abriera un paso...

Víctor aclara que la hipótesis sobre la entra-
da por Alaska y el recorrido de los nómadas
por el resto de América no es la única que in-
vestiga la ciencia. En el sitio de Monte Verde,
en Chile, se encontraron yacimientos huma-
nos de hace 14800 años, es decir, un par de
milenios antes de que se abriera el corredor
de Beringia. Este descubrimiento exigía una
explicación alternativa de la migración huma-
na entre ambos continentes.

Hace dieciséis mil años, mientras intentá-
bamos darle la vuelta a los glaciares, se creó
otro paso natural. Volviendo a revisar los mo-



Fotograma de *Nanuk, el esquimal*, 1922, de Robert J. Flaherty.

Había dos glaciares que no se podían evadir, por lo que los humanos tuvieron que quedarse ahí durante cientos o miles de años.

delos paleoclimáticos, Víctor y su equipo de trabajo llegaron a otra hipótesis: el cruce pudo haber sucedido por la costa. Pero esto “es casi imposible de estudiar”, dice el investigador casi a manera de disculpa, “porque como el mar se recorrió por la glaciación, el camino que pudieron haber tomado y los asentamientos en los que pudieron haberse situado están ahora, justamente, debajo del mar”. Sin embargo, es posible que de ese modo un grupo cruzara hacia América y llegara a Chile. Esta hipótesis cambia el relato de varias maneras: “ahora me imagino a esas personas caminando por la costa, cazando focas; es otro tipo de subsistencia por completo”, me comparte Víctor.



II

Para entender cómo los humanos, una vez en América, se fueron diferenciando entre sí con el paso del tiempo, hay que estudiar la composición de los primeros pobladores. Mas las evidencias arqueológicas y lingüísticas de los nativos de nuestro continente no son suficientes —hay rangos temporales demasiado laxos e incluso algunas posibles contradicciones— por lo que los especialistas recurren al ADN de restos antiguos, “una lupa más fina”, dice Víctor. Estos análisis son mucho más informativos que los realizados con los grupos indígenas actuales porque “durante la Colonia, se perdió el noventa por ciento de la diversidad genética que había en las poblaciones”.

El especialista y sus colegas lograron secuenciar quince genomas de restos humanos de todo el continente americano —después de discutir y pedirles permiso a las comunidades indígenas que siguen habitando esas regiones—, con antigüedades de entre diez mil y seiscientos años. Tras analizar las variantes genómicas compartidas así como las mutaciones únicas de cada región, y compararlas con otras bases de datos europeas y asiáticas, concluyeron que la población que logró cruzar Beringia era, como siempre en nuestra historia, una mezcla.

En este tejido de dobles hélices, encontraron marcas hereditarias de humanos del sureste asiático que migraron hacia el norte por la costa de Asia hasta llegar a Siberia, e incluso rastros de los antiguos euroasianos del norte, un grupo que ya no existe. Dentro de las muestras, también observaron regiones del genoma “que se parecen más al de las pobla-

ciones de Europa", lo cual sugiere que hubo una migración e intercambios con grupos que migraron por el norte de Europa y Asia; "esto atañe como a un tercio de la ascendencia de quienes llegaron a América", precisa Víctor.

Además, el equipo de investigación —que incluye a miembros de instituciones de Brasil, España, Suiza y Estados Unidos— descubrió tres patrones. "El primero es que el ADN mitocondrial de los americanos es un subconjunto del de Siberia". El ADN mitocondrial se hereda casi de manera exclusiva del linaje materno, y al ser apenas una muestra pequeña de la diversidad encontrada en Siberia, nos deja saber que los humanos que entraron a América llegaron únicamente desde el noreste asiático. El segundo patrón que encontraron es "que el genoma está lleno de variantes únicas", dice Víctor, esto significa que los pobladores originarios de nuestro continente estuvieron aislados de otros grupos durante un largo periodo de tiempo. Esto concuerda con el modelo de incubación en Beringia, es decir, que se quedaron en la puerta de América, esperando a que los glaciares cedieran un poco y pudieran atravesar. Y el tercer patrón es que "la diversidad encontrada en los genomas antiguos de América no está estructurada", esto es, hubo una expansión poblacional muy rápida, lo cual confirma que nuestros ancestros nómadas trepaceros llegaron a la otra punta del continente en más o menos mil años.

Asimismo, al comparar el genoma de los restos de un individuo en Alaska, de hace 11500 años, con el de Anzick-1, un infante de Montana, EUA, de casi trece mil años de antigüedad, Víctor y su equipo aseveraron: "Los nativos americanos ya tenían que ser nativos americanos, genéticamente hablando, hace veinte mil años". Esto quiere decir que, si bien estos

humanos aún estaban en Beringia, en términos genéticos y debido a su aislamiento de otras poblaciones, ya tenían todas las mutaciones que los podían identificar como nativos americanos. Ya éramos americanos antes de entrar a América.

Después de cinco mil años de esperar a que los glaciares se derritieran, esta población logró cruzar hacia el sur de lo que ahora es Estados Unidos, "y ahí empiezan a divergir", narra Víctor. "Hay una separación genética muy clara entre los nativos americanos del sur y los del norte, la separación es limpia y habla un poco sobre el papel que jugó el hielo en ese momento", aclara. Al parecer, entrando a la parte central de la Unión Americana, esta población se dividió en dos: unos continuaron hacia el sur, lejos del hielo, y otros avanzaron hacia el este y hacia el norte para poblar el resto de Estados Unidos y regresar a Canadá.

De este modo, "en los genomas de los nativos americanos vemos dos olas de expansión", la primera corresponde a los que siguieron hacia el sur, los cuales no tienen diferencias genéticas tan claras entre ellos. Evolutivamente, explica Víctor, "el árbol filogenético no es bonito, es una estrella", refiriéndose a una dispersión demasiado rápida para las manecillas de los relojes moleculares que no dejó una huella clara en los genomas —recordemos que sólo les tomó mil años cruzar el continente hasta llegar a la Patagonia—. "La segunda", continúa narrando el investigador, "es la que llamamos 'ola lenta', una serie de migraciones que se dan desde Mesoamérica hacia el norte y hacia el sur, hace aproximadamente ocho mil años". Aunque el equipo no tiene pruebas contundentes sobre lo que implicaron estas migraciones, ve "una hipótesis obvia: la agricultura". Las fechas coinciden y es cla-



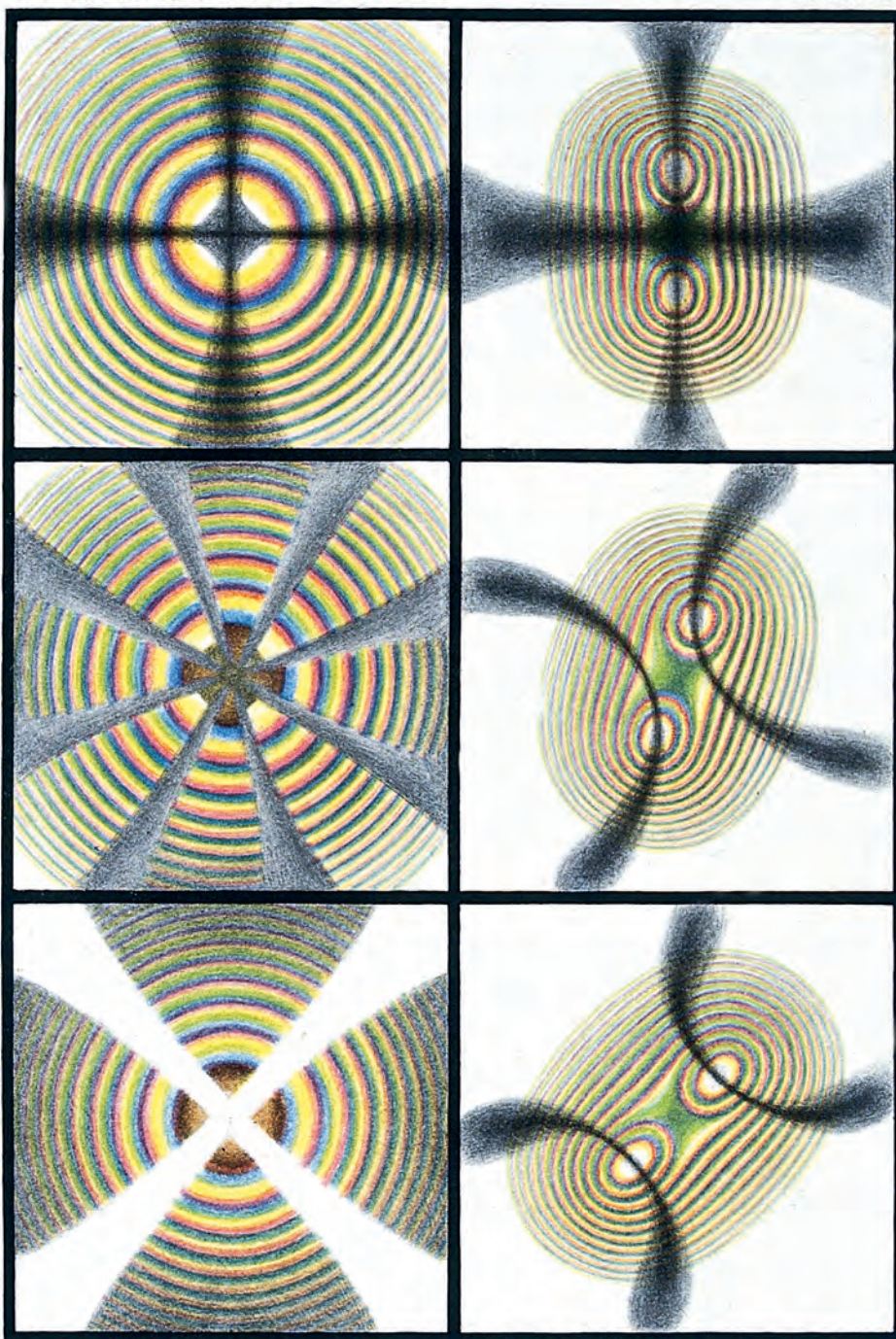
Fotograma de *Nanuk, el esquimal*, 1922, de Robert J. Flaherty.

ro que el maíz, el frijol, la calabaza, el chile, los quelites, las papas, el jitomate y muchas otras plantas, ya en sus versiones domesticadas, atravesaron montañas y valles para llegar, desde su punto de origen, al resto del continente.

A pesar de sus avances, hay algo que a Víctor y a su equipo les sigue dando dolores de cabeza. El genoma de uno de los restos analizados, con una antigüedad de diez mil años, localizado cerca de la costa brasileña, no acaba de encajar en estos modelos: "un dos por ciento de su genoma parece provenir de poblaciones nativas australianas", me dice el investigador. "Es hasta molesto hablar de esto", me confiesa, "cada explicación que tenemos es peor que la anterior". La verdad, sí suena descabellado: la tecnología de navegación polinesia es mucho más reciente como para que hubieran llegado en bote y, aunque lo hubieran logrado, debieron de haber cruzado los Andes y la Amazonía para arribar hasta la costa de Brasil sin dejar rastro. Otra hipótesis es que migraron por toda la costa asiática, cruzaron por Beringia y bajaron por el continente ame-

ricano sin interactuar con nadie, lo que también suena raro. O bien llegaron antes que cualquier otro grupo y sólo se asentaron en Brasil.

Víctor y sus colegas siguen investigando éste y otros misterios del poblamiento de América, pero hay algo que deben resolver antes y que les preocupa gravemente: ¿cómo se debe trabajar con los restos humanos que son parte de la identidad cultural de los pueblos vivos del presente? Víctor reconoce que en la academia "lo hemos hecho terriblemente mal, no nos hemos ganado el derecho de trabajar con estos restos", que muchas veces se encuentran en las propiedades de comunidades indígenas. Él sabe que no hay una respuesta obvia sobre cómo hacerlo, que no hay un manual para resolver lo que él llama "el trauma colonial". Para su fortuna, "la gente está dispuesta a hablar con nosotros y a llegar a colaboraciones equitativas para las comunidades y para la academia"; no obstante, le parece esencial resolver esta situación antes de seguir descifrando los enigmas de nuestro continente. **U**



ANNEAUX COLORÉS



UNA VENTANA AL INFINITO: LOS VIAJES EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO

Gabriela Frías Villegas

Los viajes reales y metafóricos, científicos y literarios me han obsesionado siempre. Cuando era más joven, abrazaba cualquier oportunidad que se me presentaba para subir a un avión y llegar a un nuevo destino. Me gustaba pensar que no era una turista, sino una viajera, como los personajes de la novela *El cielo protector*, de Paul Bowles, publicada en 1949:

Mientras que el turista generalmente se apresura a regresar a casa al cabo de unas semanas o meses, el viajero, que no pertenece más a un lugar que al siguiente, se mueve lentamente a lo largo de años, de una parte de la Tierra a otra. De hecho, le habría resultado difícil decir, entre los muchos lugares en los que había vivido, precisamente dónde se había sentido más en casa.

Bajo dicha premisa, viví mis veintes mochileando por Europa porque me fascinaban la historia y la diversidad cultural y lingüística del continente. Esta fascinación me llevó a estudiar en Inglaterra, que se convirtió en mi segundo país. Aunque estudiaba matemáticas en la universidad, pasé gran parte de mi tiempo en el Reino Unido viajando al pasado literario inglés.

Dediqué muchas horas a husmear entre los anaqueles de las bibliotecas y librerías de Londres, buscando textos que me ayudaran a entender el país que me adoptó por más de una década. En Foyles, una

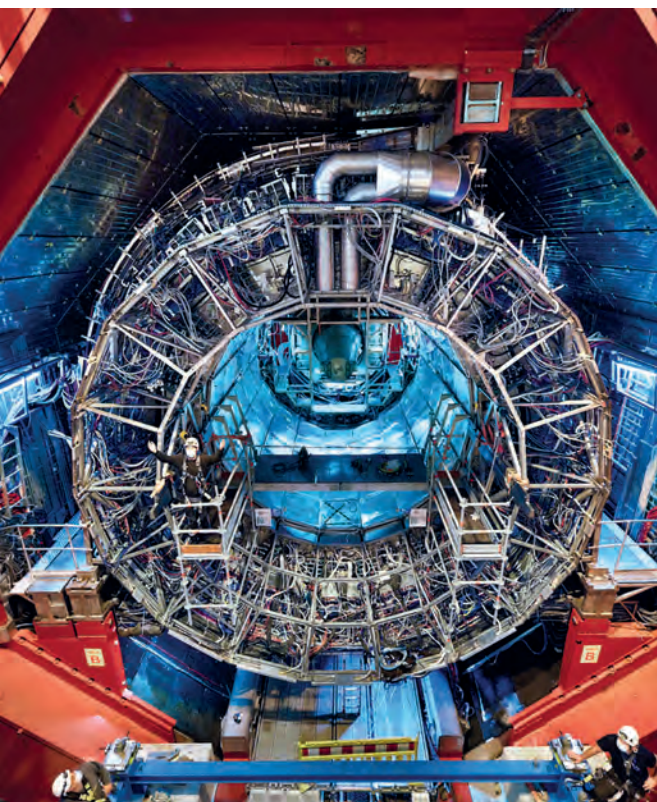
librería de ocho plantas en la calle Charing Cross, encontré las obras de Shakespeare, que devoré, y los textos de las grandes escritoras de la Regencia, la época victoriana y la era moderna, como Jane Austen, George Eliot, Emily Brontë y Virginia Woolf. En cuanto a las bibliotecas, la Británica era mi predilecta, pues me recordaba la de Babel de Borges, con libros de varios metros de altura que albergaban una infinidad de tesoros literarios. Un día logré que me permitieran entrar a una de las zonas reservadas para los investigadores, a pesar de que yo aún era estudiante. Ahí, la bibliotecaria me entregó un par de guantes blanquíssimos que tuve que usar para poder ojear

las primeras ediciones de las obras de Shakespeare, en forma de folios y cuartos acomodados en hermosos volúmenes de pasta dura. También tuve en mis manos los textos originales de John Dee (1527-1608), un *magus*,¹ matemático y alquimista del Renacimiento que poseía la biblioteca más importante de su tiempo. Fue el astrólogo personal de la reina María I y la inspiración de Shakespeare para el personaje de Próspero, de *La tempestad*, un mago que puede controlar los elementos de la naturaleza gracias al conocimiento que obtiene de sus libros.

Los fines de semana viajaba al Renacimiento inglés, pues asistía a los foros teatrales para ver las representaciones de las obras del Bardo de Avon. El más famoso de esos foros, el Globo, es la reconstrucción moderna del teatro donde el dramaturgo presentaba sus obras. También fui varias veces a Stratford-upon-Avon, la ciudad natal del escritor, para ver las puestas en escena de obras como *Hamlet*, *Otelo*, *Macbeth* y una adaptación maravillosa de Peter Brook de la comedia *Sueño de una noche de verano*, donde todas las personas que actuaban iban vestidas de negro.

LOS VIAJES DE LA CIENCIA

Después de varios años, abandoné Inglaterra para regresar a México, donde dejé atrás los viajes literarios para explorar el presente y el futuro de las disciplinas científicas. Trabajando como comunicadora de la ciencia en el Instituto de Ciencias Nucleares tuve la oportunidad de visitar los lugares donde se realizan



Gran Experimento Colisionador de Iones (ALICE), 2012. Fotografía de Antonio Saba ©.

¹ En el Renacimiento, un *magus* era una figura compleja y multifacética que combinaba elementos de la ciencia, la magia y la filosofía. Estos individuos no sólo eran considerados magos en el sentido moderno de la palabra, sino también estudiosos y eruditos que trabajaban en diversas áreas del conocimiento.

*Si fuéramos a un agujero negro,
al adentrarnos en él, veríamos
pasar ante nuestros ojos toda la
historia futura del universo.*

algunos de los experimentos tecnocientíficos más importantes de nuestra época. Las cosas que vi en dichas travesías fueron tan impactantes que me hacían pensar en uno de los momentos más célebres de la película *Contacto* (1997), de Robert Zemeckis, basada en la novela de Carl Sagan del mismo título. En ella, la científica Ellie Arroway, interpretada por la actriz Jodie Foster, flota dentro de una nave espacial desde la cual puede apreciar el universo en todo su esplendor. Mientras observa un evento cósmico, susurra: "es tan hermoso. Es poesía. Debieron enviar a un poeta. No tenía idea". Para mí, no hay duda: como dice el biólogo evolutivo Richard Dawkins, "la ciencia es la poesía de la realidad".

Uno de los viajes científicos más emocionantes que he hecho fue al Observatorio Pierre Auger en Argentina, un proyecto gigantesco, con una superficie que duplica el tamaño de la Ciudad de México. En el observatorio se estudian los rayos cósmicos, esto es, las partículas que surcan el espacio exterior y bombardean la Tierra desde todas las direcciones. Estas partículas se originan en algunos de los eventos más violentos del universo y viajan a velocidades cercanas a la de la luz (trescientos mil kilómetros por segundo). Los rayos cósmicos que estudia el observatorio provienen de una constelación llamada Centaurus, ubicada en el extremo norte de la Vía Láctea. En ella se encuentra Próxima Centauri, la estrella más cercana a nuestro sistema solar. Los rayos cósmicos que llegan de dicha zona tardan más de cuatro mil años en alcanzar nuestro planeta, una escala de tiempo casi inconcebible para los seres humanos, que nos quita el aliento y nos lleva a imaginar la eternidad.

Para visitar el Observatorio Pierre Auger hay que viajar cerca de veinticuatro horas des-

de México. Primero se toma un avión y después una pequeña camioneta que se detiene en la ciudad rural de Malargüe, donde están las oficinas del lugar. Visitarlo es toda una aventura: se cruza el desierto en una camioneta 4x4, a toda velocidad, para que el vehículo no se quede varado en las arenas movedizas de las pampas amarillas. El paisaje es espectacular, está enmarcado por los Andes, que se levantan a la distancia como enormes guardianes de los mil seiscientos tanques usados para investigar el origen de los rayos cósmicos que impactan la Tierra. El contraste de los tanques metálicos con el ambiente desértico resulta alucinante, tanto que me recordó los escenarios en los que transitan los *jedi* de *La guerra de las galaxias*.

Otro viaje científico que me deslumbró fue el que hice a la frontera entre Suiza y Francia para visitar por primera vez el Centro Europeo para la Investigación Nuclear (CERN, por sus siglas en francés), donde se encuentra el Gran Colisionador de Hadrones, el experimento científico más grande de nuestro tiempo. A simple vista, el sitio parece un campus universitario ordinario. Sin embargo, tras descender cien metros en un elevador, una se encuentra con un escenario digno de una película de ciencia ficción futurista. Un túnel, similar al del metro, contiene una estructura semejante a una gigantesca dona metálica de veintisiete kilómetros de circunferencia. En esta "dona" se inyectan haces de partículas, con un grosor comparable al de un cabello humano, que se aceleran a velocidades cercanas a la de la luz. Los haces viajan en direcciones opuestas y colisionan en cuatro puntos del aparato, lla-

mados detectores, que son tan grandes como una casa y, en algunos casos, tienen el tamaño de una catedral.

Entre dichos detectores, se encuentra ALICE (A Large Ion Collider Experiment), en el que colaboran varios científicos mexicanos, como el físico Gerardo Herrera Corral. ALICE es el detector encargado de recrear el estado de la materia que se cree que existió durante diez microsegundos después del Big Bang, llamado "plasma de cuarks y gluones". Es una especie de máquina del tiempo que nos permite investigar lo que sucedió en los primeros instantes del universo.

LOS VIAJES EN EL ESPACIOTIEMPO

A principios de mis cuarenta, se detuvieron abruptamente mis viajes por los proyectos científicos alrededor del mundo debido a un acontecimiento sorpresivo que transformó mi vida con la fuerza de una supernova: me convertí en madre de una niña. Durante los últimos ocho años, he cambiado la emoción de los traslados físicos por el placer de los periplos imaginarios, y a menudo me he preguntado si sería posible viajar en el tiempo, como en la película *La llegada* (2016), de Denis Villeneuve, inspirada en un relato de Ted Chiang. En ella, unos extraterrestres llegan a la Tierra y comparten su lenguaje con una lingüista, quien descubre que entender los símbolos con los que se comunican los visitantes le permite ver el pasado y el futuro.

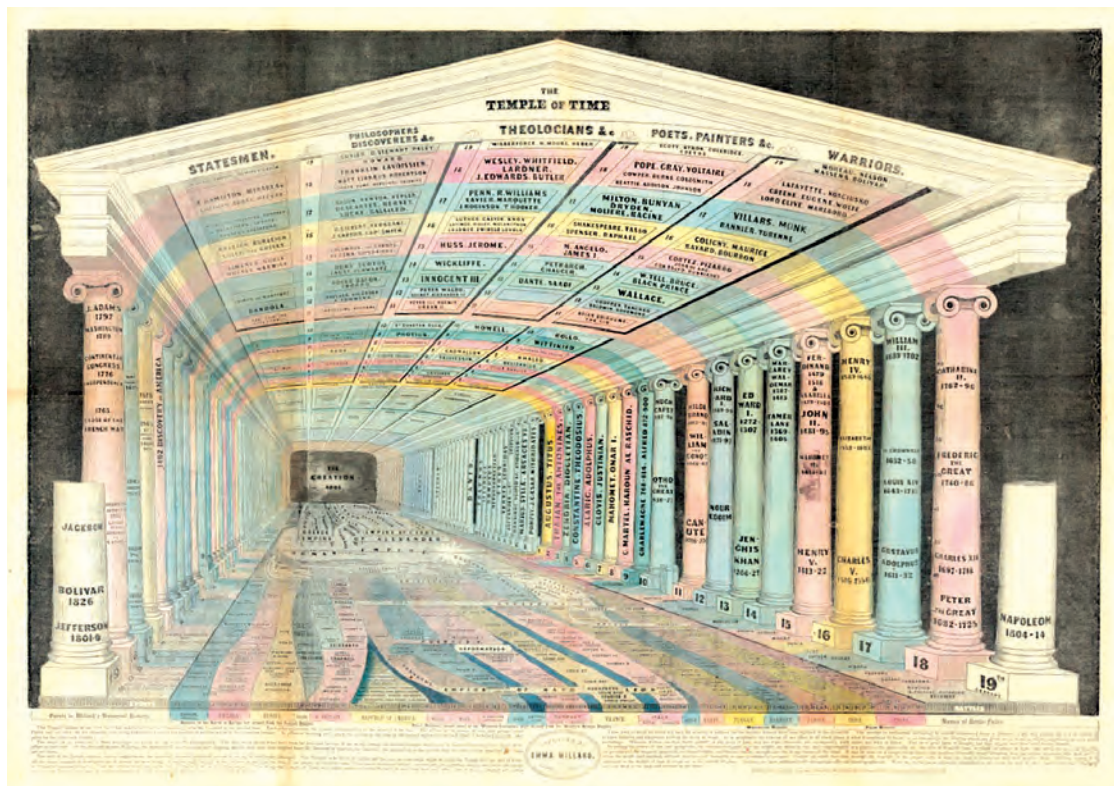
Desde luego, un sinfín de novelas y películas de ciencia ficción abordan el tema, pero ¿qué dice la ciencia al respecto? ¿Es posible viajar en el tiempo? Para averiguarlo debemos volver al año 1905 a Berna, Suiza, y encontrarnos con un oficinista recién casado con una mujer brillante, con la que acaba de tener un

bebé. El oficinista es Albert Einstein, quien, con el apoyo de su esposa Mileva Marić, publicó cinco artículos que cambiarían la historia de la física para siempre. En uno de esos textos, propuso la teoría de la relatividad especial, la cual postulaba, entre otras cosas, que el espacio y el tiempo están entrelazados en un continuo llamado espaciotiempo.

Los viajes en el espaciotiempo plantean problemas muy interesantes. A cada instante viajamos al futuro, no a grandes velocidades, sino lentamente, segundo a segundo. Teóricamente, podríamos hacerlo mucho más rápido. Imaginemos que vamos hacia una galaxia muy lejana en una nave espacial, a una velocidad cercana a la de la luz. Al volver a la Tierra, habremos envejecido muy poco. Para nosotros quizá habrá transcurrido una semana, mientras que para los habitantes de nuestro planeta habrán pasado muchos años. Pensemos en otro escenario teórico. Si fuéramos a un agujero negro, al adentrarnos en él, veríamos pasar ante nuestros ojos toda la historia futura del universo, pero para nosotros sólo habrían transcurrido algunos segundos. De este modo sería posible viajar al futuro.

Pero ¿sería posible visitar el ayer? No es una tarea fácil y los viajes en el tiempo presentan paradojas que, por ahora, resultan indescifrables. Supongamos que logro hacer ese viaje e impido que mis padres se conozcan. Si mis padres no se conocen, yo no nacería. Entonces, ¿cómo pude haber viajado al pasado? Además, cualquier modificación podría alterar el presente. Por ejemplo, si evitara que mi yo de veinte años se mudara a Inglaterra, quizá no habría visto las obras de Shakespeare en el teatro y no estaría escribiendo este artículo.

Aunque aún no contamos con la tecnología necesaria para ir al pasado, y es muy poco pro-



Emma Willard, *El templo del tiempo*, 1846. Cartography Associates ©.

bable que la desarrollemos, algunos físicos se han dedicado a idear juegos mentales para imaginar cómo serían estos viajes. Entre ellos, el físico estadounidense Kip Thorne ha explorado la posibilidad de que, en el futuro, una civilización muy avanzada pueda crear un agujero de gusano, es decir, un túnel en el espaciotiempo, para volver al pasado. Sin embargo, probablemente el agujero de gusano explotaría en cuanto alguien intentara convertirlo en una máquina del tiempo.

La ciencia también ha propuesto la existencia de un número infinito de universos que formarían parte de un gigantesco multiverso. Según este planteamiento teórico, habría universos paralelos en los que nuestras vidas tendrían pequeñas o grandes variaciones. Podría existir un universo en el que yo nunca hubiera viajado al CERN y otro en el que no hubiera tenido una hija. Podría existir uno

donde yo fuera una niña pequeña. Si viajara a él, podría visitar mi vida pasada. Aunque esta idea ofrece posibilidades formidables para las historias de ciencia ficción, no parece ser muy factible, especialmente porque no se ha demostrado la existencia de universos paralelos.

Ciertamente, no podemos pedirle al tiempo que vuelva, pero tal vez tengamos suerte y podamos presenciar los viajes metafóricos y físicos de las siguientes generaciones. Al igual que la astronauta Sally Ride, quien luchó por la inclusión de las mujeres en la ciencia, estoy convencida de que nuestro futuro está en las niñas y los niños de hoy, que harán la ciencia y la literatura del mañana. Quizá más adelante, a través de sus ojos, podamos seguir explorando los horizontes de nuestra imaginación y logremos, por fin, viajar a los confines del espaciotiempo. **U**



LA VÍBORA DE LOS OJOS DORADOS

Andrés Cota Hiriart

-Pase lo que pase, no podemos ir a ninguno de estos dos sitios —dice René mostrándome un par de puntos en la pantalla de su teléfono, mientras esperamos a que el avión con rumbo a Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, tome pista para despegar.

Las dos regiones que debemos evitar son territorios de un nuevo cártel, el primero compuesto por indígenas, y que poco a poco comienza a reclamar el municipio serrano que será nuestro destino tras hacer base brevemente en la capital del estado. La plaza está caliente y no parece la idea más sensata andarse paseando por terrenos solitarios después del atardecer, con ganchos herpetológicos al hombro y amparados bajo una excusa tan poco convincente como la de estar buscando serpientes (actividad bastante inverosímil, no sólo a los ojos de los traficantes de drogas y personas, sino a los de cualquier habitante del campo). Buen momento eligió mi amigo para revelarme algo tan delicado, justo ahora que el avión comienza a rodar hacia la pista y ya no hay vuelta atrás.

—*N'ombre*, pero tampoco hay que preocuparse demasiado —dice René dándome un ligero codazo (y haciéndome saber que mi rostro delata aprehensión)—. Mira, con que evitemos esta parte —agrega trazando un perímetro con el dedo sobre la pantalla del teléfono—, no creo que tengamos problemas.

Problemas como en los que se ha metido en ocasiones previas buscando reptiles entre la hierba, cuando ha sido secuestrado por sicarios, paramilitares o autodefensas —nunca es clara la identidad de los ros-

tros enmascarados al otro lado del cañón— y ha pasado noches encerrado en calabozos húmedos y repletos de incertidumbre, una experiencia que definitivamente quisiera ahorrar-me, más ahora que tengo una hija.

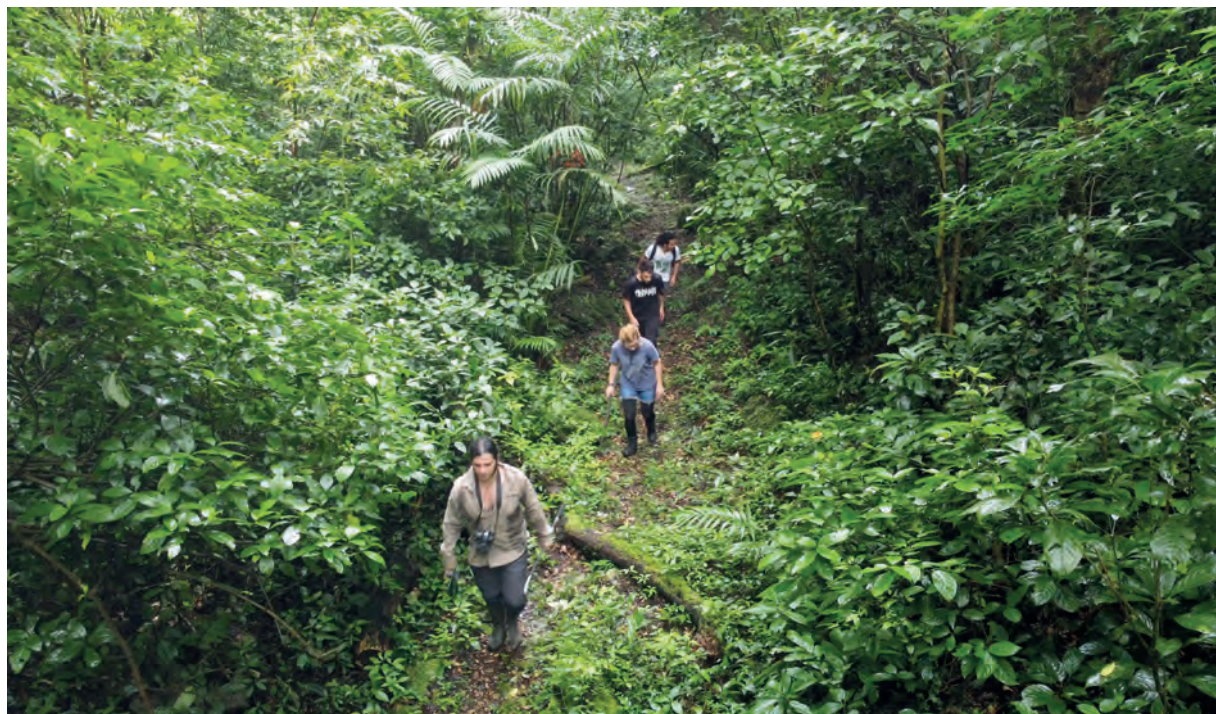
Suficientes dudas tengo respecto a si estoy preparado para la ardua expedición —bosque de niebla en temporada de lluvias, laderas empinadas y lodosas, carreteras en estado precario donde abundan los derrumbes y el riesgo de sufrir un accidente por profanar la tranquilidad de las serpientes venenosas pretendiendo atraparlas—, como para que, encima, haya que angustiarse por nuestra seguridad.

DESTINO

Nos dirigimos hacia el sureste mexicano, a las montañas del norte de la entidad, en específi-

co, a la región de los bosques de la Sierra Madre de Chiapas, que se destaca por contar con una variante altitudinal muy marcada (abarca desde los 80 hasta los 2 456 metros sobre el nivel del mar); la mayor parte de su población pertenece a la cultura zoque. Vamos tras el rastro de una de las criaturas más enigmáticas y escurridizas: una víbora de fose-tas, endémica de los menguantes bosques de niebla que salpican la cordillera que marca la frontera entre Chiapas y Oaxaca, y de la que aún se ignora buena parte de su historia natural.

La nauyaca de Rowley, *Bothriechis rowleyi*, es un vipérido de hábitos arborícolas —su familia incluye nauyacac, cascabeles y cantiles, ofidios sumamente venenosos cuyos colmillos largos, retráctiles y canalizados funcionan



Fotografía de René Villanueva Maldonado.



Bothriechis rowleyi. Fotografía de René Villanueva Maldonado.

como agujas hipodérmicas—, tiene escamas verde eléctrico e impactantes ojos dorados. Es casi tan elusiva como hermosa. Quizá se trate de la serpiente venenosa más rara del mundo y, dada la degradación de su hábitat, probablemente sea la que enfrenta un riesgo más crítico de extinción; apenas se han registrado un centenar de ejemplares en vida silvestre desde su descripción científica en 1968. Su descubrimiento implicó, entre otros hechos extraños, la muerte del ornitólogo que dio con el holotipo (o ejemplar en el que se basó la descripción taxonómica de la especie), John Stuart Rowley Jr., quien fue hallado sin vida al fondo de un cañón en la Sierra de Cuatro Venados, al oeste de la ciudad de Oaxaca (víctima de asesinato, de acuerdo con la versión de sus familiares, o tan sólo de un traspie traicionero mientras recorría la cima del barranco), unos meses antes de que fuese publicada la descripción formal de la serpiente bautizada en su honor.

Estamos hablando de menos especímenes catalogados que el aforo promedio de una sala de cine. Apenas un puñado de organismos han bastado para despertar la codicia de traficantes de animales y coleccionistas —una amenaza más que sumar a la excursión— y han avivado las obsesiones zoológicas más profundas (mi buen amigo René, un naturalista, puede dar fe de ello, pues lleva soñando más de seis años con este viaje).

Antes de partir estuve leyendo *¡Así era Chiapas!*, probablemente la obra más literaria del naturalista mexicano Miguel Álvarez del Toro, donde el gran zoólogo y conservacionista relata sus memorias tras 42 años de deambular por montañas, selvas y caminos en el segundo estado más biodiverso del país.¹ Además de las crónicas de sus infatigables exploraciones y encuentros envidiables con fauna de todo tipo

¹ Originalmente publicado en 1990, este año aparecerá su reedición a cargo de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

—jaguares negros, tapires, pumas y el panto-
ne completo de guacamayas—, me llamó la
atención lo mucho que Álvarez del Toro lamen-
ta el deterioro ambiental porque buena parte
de esos apuntes provienen de parajes que hoy
en día consideraríamos prístinos. Habría que
imaginar cómo eran el cañón del Sumidero o
las cascadas de Agua Azul medio siglo atrás:
territorios exuberantes y rebosantes de fieras;
no obstante, a los ojos del naturalista ya eran
hábitats profanados.

Ahora, los cuadrantes de selva que perdu-
ran se encuentran disgregados en una serie de
reservas de la biósfera y parques forestales
cada vez más aislados entre sí. Al observar la
constelación que conforman estas islas terres-
tres sobre un mapa, es evidente que lo que co-
mienza a extinguirse, más allá de los organis-
mos y las especies, son los propios ecosistemas,
siendo el bosque húmedo de montaña o mesó-
filo el más amenazado entre ellos. Es difícil
comprender esta calamidad a menos que se
tenga la oportunidad de asomarse a uno de
esos escasos manchones que se aferran a la
existencia sobre laderas escarpadas. Es como
adentrarse en *Parque Jurásico*: helechos arbo-
rescentes elevándose a más de cuatro metros,
bromelias y orquídeas recubriendo cada cen-
tímetro de los árboles; musgo, líquenes, hon-
gos bermellón entre el tapete de hojarasca y
densos bancos de niebla inundándolo todo.
Si existiese el paraíso biológico, éste sería su
modelo.

En una de las localidades que visitaremos
todavía vuelan algunos quetzales entre el do-
sel forestal. Es cierto que cada día son menos,
pero los destellos de sus plumas verde metá-
lico y su canto penetrante hacen que te olvi-
des de todo. Incluso te llevan a fantasear con
que aún quedan esperanzas de revertir el nau-

fragio ecológico al que nos precipitamos. Pero
con avanzar apenas unos kilómetros en cual-
quier dirección el artificio se esfuma de golpe,
pues te das de bruces con el alambre de púas
que marca el comienzo del pastizal y los culti-
vos. Es entonces cuando uno reflexiona res-
pecto a lo que vieron los ojos de Álvarez del
Toro sin alcanzar a imaginar aquel paisaje que
él añoraba.

No resulta sorprendente que, durante sus
últimas décadas de vida, el gran naturalista se
resistiera a salir al campo. Le resultaba una ex-
periencia demasiado dolorosa atestiguar cómo
se había evaporado otro sitio majestuoso para
ceder su lugar a un potrero o un triste mono-
cultivo.

TÓTEM

Nos detenemos en Tuxtla Gutiérrez para en-
contrarnos con Toño, Antonio Ramírez, cura-
dor del herpetario del Zoomat, el zoológico que
fundó Álvarez del Toro en 1942. Toño no sólo
cura la colección de reptiles y anfibios del zoo-
lógico desde hace treinta años (es una leyenda
andante de herpetología mexicana); en su re-
pertorio de hallazgos extraordinarios cuenta
con tres avistamientos de nauyacas de Rowley
en estado silvestre. Por lo que sus consejos (a
qué elevación del dosel forestal las encontró,
asociadas a qué tipo de plantas, a qué hora del
día, etcétera) resultan primordiales; claro, si es
que nos hacemos merecedores de su confian-
za, razón por la que me abstendré de mencio-
nar por nombre los lugares que visitamos.

El último atractivo del Zoomat es que Toño
mantiene, en la colección, unos cuantos ejem-
plares de las víboras que ansiamos encontrar.
No sólo supo descifrar los enigmas de estos
organismos para su exitosa supervivencia en
cautiverio, inclusive consiguió que se repro-

dujeran en un par de ocasiones, pero esto último lo realiza ahora con cautela y mesura, ya que se robaron cuatro crías de la última camada. Me pregunto qué costo alcanzarían en el mercado negro. Sobre tal tren de pensamien-

Luego, Toño nos muestra dos juveniles para que tengamos claro qué es lo que buscaremos entre la maleza. De tener suerte, lo más probable es que nos crucemos con un ejemplar pequeño. El color de los juveniles es más pálido,

El color de los juveniles es más pálido, un verde malaquita amarillento con manchas oscuras, y medio moradas, que salpican su área dorsal.

to avanza mi cabeza cuando la voz ronca de Toño me devuelve al momento. Pregunta si queremos verla. Toño abre la tapa interna del terrario con precaución y, empleando el gancho herpetológico diestramente, saca un ejemplar. La serpiente es hipnótica. Su cuerpo verde flúor está salpicado por destellos azulados y refulge como si estuviese bajo un tubo de luz negra. Tiene grandes escamas sobre la cabeza, fosetas termosensibles bien marcadas (agujeros contiguos a la nariz con los que estos víperidos detectan el gradiente de temperatura) y ojos de oro. Se trata de una hembra, nos informa Toño, y agrega que sus dimensiones son bastante generosas para la especie. Calculo que debe medir cerca de un metro. Un metro de esmeraldas resplandecientes.

A veces uno es presa de un *shock* estético, de algo parecido a un arrobó psicodélico que trastoca la conciencia y viaja por los tallos oculares impregnándose en las neuronas con la energía de un relámpago. Resulta difícil no confundir a ese ser que se contonea ante nosotros —un depredador sublime forrado de escamas— con una escultura maya tallada en jade o un holograma de absurda nitidez. La serpiente, completamente despreocupada, enreda su cola prensil al gancho que la sujeta y se deja caer, contorsionando el cuerpo para trazar una figura zigzagueante sobre el aire.

do, un verde malaquita amarillento con manchas oscuras, y quizá medio moradas, que salpican su área dorsal. Reparo en la improbable proeza que sería distinguir a esta criatura en una rama frondosa.

EL EDÉN DE LOS ANUROS

Tres días más tarde nos encontramos inmersos en la vegetación nocturna intentando seguirle el paso a Toño. Una noche más recorriendo la vereda hasta la madrugada, empapados, llenos de piquetes y comenzando a sentir la falta de sueño, pero felices. Después de todo, a esto vinimos. Además de René, nos acompaña Kat, Ekaterina en su natal Rusia, fotógrafa aficionada a la herpetología y la cerveza. Y se ha unido a la expedición Aureliano, un chiapaneco de pelo largo rizado y entusiasmo inquebrantable que confronta la lluvia en camiseta.

Hace algunos años, Aureliano estuvo en esta misma selva cuando dieron con una *Bothriechis rowleyi* en lo alto de la copa de un árbol durante la última noche que tenían programada la búsqueda y hace poco un grupo de herpetólogos checos consiguió atrapar un ejemplar tras una semana de peinar la jungla. Toño también aportó sus propios encuentros. Tres avistamientos en dos décadas. No está mal, si consideramos que la selva no es el ecosistema ideal para estas nauyacas y que estamos

ante uno de los reptiles —o, mejor dicho, animales en general— más inusuales de la fauna mexicana.

Aunque no hemos tenido éxito durante las jornadas previas, nos hemos cruzado con decenas de ranas de ojos rojos en pleno ritual de cortejo, serpientes caracoleras con llamativos patrones anillados, serpientes ojo de gato, una intimidante escolopendra (ciempiés venenoso) con las patas de un naranja brillante enmarcando sus veinte centímetros de cuerpo oscuro y lustroso como el metal, xenosaurios de ojos amarillos y semblante mezosoico, una preciosa rana coronada (*Triprión spinosus*) con su característico color violeta oscuro y espinas sobre la cabeza y uno de los grupos reproductivos más nutridos de ranas arborícolas mexicanas (*Smilisca baudinii*) que jamás haya

presenciado, cuyo estridente amplexo colectivo se escuchaba a un kilómetro de distancia. Al menos en estos senderos tenemos la garantía de no correr peligro, pues el edén tropical (una reserva privada-comunitaria) se mantiene a salvo por el momento del Ojo de Mordor. Así, caminamos tan libremente como lo permite la tupida lluvia que nos envuelve.

LA MONTAÑA (DEL CRIMEN) SAGRADA

Se hizo más tarde de lo que queríamos y nos acercamos irremediabilmente a los poblados que debíamos evitar. La ya clásica frase (repetida en cada vez más carreteras del país) “no pasa nada, mientras no viajen de noche” resuena en mi cabeza al tiempo que Google Maps me recuerda que vamos directo a la boca del lobo. Pero mi mayor preocupación es si el ca-



Triprión spinosus. Fotografía de René Villanueva Maldonado.



Bothriechis rowleyi. Fotografía de René Villanueva Maldonado.

rro, el más económico en la agencia de renta, logrará vencer la sinuosa pendiente por la que reptamos.

La selva quedó atrás, ahora navegamos por una tupida serranía de verdes absurdos. El efecto de la humedad sobre la vegetación es tal que a la distancia hasta los cerros talados parecen idílicos, como fotomurales alpinos de los años setenta coronados por jirones de niebla. Sin embargo, conforme superamos una montaña tras otra, el espejismo se diluye y resulta evidente la erosión humana. El hambre obliga a la milpa a desafiar la gravedad y trepar sobre laderas imposibles. Sólo las cimas y las paredes de los barrancos se han salvado, resguardando relictos de bosque mesófilo y manchones de árboles enormes. No obstante, de unos años para acá, Sembrando Vida amenaza con ganarle incluso más terreno a lo poco que sobrevive de la botánica primigenia. En las colonias que vamos pasando, las lonas alusivas al programa son casi tan conspicuas

como los cartelones de grupos de Alcohólicos Anónimos.

La señal del teléfono es inestable, y eso en los escasos momentos en que consigue atrapar una barrita, por lo que no podemos llegar tarde al lugar acordado. Ahí nos esperan los hermanos Guevara (su apellido y sus nombres verdaderos se omiten por razones de seguridad), miembros de una comunidad zoque que suelen colaborar con Toño. Tras las presentaciones, Jacinto, el hermano mayor, nos guía a través de un camino que se dispara hacia el fondo de la cañada. Tiene algo que nos quiere mostrar. Agrega que no nos preocupemos por el carro. Tras un gesto suyo, dos de sus hermanos se sientan sobre la cajuela y colocan escopetas sobre sus piernas; calculo que el mayor no tiene más de quince años.

Descendemos resbalando por una brecha lodosa. Cada tanto las linternas revelan troncos y pequeñas construcciones de lámina. En el ambiente flota el aroma de fogones de leña

y se escuchan ladridos de perros en la lejanía. Quince minutos más tarde y unos doscientos metros más abajo, alcanzamos el borde del bosque, donde nos encontramos con otros dos de los hermanos. Jacinto intercambia algunas palabras en zoque con ellos antes de que el mayor nos extienda la botella de Coca-Cola de tres litros que lleva atada al hombro y que funge como terrario improvisado.

Los ojos de René destellan con ilusión cuando adivina un contorno verde brillante en el interior de la botella. Es la nauyaca con la que ha soñado todos estos años. Ya de cerca, comprobamos que se trata de un juvenil; está enroscado en una ramita dentro del envase. No sé si por el cansancio acumulado, pero se me ocurre que esas escamas triangulares, amplias y bien marcadas, que presume el delicado ofidio bajo el haz de la linterna, bien podrían remitir a plumas. Y por un momento me invade la certeza de que estamos ante Kukulcán, la serpiente emplumada maya. Luego pienso que, aunque no la hayamos encontrado nosotros, es emocionante convertirnos en unos de los contados forasteros que han tenido la dicha de ver a esta especie en su medio. René pide que nos muestren el sitio exacto donde la hallaron.

Sobre la marcha, nos enteramos de que la hallaron ayer por la noche, en el interior de una bromelia, a unos diez metros de altura. También nos cuentan que cada tanto se presentan personajes de dudosas intenciones ofreciendo mucho dinero por los ejemplares. Sin embargo, de un tiempo acá, y gracias a los esfuerzos de Toño, los hermanos sólo colaboran con biólogos y naturalistas respaldados por instituciones.

Hacia el final de la extenuante jornada nos detenemos en un punto elevado que domina el

panorama. Jacinto nos muestra dónde hay minas ilegales y nos cuenta que justo en uno de esos parajes se vio por última vez al mítico tigre (o *balam*, como se llama aquí al jaguar), hace un par de años. Lamenta que si tienen certeza de esto es porque alguien lo mató. Le pregunto si le gustaría que los majestuosos felinos todavía merodearan por aquí. Dice que sí, pero luego se ríe con amargura y agrega que no tendría caso, porque ya no hay nada qué comer.

A SALVO

Dos días adicionales de prospecciones (y sus noches) en la cañada resultan infructuosos. Pero así es esto de salir al campo; por mucho que los documentales de *Animal Planet* hayan torcido la realidad, lo cierto es que la floresta no siempre te ilumina mostrándote el organismo que ansías. Si buscas reptiles, encuentras tarántulas. Si buscas una especie concreta de ave, con algo de suerte, te cruzas con una serpiente desconocida por la ciencia, como fue el caso del propio John Stuart Rowley Jr., que dio con aquel icónico primer ejemplar cuando intentaba hallar un quetzal. El punto es que muchas veces uno se va con las manos vacías. En sentido figurado, desde luego: nadie pretendía llevarse nada de esta expedición, más allá de una experiencia memorable. Además, el espécimen capturado por los hermanos Guevara sirvió para documentar a la especie en video, y ése era el objetivo principal.²

Tras esta visita, otros han intentado seguir la pista del mítico ofidio. No han conseguido encontrarlo, pero sí terminaron secuestrados. **U**

² Para complementar esta crónica se recomienda ver el video "La historia natural de la víbora de Rowley: *Bothriechis rowleyi* del naturalista René Villanueva". Disponible en <https://acortar.link/AAuhWS>.



UN PLANETA NO TAN SOLITARIO

Diego Olavarría

EL CONTENIDO DE VIAJES EN LA ERA DE SU REPRODUCTIBILIDAD TÉCNICA

El 14 de febrero de 2024, la usuaria @manuchiconini subió un tiktok en principio inofensivo. En dicho video, capturado en modo *selfie*, se aprecia a la usuaria colocando su teléfono sobre uno de los peldaños de las escaleras eléctricas que conectan la estación Sagrada Familia del metro de Barcelona con la plaza exterior. Acto seguido, hace un breve corte —en el que deja pasar un par de escalones— y reanuda la grabación con una curiosa toma en la que aprovecha la escalera a modo de *dolly* para registrar tanto su reacción como un espectacular telón de fondo: la catedral de la Sagrada Familia —obra máxima de Antoni Gaudí y emblema de la capital de Cataluña— que lleva ciento cuarenta años en construcción y que se revela desde sus columnas hasta las puntas de sus torres.

El video cuenta con todos los elementos propios de la viralidad: la magnífica catedral que resplandece como una misteriosa piedra marina, una protagonista que sonrío con emoción y, por supuesto, un carácter formulaico y reproducible. El video, que a finales de julio de 2024 tenía más de 11.5 millones de visualizaciones en TikTok, empezó a ser emulado a tal velocidad que tomó por sorpresa a las autoridades del metro de Barcelona: en pocos días, multitudes de turistas intentaban grabar sus propios videos en el mismo sitio, sembrando el caos. Y tras unas semanas de la publicación del video, ya había letreros que prohibían colocar teléfonos en la escalera; incluso se asignó a un guardia de seguridad en-

cargado de parar el mecanismo del aparato en caso de que alguien incumpliera la regla.

Aunque para los turistas este *trend* fue, sobre todo, una fuente de corazones y *followers*, para los barceloneses que usan el metro durante sus actividades cotidianas —ir al trabajo, a la escuela, al médico— fue un amargo recordatorio de la capacidad de las nuevas lógicas del turismo para apoderarse de cada rincón de la urbe: no se conforma con haber desplazado a los habitantes de sus apartamentos o volver inaccesible el patrimonio de la ciudad por obra de las multitudes. Los habitantes descubren que ni unas escaleras mecánicas están a salvo de convertirse en objeto de deseo de la mirada turista. Incluso ese anodino pedazo de infraestructura puede volverse una escenografía para el ritual turístico de la *selfie*, o bien, su sucesor hipercontemporáneo, el autovideo.

A su vez, el *trend* de la escalera ejemplifica cómo la praxis turística actual se ha convertido, como casi todo en la vida, incluyendo desayunar *hot cakes* y hacer sentadillas en el gimnasio, en una oportunidad para diseminar contenidos digitales a la espera de la validación de otros usuarios. Así, para muchos, el viaje no supone una exploración de algún interés o afinidad personalísima, sino un recorrido veloz por escenografías famosas donde uno puede documentar su paso mediante fotos de comida y cortometrajes de 34 segundos (la duración del tiktok promedio) que se convierten en combustible para los insaciables algoritmos de las redes sociales.

Vivimos en una sociedad donde la cantidad de turistas crece todo el tiempo. En 1960, el primer año en que la Organización Mundial de Turismo hizo el cálculo, se contaron apenas veinticinco millones de turistas. En 1999, a una década de la caída del muro de Berlín, el nú-

mero aumentó a 664 millones. Actualmente, son 1.3 mil millones al año: casi la población de China. Se estima que el turismo es la mayor industria del planeta y que casi 650 millones de personas dependen, de una forma u otra, de éste para sobrevivir.

Sin embargo, la misión principal del turista contemporáneo no es del todo clara: ¿qué razones nos llevan a viajar hoy en día? ¿A qué caprichos responde visitar las grandes capitales de Europa, o bien, los sitios arqueológicos de México? ¿Qué es lo que, en el siglo XXI, estamos observando —y documentando— exactamente cuando viajamos?



La Gran Esfinge de Guiza, 2010.
Fotografía de Lavender Dreamer, Flickr.



Fuente de Trevi, 2016. Fotografía de Derek Budd, Flickr.

DEL VIAJE ROMÁNTICO AL VIAJE VELOZ

Las lógicas del turismo —definido como un viaje de ida y vuelta con fines recreativos— han cambiado a lo largo de la historia, adaptándose a las obsesiones de las sociedades que lo ejercen. Aunque el humano ha viajado por infinidad de razones desde la antigüedad, incluyendo por motivos de conquista, comercio, peregrinaje y migración, el turismo en su sentido actual es relativamente reciente: fue apenas en el siglo XVIII que los jóvenes aristócratas del norte de Europa comenzaron a viajar por Italia llevados por el ocio (en su caso, para empaparse de la cultura latina y admirar los monumentos de la Antigüedad). Con la aparición de los ferrocarriles en el siglo XIX, los flujos de viajeros —y la cantidad de destinos posibles— se incrementaron. Así, las élites inglesas hallaron nuevos pretextos de viaje: empezaron a viajar hasta las regiones soleadas del sur de Europa en busca del sol, la playa y la salud.

Hoy en día el turista tiene otras misiones y, por tanto, otras narrativas, las cuales han ido cambiando a gran velocidad en años recientes. Cuando comencé a hacer viajes en familia —hace casi tres décadas— el turismo imperante, al menos entre la clase media urbana de la Ciudad de México, giraba en torno a la playa y los resorts. En la adolescencia, era común que algún compañero regresara de un puente vacacional con un bronceado digno de lanchero y una pulsera de plástico de color estridente que guardaba como prueba de haber accedido a incontables *buffets*. Estos compañeros presumían historias de hoteles con nombres que incluían palabras como *Palace* y *Grand*, o que evocaban lugares lejanos —como Bali y Copacabana—, aunque estuvieran en las costas de Guerrero. Los hoteles resorts eran, en medio de las provincias calientes de México, burbujas de comodidades, abundancia y expectativas de clase media. Eran lugares a donde se podía ir sin tener que enfrentarse a co-

midas extrañas, a itinerarios convulsos o a la posibilidad constante de ser estafado en los intercambios cotidianos; en otras palabras, eran sitios a donde podías viajar a otra región —u otro país— sin encarar las incomodidades inherentes a, pues, visitar el extranjero. Se convirtieron en reductos de globalización donde era posible toparse con estadounidenses, canadienses y europeos que no mascullaban una sola palabra de español, pero que encontraban en estos hoteles espacios lo bastante dóciles como para atreverse a visitar ese país intimidante llamado México.

Al igual que muchos jóvenes en esa época, me rebelé contra esa forma de turismo tan pronto tuve edad para hacerlo, y me uní al que percibía como el bando opuesto: el de los mochileros. Sin darme cuenta, me estaba de-

En 2002 hice mi debut mochilero viajando en autobús desde Ecuador hasta el sur de Argentina. Al embarcarme en ese periplo no sabía que sería mi primer y último viaje sin internet y sin una cámara digital capaz de capturar fotografías ilimitadas. También fue la única vez que sentí que ser mexicano en Sudamérica me convertía en objeto de fascinación y curiosidad (se lo atribuyo a la combinación de dos factores: ser el primer mexicano que muchas de estas personas conocían en sus vidas y el *soft power* diplomático de algo que podríamos nombrar “efecto Chespírito”). Entre mi itinerario figuraron Lima, Perú; La Paz, Bolivia; y Mendoza, Argentina; ciudades que por entonces tenían contados turistas extranjeros. Conversé con gente muy distinta, desde campesinos del altiplano hasta *punks* urbanos.

¿Pero acaso es posible mirar el mundo de forma distinta si insistimos en reducirlo a la pantalla de un teléfono?

jando llevar por otro discurso imperante de la época: durante años, y en aras de promover formas alternativas del turismo, los ministerios gubernamentales, los programas de intercambio académico y hasta las guías de viaje —como las de la editorial Lonely Planet— insistieron en que los viajeros abandonaran los ambientes turísticos controlados y se aventuraran a sitios más remotos —ciudades secundarias, pueblitos, espacios rurales— con lo que conseguían redistribuir los réditos de esta industria. Esa misma narrativa prometía que, al hacer esto, el viajero podría conocer la cara “auténtica” de un país. En la lógica dosmilera del multiculturalismo y la tolerancia, se prometía, incluso, que viajar era un conducto para curar prejuicios y “abrir la mente”.

Hice amigos variopintos, leí algunos libros en las horas muertas, tomé pocas fotos. Fui a conciertos de rock y a una manifestación contra la tauromaquia que acabó en trifulca. Ingerí cactus alucinógenos y subí a una montaña de cinco mil metros de altura en tenis. A pesar de las incomodidades y penurias padecidas, así como de la lentitud e ineficiencia de un viaje por tierra, la experiencia me resultó tan poderosa que decidí, esencialmente, que quería seguir viajando. En los años siguientes, sin embargo, aventuras así —lentas, intuitivas, desconectadas del mundo exterior salvo por la ocasional llamada por cobrar— resultarían cada vez más difíciles de replicar.

Las razones de ello son diversas, pero la principal fue, sin duda, la creciente omnipre-

sencia de internet y el acceso a la información, no sólo como parte de la planificación del viaje, sino también en los mismos destinos. De pronto, la parte más engorrosa, cara e intimidante de un viaje —la logística— parecía resolverse con sencillez: en internet podías reservar vuelos, autobuses y hospedajes (incluso conocer sus precios de antemano). La información práctica, que alguna vez fue escasa y difícil de encontrar, de pronto empezó a reproducirse gratuitamente en blogs digitales. La aparición del teléfono inteligente nos facilitó aún más nuestras visitas: mapas digitales y traductores rudimentarios simplificaron el desplazamiento y la comunicación.

Si a todo esto se añade el incremento de aerolíneas low-cost a finales de la primera dé-

cada del siglo, queda claro que se abrían las puertas de una nueva forma de viajar: una más conectada, eficiente y económica, que, en consecuencia, se hizo accesible a más personas. A muchas más.

HIPERTURISMO

En años recientes, en paralelo a la gentrificación, ha aparecido un término que describe un fenómeno de efectos perniciosos en las ciudades: el *overtourism*, que en español se traduce a veces como “hiperturismo”. El concepto contiene una admisión: que la cantidad de turistas en muchas partes del mundo ya exceden lo sostenible, deseable y gestionable. Si bien hace diez años el sobreturismo parecía un mal que afligía únicamente a Venecia, París, Punta Cana y Cancún, hoy sus efectos se resienten en otros sitios: ciudades como Kioto, Berlín, Málaga, Lisboa, Ciudad de México y Bilbao se han visto tan trastocadas por este fenómeno que incluso han visto surgir ciertas manifestaciones —por ejemplo, contra la plataforma de alquiler de apartamentos de corta estancia Airbnb.

Hoy el turismo es una fuerza global con potencial disruptivo: bastan unos cuantos videos virales para construir un imaginario en torno a un destino y que millones de visitantes lo agreguen a sus *bucket lists*. Como lo han atestiguado los habitantes de la Ciudad de México, las repercusiones de convertirse en “destino de moda” pueden ser inesperadas y veloces: luego de la llegada masiva de nómadas digitales a la capital del país durante la pandemia, los precios de las rentas en ciertas zonas céntricas se incrementaron velozmente. De acuerdo con datos del portal Inmuebles24, las rentas en la alcaldía Cuauhtémoc —aquella que alberga colonias populares entre extranjeros



Corcovado, 2014. Fotografía de Vasily Lucky, Flickr.

como la Roma, Condesa y Juárez— aumentaron 34.51% entre 2022 y 2023.¹

Uno de los efectos más lamentables del turismo de masas es que atrofia las diferencias y termina ofreciendo experiencias similares en lugares disímiles. Ya no es tan fácil escapar de la lógica del *resort*, pues las zonas icónicas de las ciudades del mundo se van convirtiendo, a su manera, en espacios que replican los modos mercantilistas que se esperarían de un hotel en la playa, dominados por franquicias transnacionales y restaurantes que ajustan el sazón de la cocina para complacer paladares extranjeros.

Esto es visible en un número cada vez mayor de ciudades donde, más allá de las filas y multitudes, el viajero contemporáneo parece reducido a una suerte de usuario de un parque de diversiones. Si Marc Augé habló de los aeropuertos y supermercados como *no lugares* cuya máxima cualidad es ser genéricos, se puede decir que justamente la industria del turismo convierte los núcleos culturales e históricos de las urbes en *no lugares* donde el turista ya no va a descubrir algo nuevo, sino simplemente a repetir itinerarios y experimentar la fórmula. En una paradoja deprimente, en lugar de que el viajante se sumerja en el ritmo de los sitios que visita, es él quien termina ocasionando que los espacios se transformen para adaptarse a sus gustos y exigencias, muchas veces inconscientes.

Después de todo esto, podemos preguntarnos: ¿sigue valiendo la pena viajar? ¿Tiene caso ahorrar durante meses, incluso años, para participar de este ritual? ¿Tiene sentido emitir cantidades indecibles de carbono y contribuir

a la destrucción del tejido urbano de las ciudades para coleccionar estampas en el pasaporte y fotos en Instagram? Henry Miller apuntó que “el destino del viajero no es un lugar, sino una nueva manera de mirar el mundo”. ¿Pero acaso es posible mirar el mundo de forma distinta si insistimos en reducirlo a la pantalla de un teléfono?

A veces pienso que el viaje ya no cumple las expectativas de buena parte de las personas que participan de él. Que una de las víctimas del hiperturismo es el turista de masas mismo, que realiza estas travesías con la aspiración de descubrir lo diferente, pero que se termina enfrentando con lo semejante: multitudes de turistas iguales a él (esto es, en parte, culpa de nuestro instinto gregario: de acuerdo con un estudio reciente de la consultora McKinsey & Co., el ochenta por ciento del turismo se concentra en diez por ciento de los destinos).²

Pero, contrario a otros que han escrito sobre el tema, sigo creyendo que el viaje tiene la capacidad de transformar, de revelar, de ayudarnos a dilucidar mejor el mundo y el lugar que ocupamos en él. Pues nos permite entender que hay otras maneras de ser, de habitar, de existir. En mi opinión, el viaje como experiencia transformadora en tiempos de hiperturismo sigue siendo posible, pero para tener experiencias valiosas es esencial repensar el propósito de nuestro desplazamiento: es indispensable buscar motivos más poderosos, procurar razones que ameriten cruzar el mundo más allá que tomarnos un video frente a aquello que ya sabemos que está ahí.

Y si no las encontramos, admitamos que lo más sensato, quizá, es quedarse en casa. **U**

¹ <https://obras.expansion.mx/inmobiliario/2023/07/25/en-cdmx-la-renta-subio-un-13-en-los-ultimos-12-meses>.

² McKinsey & Co., “Destination readiness: Preparing for the tourist flows of tomorrow”, 29 de mayo de 2024.



Paul Klee, *Jardín en St. Germain en el barrio europeo cerca de Túnez*, 1914. The Metropolitan Museum of Art ©.

POEMA

DE VIAJE

Paloma Ulacia Altolaquirre

La mujer del abrigo claro iba recogida
en su paseo por el jardín botánico.
No se debía a nadie.
Ni siquiera a los penosos fracasos
de sus seres queridos.

Era una mañana soleada de invierno.
Entrando a ras de tierra,
la luz iluminaba las plantas:
raquíticos cultivos de hortalizas
de zonas tropicales.

A lo lejos, en otro camino,
vio pasear a un hombre.
Calzaba zapatos con suelas de cuero,
boleados hasta hacerlos brillar.
La costumbre la llevaba a ella
a replegarse,
a esconderse tras las hojas altas del Amazonas,
a mirar las ranas de un charco
donde se reflejaba una raya de sol.

De repente, el aire
le regala un olor,
un azahar, acompañado
de la primera frase de un poema:
Malabares que abren, dilatándolo,
el secreto de un instante.

Los zapatos, pensaba ella,
los compraría con un ahorro escondido.
Después de la tortura
de llevar por años derivaciones
de la lengua latina en la cabeza,
cómo no aspirar
a zapatos muy finos
y corbatas alegres
con las que resaltar sus ojos claros.

Mientras ella seguía
entre las exóticas plantas americanas,
el hombre se perdió
por otros caminos. ¿De qué manera
influye la botánica
en sus cavilaciones?
la mujer se paró
delante de un colorín mexicano
de cuyas ramas caían unas cuantas gotas
rojas. Luego miró
un gran zapote blanco
cuyo tronco se erguía entre frutos podridos.

Estas plantas eran parte de su vida,
de una vida salpicada de vértigo.
Bajo una palma real se había dado
sus primeros besos sin amor.
La había empujado un hombre joven
contra el tronco,
obligándola así a entrar al mundo.

Llega la noche y vuelve a su cuarto.
Todo en ella es timidez y suposición:
como un relámpago vuelve a su mente
el hombre del jardín, y con el recuerdo,
los primeros trazos
de un punto de fuga:

*Ingresa al salón bañado de lluvia,
sonriendo. Con la mano
limpia todas las gotas
de un suéter azul abotonado.
En su brazo derecho, el sobretodo.
En la cara restos
de una juventud hace largos años perdida.
El gozo de correr por una calle
con una amistad entrañable
le ha hecho olvidar la finitud.*

*Súbitamente,
lo interrumpe el teléfono que lleva en el bolsillo.
Hay amores que matan.
Cuánto extraña los locutorios,
los tiempos en que viajar
era casi lo mismo
que desaparecer,
ser joven todavía
en un mundo donde no debía nada a nadie.*



Cresques Abraham, *Atlas catalán*, 1375. Copia de 1959. Library of Congress ©.



LAS MARAVILLAS DE ORIENTE

Jorge Volpi

El primero de nuestros viajeros desgrana sus recuerdos mientras languidece en una cárcel genovesa. Rustichello de Pisa, quien transcribe sus palabras a una lengua que nadie habla, el franco-veneciano de los aristócratas, ha trasplantado a Italia las hazañas del rey Arturo. Nombrado juez en la corte de Marruecos, el segundo de nuestros viajeros le dicta sus memorias a un jurisconsulto, Ibn Juzayy, quien no duda en recurrir a otras fuentes —o a su propia imaginación— para completar su relato. A uno y otro los separa poco más de medio siglo: en 1298, el veneciano Marco Polo, conocido como *Milione* (por Emilione), rememora los veinte años que pasó en Asia central, China, la India y Persia. En 1354, el bereber Abu Abdullah Muhammad ibn Battutah desempolva sus tres décadas en África, Arabia, Asia, la India y Al-Andalus. *Los viajes de Marco Polo*, conocido como *Il Milione*, y *Una obra maestra para quienes contemplan las maravillas de las ciudades y las maravillas del viaje*, conocido como la *Rihla*, les abren los ojos a sus respectivos mundos, la cristiandad y el islam, sobre esos otros mundos y los impulsan a seguirlos como si fuesen mapas del tesoro.

Con solo diecisiete años, en 1271 Marco Polo parte de Venecia rumbo a Acre, entonces en manos de los cruzados, acompañando a su padre y su tío, quienes ya han visitado con anterioridad la corte de Kublai Kan. Tras recibir el apoyo del nuevo papa, reanudan su viaje hacia Ormuz. De allí siguen la Ruta de la Seda a través de Balj, Kashgar, Dunhuang, Lanzhou, con un desvío al Karakorum, hasta llegar a Shangdu, donde son



Mapa babilonio del mundo, siglos IX-VII a. C. British Museum ©.

recibidos por el kan, y al cabo a Janbalic, la moderna Pekín, "la ciudad más grande, más hermosa y más próspera del mundo".

Impresionado con su astucia y sus conocimientos, el emperador mongol nombra embajador a Marco Polo y lo envía a la India, Birmania y el sudeste asiático. Tanto aprecia su talento para contar las historias de sus viajes que una y otra vez le niega el permiso para retornar a su patria. En 1291, le encomienda una última misión: acompañar a las naves que llevarán a la princesa Kōkōchin a Persia, donde contraerá matrimonio con el kan. Cumplida su tarea, Marco Polo y su familia parten hacia Trebisonda y Constantinopla y por fin desembarcan en Venecia en 1295, veinticuatro años después de haber partido.

Ibn Battuta, por su parte, realiza tres viajes por el orbe musulmán: el primero, entre 1325 y 1332, lo lleva por la costa africana del Mediterráneo hasta La Meca; recorre extensamente la península arábiga, Siria y Persia, y más adelante la costa del mar Árabe hasta Mo-

gadiscio, Mombasa y Zanzíbar. Entre 1332 y 1347, viaja por Anatolia, Asia central, la India y el sudeste asiático hasta arribar asimismo a Janbalic. Tras regresar a Marruecos, emprende un postrer viaje por Al-Andalus y África que lo lleva hasta Tombuctú antes de volver definitivamente a su hogar.

Debido a sus omisiones y exageraciones, algunos han llegado a dudar de la existencia de uno y otro; hoy hay pocas dudas de que ambos en efecto emprendieron sus agotadores periplos, si bien es posible que no hayan visitado cada uno de los lugares que mencionan y se hayan valido de testimonios de terceros. Más allá de las trampas de la memoria, Marco Polo e Ibn Battuta dictaron sus recuerdos a hombres más interesados en dotar de coherencia y encanto a sus historias que en ser fieles a la verdad. Hay quien ha tenido la paciencia de contar los kilómetros recorridos por cada uno: ciento diecisiete mil de Ibn Battuta por veinticuatro mil de Marco Polo. Por desgracia, el apasionante relato del primero quedó circunscrito al ámbito musulmán, sin que llegase a ser conocido en Europa hasta principios del siglo XIX, cuando el orientalismo en boga lo despojó de su carga histórica y política. *Il Milione*, en cambio, fue muy pronto traducido al francés, el veneciano, el toscano y el latín, lanzando a miles en busca de las riquezas de Oriente. Cristóbal Colón llevaba a todas partes una copia, convencido de que, si navegaba sin detenerse hacia el poniente, llegaría al esplendoroso reino de Catay.

Mucho antes de la invención de la escritura, nuestros ancestros dibujaban paisajes, rutas o caminos para guiarse por el mundo. Un cuer-

no de mamut de hace unos veinticinco mil años, hallado en la República Checa, ya posee muescas que parecen señalar lugares precisos. La bóveda de las cuevas de Lascaux, de hace unos diecisiete mil, debió de ser asimismo un mapa que les permitía a sus creadores guiarse en medio de la oscuridad prehistórica. A los babilonios les debemos el primer mapa conocido, del siglo -VII, una tablilla con escritura cuneiforme que muestra la cuenca de un río con los cuatro puntos cardinales.

Sus enrevesados diseños reflejan una idea del universo, más que el universo mismo: la cartografía es, desde entonces, una rama de la ficción. No han llegado hasta nosotros mapas egipcios o fenicios, dos pueblos que se valieron de ellos para sus viajes, y habrá que esperar a la *Geografía* de Estrabón, culminada alrededor del año -7, para contar con la primera representación completa del mundo conocido, cuya redondez era evidente.

Un mapa bizantino del siglo XIII, conservado en la Biblioteca Vaticana, se basa asimismo en sus principios: en su extremo oriental, señala lugares tan remotos para los europeos como la isla de Taprobana, identificada con Sri Lanka o Sumatra, o la Jersón Áurea, acaso referida a la península malaya. Por su parte, Oriente contaba también con sus propios mapas, como el conocido como Da Ming Hunyi Tu, elaborado hacia 1389.

Los viajes de Marco Polo les dieron un impulso definitivo a la curiosidad y a la imaginación europeas. En el *Atlas catalán* de Carlos VI, de 1375, figuran varios de los sitios descritos por el veneciano.

El mapa de Fra Mauro, comisionado por el rey Alfonso V de Portugal en 1450, incorpora otros lugares nombrados por Marco Polo. Como verás, en este planisferio el sur aparece

donde, en otra de nuestras recurrentes ficciones espaciales, solemos ubicar el norte: una imagen que volverás a encontrar en el dibujo, provisto de un hondo contenido político, del uruguayo Joaquín Torres García (1943).

“El espacio. La última frontera. Estos son los viajes de la nave Enterprise, en una misión que durará cinco años, dedicada a la exploración de mundos desconocidos, al descubrimiento de nuevas vidas y nuevas civilizaciones, hasta llegar a lugares a donde nadie ha podido llegar”. Así comenzaba cada capítulo de *Star Trek*, la serie de televisión creada por Gene Roddenberry en 1966: la idea del viaje —cualquier viaje— implica ir de lo conocido a lo desconocido, abandonar el hogar, la familia o la patria en busca de lo que no puede ser sino una ficción. La recompensa, que puede significar conocimiento, riqueza o fama, contiene otra ficción correlativa: la necesidad de volver a la patria para contar el viaje. Al partir, uno debe contrariar la consigna del Ecclesiastés que, como refiere Alberto Manguel en *Una historia natural de la curiosidad* (2015), ordena: “No te esfuerces en conocer muchas cosas inútiles y no seas curioso de sus muchas obras”. Pocas veces se viaja hasta “donde nadie ha podido llegar”, esa región fuera de los mapas que los antiguos cartógrafos marcaban con la leyenda *Hic sunt leones* o *Hic sunt dracones*, pero, guiados por la lectura tanto de libros de viajes como de caballerías, los navegantes ibéricos de los siglos XV y XVI sin duda lo intentaron.

A estos exploradores y conquistadores les fascinan las islas: microcosmos que resumen el macrocosmos, sociedades cerradas y al mar-

gen de la civilización, zonas impolutas como el paraíso terrenal, rebosantes de oro, especias y frutos exóticos. En su competencia por el globo, portugueses y castellanos transforman dos islas míticas en reales: Taprobana y Antilla. De acuerdo con Ptolomeo, la primera debía de ubicarse en el Oriente y, según Eratóstenes, “envía grandes cantidades de marfil, concha nácar y otras mercancías a los mercados de la India”. Esteban de Bizancio sostiene que su capital es Argira y que la cruza el río Fasis. Hacia ella se dirigen los navíos portugueses luego de que Bartolomeu Dias dé la *volta do mar* en el cabo de Buena Esperanza en 1488. Poco después, Vasco da Gama circunnavega África y se aventura hacia el Índico y las costas de la India.

Algunos identifican Taprobana con Ceilán, la actual Sri Lanka, adonde llega Lourenço de Almeida en 1505, y otros con Sumatra. Una leyenda distinta sostiene que, luego de que la península ibérica cayese en manos de los árabes, en 734 un grupo de nobles visigodos se embarcó hacia la Antilla, una enorme isla a medio camino de Cipango, identificada con la isla de San Brandán o con la Atlántida, y allí fundaron siete ricas ciudades. Mientras los portugueses persiguen el reino del preste Juan, los castellanos justifican sus conquistas con una Antilla poblada por descendientes visigodos: una ficción que los anima a recuperar algo que era suyo.

A las dos horas después de medianoche pareció la tierra, de la cual estarían dos leguas. Amainaron todas las velas, y quedaron con el treco, que es la vela grande, sin bonetas, y pusieron a la corda, temporizando hasta el día viernes que

llegaron a una isleta de los lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahaní.

Con esta entrada, fechada el 11 de octubre de 1492, el almirante Cristóbal Colón informa a los “muy poderosos príncipes, rey e reina de España y de las islas de la mar”, del éxito de su misión; tal como previó, la ruta de poniente lo ha conducido hasta las Indias. Según los cálculos que realizó a partir de los datos recopilados durante su estancia en Portugal, Colón está seguro de haber desembarcado en un islote no muy lejos de Cipango. La emoción de avistar tierra se matiza con lo que no esperaba encontrar: hombres y mujeres que no coinciden demasiado con las ideas de esplendor y riqueza que había descrito Marco Polo. Según la transcripción de sus diarios realizada por fray Bartolomé de las Casas, el propio almirante los describe por primera vez:

Ellos andaban todos desnudos como su madre los parió, y también las mugeres, aunque no vide más que una farto moça, y todos los que yo vi eran todos mançebos, que ninguno vide de edad de más de xxx años, muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras, los cabellos gruesos cuasi como seda de cola de caballos e cortos. Los cabellos traen por ençima de las cejas, salvo unos pocos detrás que traen largos, que jamás cortan. D’ellos se pintan de prieto y d’ellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos, y d’ellos se pintan de blanco y d’ellos de colorado y d’ellos de lo que fallan; y d’ellos se pintan las caras, y d’ellos todo el cuerpo, y d’ellos solos los ojos, y d’ellos solo el nariz.

¿Quiénes son estos jóvenes que parecen buenos, corteses e ingenuos —la fantasía que dará lugar al *bon sauvage*— y que “no traen



El mapa basado en el redescubrimiento de Maximus Planudes de los manuscritos de Ptolomeo ©.

armas ni las cognocen"? ¿Dónde caben en la mente de esos navegantes cuyo mundo interior sigue modelado por el Medioevo? Y, del otro lado, para los guanahaníes, ¿quiénes son esos violentos hombres barbados que arriban a sus costas? ¿Qué esfuerzo de imaginación han de realizar unos y otros para integrarlos en sus respectivos universos mentales? Colón apenas duda: por desnudos y pobres que le parezcan, no pueden ser sino indios de la India. Aun así, no evita mostrar su decepción: se trata de "gente muy pobre de todo". ¿Qué sentido tiene una empresa como la suya si las riquezas de Oriente no son tales? En cualquier caso, el doble objetivo de Colón se vuelve explícito: por una parte, los convertirá a la verdadera fe y, por la otra, buscará al máximo aprovecharse de ellos. Un programa que no hará sino expandirse durante los siguientes siglos a partir tanto de la fuerza como del engaño:

Yo, porque nos tuviesen mucha amistad, porque cognoscí que era gente que mejor se libraría y convertiría a nuestra sancta fe con amor que no por fuerza, les di a algunos de ellos unos bonetes colorados y unas cuentas de vidrio que se ponían al pescueço, y otras cosas muchas de poco valor, con que ovieron mucho placer y que-

daron tanto nuestros que era maravilla. Los cuales después venían a las barcas de los navíos donde nos estábamos, nadando, y nos traían papayos y hilo de algodón en ovillos y azagayas y otras cosas muchas, y nos las trocavan por otras cosas que nos les dábamos, como cuentezillas de vidrio y cascabeles. En fin, todo tomaban y daban de aquello que tenían buena voluntad, mas me pareció que era gente muy pobre de todo.

Pese a las evidencias que comenzarán a acumularse y que presupondrán que, mientras los portugueses se apoderan de la abundancia oriental, los castellanos se han estrellado con un entorno salvaje, el almirante morirá tercamente convencido de haber llegado a Oriente: su última ficción. Para cerrar con broche de oro esta parte de la historia debes saber que, cinco siglos después de su primer desembarco, los historiadores no se ponen de acuerdo sobre qué sitio de las Bahamas se corresponde con Guanahaní. La invención de América se inicia —no podía ser de otro modo— con una isla fantasma. **U**

Fragmento de *La invención de todas las cosas. Cómo la ficción nos vuelve humanos*, de próxima aparición en Alfaguara.



José Vallejo y Galeazo, *Alegoría del Quijote*, ca. 1870. Museo Nacional del Prado ©.



DE QUIJOTADAS NOVOHISPANAS Y LIBROS NAVEGANTES

Elizabeth Treviño

La primera parte de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* llegó a tierras americanas en 1605, muy poco después de que la primera edición saliera a la luz de la prensa madrileña de Juan de la Cuesta. Esto lo sabemos gracias al afortunado hallazgo del célebre cervantista Francisco Rodríguez Marín, quien, en la primera década del siglo pasado (en el libro *El “Quijote” y Don Quijote en América*, 1911), dio a conocer que, según se lee en el registro, dentro de las muchas cajas de libros que cruzarían el Atlántico con destino a América, se encontraban cerca de trescientos ejemplares del portento cervantino, cuando menos, en la flota que zarparía de Sevilla el 12 de julio de 1605. Este valioso dato mereció una observación de exquisita índole bibliófila del erudito: “es de notar una particularidad muy curiosa: por algunas de las listas de libros que he examinado se viene en conocimiento de que los libreros y los lectores del *Quijote* solían enmendar la plana a Cervantes, al par que el título a su obra, llamándola *Don Quijote y Sancho Panza*”.

La buena fortuna editorial del hito cervantino —y estandarte de los Siglos de Oro— es hoy una perogrullada. Allende épocas, lenguas, continentes. Son muchas las reediciones de *Don Quijote* en los años posteriores a su publicación y, aunque tendrían que transcurrir centurias para que se imprimiera en suelo mexicano, tenemos noticias de numerosos ejemplares que hicieron la travesía transatlántica: una quijotada en sí misma. En la memoria de la biblioteca novohispana de Gabriel de Vega, fechada en 1616 —el mismo año en que falleció Miguel de Cervantes

Saavedra, si recordamos, un 22 de abril—, encontramos, inclusive, un ejemplar de la primera edición, apunte que refuerza la rapidez con la cual se movió el título en los virreinos. Empero, no debemos perder de vista que el monumento cervantino, como cualquier libro, estaba en la mira de los órganos que pretendían controlar y vigilar las ideas que circulaban para restringir aquellas que representarían una amenaza para el proyecto ideológico confeccionado por la Corona y la Iglesia en complicidad.

Son famosas las palabras de aquel decreto, firmado en 1531 por la emperatriz Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, en donde la reina gobernadora señalaba que había sido “informada que se pasan a las Indias muchos libros

de romances, de historias vanas o de profanidad” y por ello prohibía su exportación: “porque éste es mal ejercicio para los indios, e cosa en que no es bien que se ocupen ni lean; por ende yo vos mando que de aquí adelante no consintáis ni deis lugar a persona alguna pasar a las Indias libros ningunos de historias y cosas profanas, salvo tocante a la religión cristiana e de virtud”. Este mandato sería refrendado en instrucciones posteriores, mas, como pone en evidencia el caso quijotesco antes mencionado, hoy sabemos que fueron muchas y variadas las lecturas que acompañaron a aquellos osados tripulantes embarcados hacia el Nuevo Mundo. A propósito del *Quijote*, precisamente, Irving A. Leonard, autor del fundamental estudio *Los libros del Conquistador*



Diego Rivera, *Tianguis en Tlatelolco*, mural de Palacio Nacional, 1929-1935. Fotografía de Jen Wilton ©.

La Inquisición española, siguiendo otros ejemplos europeos, publicó su primer catálogo de libros prohibidos en 1551.

(1949), sentenció: “la lectura había empezado en alta mar”.

En este punto, conviene recordar que, para entonces, ya estaba en vigor la pragmática de 1502, promulgada por los Reyes Católicos, en la cual se establecía que todo libro debía ser sometido a una revisión antes de llevarse a la estampa, es decir, previo a su publicación. Sólo pasando por este filtro podía obtenerse una licencia de impresión, desde entonces requisito obligatorio tanto para impresores como libreros —o vendedores de libros—. Esta medida legal no fue la única puesta en marcha por la Monarquía española en materia libresco; aunque sí fue determinante en la consolidación de un aparato de vigilancia y control de la producción y circulación de la palabra escrita —al final, de las ideas— que, sabemos, perduró hasta inicios del siglo XIX.

La segunda acción dispuesta por la Corona perfila otro tipo de censura, aquel ejercido por el Santo Oficio una vez que las obras salían de las prensas y se encontraban en circulación. Para sistematizar este aparato de control y vigilancia, la Inquisición española, siguiendo otros ejemplos europeos de labor censoria, publicó su primer catálogo de libros prohibidos en 1551 y, ocho años después, en 1559, sacó a la luz el primer *Índice de libros prohibidos* propiamente español, preparado por Fernando de Valdés, inquisidor general. Lejos de estar escrito en piedra, éste fue reformulado cuantas veces se consideró necesario, pero, en síntesis, el documento era un repertorio de autores, títulos y textos anónimos —o de autoría dudosa— que atentaban contra los valores imperantes, atendiendo especialmente a obras heréticas y consideradas nocivas ideológicamente.

Las motivaciones para que los libros cruzaran los mares son tan dilatadas como se an-

tojan —esparcimiento, comercio, evangelización, educación, administración...—. De ahí que llegaran obras de una pluralidad de géneros y lenguas, resabio no sólo de la lectura que era deseable, es decir, que fomentaba el buen comportamiento civil y moral. Si bien es cierto que la presencia de la materia devocional fue avasalladora, en los cargamentos también se encontraban “libros pestíferos”, como los llamó el célebre humanista Juan Luis Vives en su clásico *Instrucción de la mujer cristiana* (1523). A diferencia de los “buenos libros”, éstos eran: “en España, *Amadís*, *Esplandián*, *Florisando*, *Tirant lo Blanch* y *Tristán*, cuyas locuras nunca tienen final y de los que a diario salen títulos nuevos; la alcahueta *Celestina*, madre de necedades y cárcel de amores; en Francia, *Lanzarote del Lago*, *Paris* y *Viana*, *Ponto* y *Sidonia*, *Pedro de Provenza* y *Magalona* y *Melusina*, señora implacable; en Bélgica, *Florio* y *Blancafior*, *Leonela* y *Canamoro*, *Curial* y *Floreta*, *Píramo* y *Tisbe*; existen otras en lenguas romances traducidas del latín, como las muy estúpidas gracias del Poggio, *Euríalo* y *Lucrecia* y el *Decaméron* de Boccaccio”. Nótese que estos títulos comparten un supuesto carácter licencioso. Vives lo explica mejor: “Todos estos libros los escribieron unos hombres ociosos, que hacían mal uso de los días de descanso, ignorantes, entregados a los vicios y a la inmundicia y me sorprendería si en ellos se encontrase algo que deleitara, a no ser que las inmoralidades nos sedujeran sobremanera. No se puede esperar erudición de unos hombres que ni tan siquiera han contemplado la sombra de la propia erudición”. Por cierto, es oportuno recalcar que no deben confundirse estas ideas con lo dictado

en los índices inquisitoriales: era evidente que ciertas lecturas eran “amistades peligrosas”, pero, mientras que la Inquisición prohibía y censuraba auténtica y eficazmente, los preceptistas, como el recién citado Vives o fray Luis de León (cuyas ideas circularon con soltura en la Nueva España, donde se sumaron más, como aquellas de Antonio Núñez de Miranda, quien fuera el confesor de sor Juana), guiaban y normaban. Esto es importante apuntarlo pues, a diferencia de lo que se repite hasta la saciedad, la literatura de ficción, tan buscada y apetecida ayer como hoy, nunca fue formalmente prohibida *per se* —aunque sí algunos títulos específicos, como el *Lazarillo de Tormes* o el *Amadís de Gaula*—; empero, no se aconsejaba la lectura de estos géneros y menos se recomendaban en la etapa formativa. En otras palabras, pese a muchos pensadores del momento, la idea de equiparar a la literatura licenciosa con la herética, y juzgarla con la misma severidad, no terminó por imponerse.

Vigilar la lectura era imperante, un asunto de salud pública, podríamos decir, pero la maquinaria de control de la Metrópoli terminó siendo insuficiente para tal fin, como evidencian los muchos textos prohibidos y “malos libros” que desembarcaron en tierras americanas. El Santo Oficio recibía denuncias sobre títulos, poseedores de libros y lectores, así como hacía inspecciones o “visitas” a librerías, bibliotecas y embarcaciones; revisaba qué se iba a exportar y, una vez concluida la aventura interoceánica, revisaba asimismo los cajones de libros en suelo novohispano, antes de que abandonaran el puerto para adentrarse en los territorios recién conquistados. Y aunque la Corona filtró todo lo procedente del Viejo Mundo, lo tangible —como los mismos libros— y lo intangible —modas, ideas, avances cientí-

ficos...—, el proceso de occidentalización en este lado del Atlántico no estuvo exento de resquicios. Cualquier intercambio o importación cultural estaba sometido al control ejercido por la Corona y, no obstante, en los virreinos penetraron obras de forma ilegal que convivieron con la producción editorial novohispana que, después del establecimiento de la primera imprenta en la capital de la Nueva España en 1539, iría en paulatino aumento.

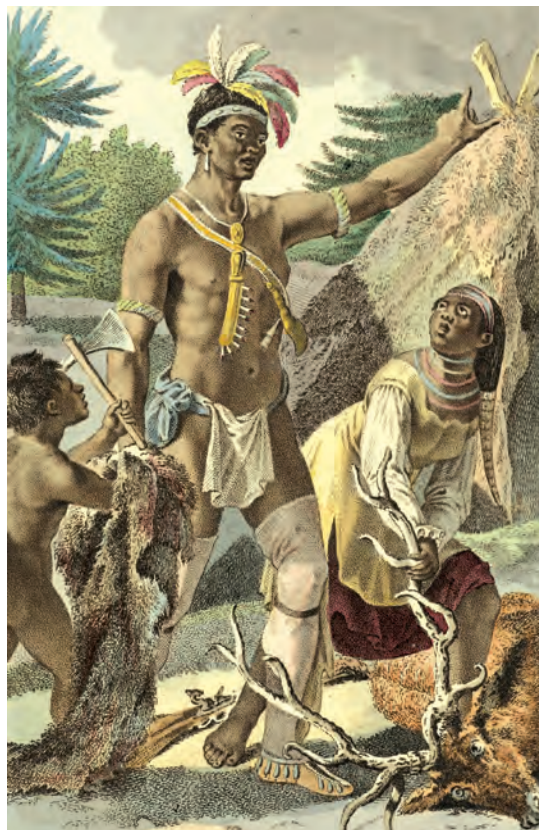
En los trabajos pioneros de Francisco Fernández del Castillo (*Libros y librerías en el siglo XVI*, 1914) y Edmundo O’Gorman (“Bibliotecas y librerías coloniales. 1585-1694”, 1939), clásicos para todo interesado en el universo de la cultura escrita novohispana, se recogen copiosas noticias que ilustran el complejo panorama del mundo del libro en la temprana Nueva España después del establecimiento de la Inquisición en 1571. Las fuentes documentales recopiladas por ambos historiadores, entre las que se encuentran disposiciones, juicios inquisitoriales y “memorias” o listas de libros (algunas respondían al deber de informar la posesión de éstos, otras daban cuenta de los ejemplares que habían sido confiscados), permiten entretejer una historia que confirma que, en poco tiempo, el libro se convirtió en un bien cotizado y demandado, parte fundamental del circuito comercial de la Carrera de Indias, como ha observado Pedro Rueda Martínez (*Negocio e intercambio cultural: El comercio de libros con América en la Carrera de Indias (siglo XVII)*, 2005).

Basta un vistazo a los casos presentados por los estudiosos recién mencionados¹ para

¹ Para complementar el panorama, remitimos también a las relevantes contribuciones de Idalia García, Olivia Moreno Gamboa y Natalia Maillard.

constatar que a la Nueva España llegó un gran cúmulo de impresos de temática devocional y piadosa, sobresaliendo numerosos *flores sanctorum* (compilaciones de vidas de santos), libros de ejercicios espirituales y sermonarios; también, obras de fray Luis de Granada y fray Luis de León, y el celeberrimo *Contemptus mundi*. Ocupaban un lugar menor, mas relevante, los documentos jurídicos y medicinales; y, aunque la literatura de entretenimiento no parece haber acaparado las arcas, resulta indiscutible que llegó: cancioneros, florilegios y romanceros varios fueron de los más populares, así como no se hicieron extrañar los clásicos, como Homero, Cicerón, Marco Aurelio, Virgilio. Destacan obras de autores castellanos afamados entonces, como Jorge de Manrique, Juan de Mena y Alonso de Ercilla; y de autores que estaban fraguando el canon hispano al momento, como Mateo Alemán, Francisco de Rojas, Lope de Vega, María de Zayas y, como vimos arriba, el gran Miguel de Cervantes, el cual, a decir del prestigiado filólogo Trevor J. Dadson, se salvó de la Inquisición gracias a su “maldita ironía”. En otras palabras, no cabe duda de que no todo lo que desembarcó procedente del puerto de Sevilla estaba orientado al estricto cultivo espiritual. Algunas de estas obras, incluso, llegaron a petición puntual de algún comerciante, pero, no debemos obviarlos, también por solicitud de los ciudadanos a piedi, hombres y mujeres comunes que pedían títulos específicos, escapadas personales, como revelan algunas de las *Cartas privadas de emigrantes a Indias, 1540-1616* (1988) recopiladas por Enrique Otte.

A tientas entre la clandestinidad y la norma, en ocasiones sin portada, otras veces insertos en cubiertas de textos ajenos, o careciendo de las primeras o las últimas páginas,



Ludwig Gottlieb Portman, *Familia iroquesa frente a tipi*, 1804. Rijksmuseum ©.

como revelan las descripciones en fuentes inquisitoriales, también desembarcaron libros y autores prohibidos. Por ejemplo, una gran diversidad de obras de devoción popular (como *vidas* o biografías de santos y de la Virgen) y los manuales espirituales de supuesto contenido “supersticioso” que no gozaba de la aprobación de las autoridades eclesiásticas y estaba, por tanto, sancionado por la Inquisición. De índole literaria, es contundente y significativa la presencia de volúmenes de la *Celestina* y del *Amadís de Gaula*. Al final, como tiene a bien enfatizar José Ramos Soriano en *Los delincuentes de papel. Inquisición y libros en la Nueva España (1571-1820)* (2011), de ninguna manera podría considerarse impenetrable, tampoco estático, el impacto de las autoridades inquisitoriales en la época colonial. **U**



LAS AVENTURAS DE JOSÉ DE CASTRO POR TIERRA, MAR Y NIEVE

Laura Ímaz Álvarez Icaza

En 1687, José de Castro, un religioso y poeta novohispano, fue elegido entre los más de doscientos franciscanos que había en Zacatecas como proministro para representar a esa provincia en el Capítulo General de la orden franciscana, la máxima congregación de la cofradía, que se llevaría a cabo el 5 de junio de 1688 en Roma. Hoy su vida ha quedado relegada a la pluma de especialistas y al polvo del archivo, que guarda algunas de sus obras inéditas. Castro nació en Zacatecas en 1648, donde entró a la orden de San Francisco a los veintidós años, dedicándose a predicar la doctrina cristiana por los caminos del centro norte del virreinato y a enseñar teología a los jóvenes queretanos.

Además de otros textos, escribió el *Viaje de América a Roma*, libro de formato pequeño, que debió haber tenido cierto éxito, pues conoció tres ediciones. La primera se publicó en Madrid, en 1689, a costa del propio autor, en el taller de Juan García Infanzón; es una edición alegal, como lo señala Guadalupe Rodríguez Domínguez en su edición crítica, ya que no cuenta con los permisos preliminares. Este tipo de impresiones se permitían siempre y cuando el tiraje fuera pequeño y no se buscara su venta. Tal es el caso de nuestro autor, que así lo anuncia al inicio de sus versos: "Para solos mis amigos/ hago este breve cuaderno/ con algo de lo que he visto/ y parte de mis progresos". En México, sacó a la luz una segunda edición alrededor de 1690 en la imprenta de Jerónima Delgado Cervantes, viuda de Francisco Rodríguez Lupercio. De esta publicación,

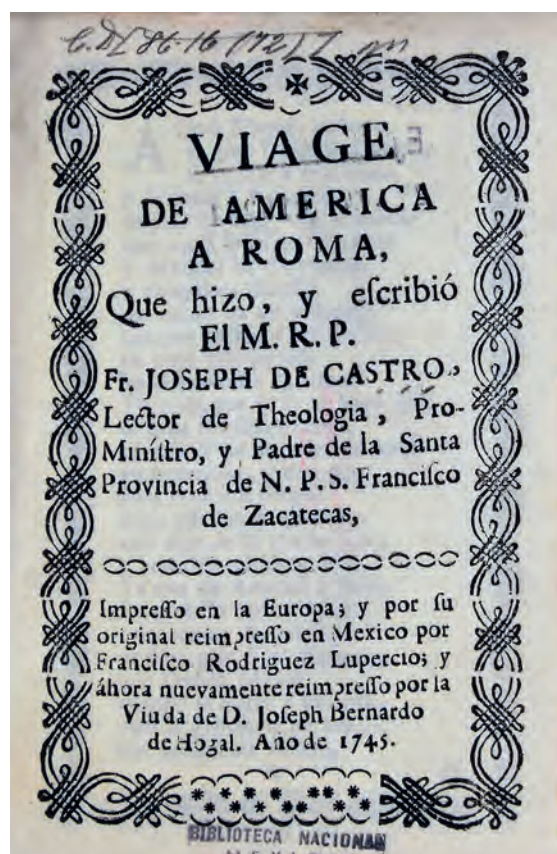
Rosa Teresa de Poveda, viuda de José Bernardo de Hogal, imprimió una tercera en 1745. Es importante reconocer el nombre de estas impresoras, porque muchas veces estuvieron a la cabeza de este gremio tras el fallecimiento de sus esposos. Sin embargo, sus nombres no siempre aparecían en la portada, como puede observarse en la edición de Castro.

En la obra, vemos que Castro le tiene un miedo terrible a navegar, sufre cada vez que se encuentra en un navío, incluso, llega a sentir que de Liorna a Marsella sus remeros lo llevan a la muerte. Prefiere, sin duda, el trayecto por tierra, aunque no está exento de vicisitudes: sus guías lo apresuran sin dejarlo conocer los poblados o le cobran de más por cada parada, su carroza se atora en un lodazal y hay ladrones al acecho. Además, vive varios choques culturales: la comida, los cambios de moneda, las formas de ser de los franceses y los italianos, así como los constantes maltratos en las aduanas; asimismo, le impactan los Alpes con sus trineos, "instrumentos" novedosos para él, conducidos por mujeres.

No obstante, el viaje del autor comenzó mucho antes de embarcarse hacia el Viejo Mundo, pues su búsqueda de financiamiento lo llevó, en 1687, a la minas zacatecanas y potosinas a pedir apoyo, como él mismo lo indica al principio de su relato. La travesía total duró casi dos años. La primera fecha que proporciona es la del 1 de abril de 1687, cuando salió de San Luis Potosí para dirigirse a la Ciudad de México y de ahí a Veracruz, de donde partió el 23 de septiembre en el barco San Antonio. Tardó veinte días en llegar a La Habana, donde tuvo que quedarse un mes por reparaciones, pues las tormentas habían dañado el navío; luego, después de continuar por el Atlántico, llegó a la costa de Portugal y, por fin, a finales de ene-

ro de 1688 atracó en el puerto de Sanlúcar. Ahí comenzó su camino por tierra, atravesó varios poblados de España, Francia e Italia, en mulas, barcos, falúas y caminó largos kilómetros.

Las rutas de ida y de regreso fueron distintas, lo que le permitió visitar lugares dignos de peregrinación. En un primer momento, llegó al poblado de Loreto, junto al mar Adriático, y visitó la basílica de la Santa Casa, donde el arcángel Gabriel le anunció a María que sería la madre de Jesús; también pasó por Asís, en cuya basílica presuntamente está sepultado el fundador de la orden. Después de una estan-



Portada del *Viaje de América a Roma* de José de Castro. Imprenta de la viuda de José Bernardo de Hogal, Rosa Teresa de Poveda, 1745.

cia de “un mes y seis días” en Roma — “[ciudad en que] cabe todo: / lo santo, lo muy perfecto, / lo delicioso y profano, / lo ilícito y nada honesto” — regresó a Madrid. De camino a casa vivió otros periplos: en Bayona, unos guardias embargaron sus maletas y debió pagar para que se las devolvieran; y en Irún, lo estafaron por rentar unos caballos para cruzar a España. Pero no todo fue terrible, también se convirtió en el héroe de una riña entre vecinos encendidos por el alcohol y el juego en Las Rozas.

profusamente son Turín, Florencia y la Biblioteca Vaticana.

Castro es un poeta culto y orgulloso de su composición, como lo atestiguan sus rimas finales; en sus 4366 versos, hace analogías con pasajes mitológicos y guiños intertextuales a Owen, Marcial, Quevedo, Lope, Tito Livio, Virgilio y Ovidio. Además, su “yo” ficticio no hesita en compararse con Diógenes el Perro, don Quijote, Polifemo, Paris, Niso y Tántalo, llegando incluso a usurpar, en una discusión con “un

Castro toma una tonalidad jocosa, el abanico de su humor es diverso, va desde lo inofensivo y ligero hasta lo grotesco y mordaz.

El *Viaje de América a Roma* está escrito en romance¹ y se inscribe en la tradición de los relatos de viaje, de modo que el narrador cuenta su percepción del “otro” y, al hacerlo, también se retrata a sí mismo, pues expone su actitud ante lo desconocido. En este sentido, es interesante tener en cuenta el tono y el estilo que adopta. Castro toma una tonalidad jocosa, sobre todo, cuando describe sus traslados, así como al inicio y al final del poema; el abanico de su humor es diverso, va desde lo inofensivo y ligero hasta lo grotesco y mordaz. Al mismo tiempo, se vuelve más grave al explicar lo que va conociendo, ciñéndose, en su mayoría, al concepto retórico de la *brevitas*; por lo que, en vez de descripciones detalladas, encontramos fórmulas del estilo “es poco a su descripción/ cualquier encarecimiento”, que lo excusan de profundizar. En contraste, tres lugares que lo maravillan y donde se detiene

muy ridículo viejo”, la identidad de fray José Copons, candidato a desempeñar un cargo en la orden franciscana, con lo cual construye una máscara compleja de su “yo”, bastante rica en matices.

Después de esta breve introducción, los invito a recorrer una selección de sus versos que ejemplifican algunas de las aventuras expuestas arriba, así como sus miedos, admiraciones, indignaciones y sus momentos de escritura. Siguiendo sus pasos, vayamos al calor de Veracruz, sintamos el terror de una tormenta en altamar durante una noche cerrada, atravesemos los fríos Alpes y frustrémonos cuando nos nieguen la entrada a Roma; o bien, conozcamos el carácter de los italianos, maravillémonos con Florencia y entendamos por qué Castro se animó a dar sus versos a la imprenta.²

¹ Es un tipo de poema sin extensión fija propio de la tradición hispánica formado por octosílabos con rima asonante en los versos pares.

² Para esta recopilación revisé los ejemplares de *El viaje de la Biblioteca Nacional de México*, la edición crítica de Rodríguez Domínguez, así como la primera modernización y selección de Martha Lilia Tenorio en el tomo 2 de su *Poesía novohispana. Antología*.

[SALIDA HACIA VERACRUZ]

El año de ochenta y siete,
con mis despachos completos,
salí a primero de abril
de San Luis Potosí, centro
de cariños y de agrados,
tierra que parece cielo,
madre del oro más fino,
cuyo conocido cerro
parece que tocó Midas
con todos sus cinco dedos,
pues allí el metal monarca
con brillos y lucimientos,
aunque pese a todo Judas,
acredita lo bermejo.
Para México partí,
muy cuidadoso, entendiendo
hallar alguna noticia
de embarcación en el Puerto;
allí me detuve mucho,
siéndome preciso hacerlo
pues nos faltaron navíos
si nos sobraron deseos.
No diré las menudencias
de otros acasos diversos,
porque a decir lo importante
solamente me resuelvo.
Pasamos de allí y llegamos
a la Vera Cruz, y creo
que al purgatorio, ya que
no puede ser el infierno.
Comencé luego a sudar,
saliendo de cada pelo
no un hilo sino un gran Nilo

en que se inundaba el cuerpo.
Allí pasé muchos días
con bochornos estupendos,
y, respirando rescoldos,
deseaba beber los vientos.
Vi la playa y baluartes,
piezas, tiros y pedreros,
que toda esta ciudad es
Etna, Flegra, Mongibelo,
Vesubios,³ y todo cuanto
presume tocar a fuego.

[HACIA LA HABANA]

Llegó la señora noche
tendiendo su manto negro,
y el norte muy regañón
nos dio resoplidos fieros.
Los reverendos vocales
probaron muy bien el serlo,
pues echaron por la boca
todos los mantenimientos.
Andaba la vomitona
tanto como el norte recio,
y aguaceros de manjares
los tiburones tuvieron.
Y mientras todos los otros
andaban con sus mareos,
andaba yo con sudores
originados del miedo,
muy flaco de corazón,

³ El Vesubio y el Etna, también llamado Mongibelo, son famosos volcanes italianos y los campos Flégreos son una caldera volcánica del mismo país.

y que no lanzase creo
que fue de puro temor,
este es mi sentir ingenuo.
[...] Aquella terrible noche
se puso un capuz⁴ el cielo,
tocando al arma las nubes
al sonido de sus truenos,
relámpagos, vientos y agua
con olas del mar soberbio
se unieron a contrastar
los genoveses abetos,
[...] Comenzó a brincar la nao,
y con los vaivenes recios
frasqueras contra frasqueras
terribles choques tuvieron,
al sonido de las cajas
que iban haciendo lo mismo.
Aquel horrible crujido
comenzó a tocar a miedo,
pocos lo disimularon
y los más lo descubrieron.
Yo confieso mi pecado,
que lo tuve giganteo,
y le llevaba al mayor
de ventaja diez mil dedos.
Todo era andar preguntando
si ya se aclaraba el cielo,
si estaba cerca algún bajo,
y atónitos y suspensos
como niños en la cuna
nos estábamos meciendo.
Muchos frascos se quebraron,
con que tuvimos adentro

otra inundación de vino
y así, todo fue aguaceros.

[LOS ALPES]

Aquí empezó un gran trabajo
que me molestó en extremo,
porque mi mozo de mulas,
dejando el camino recto,
por atajar ciertas leguas
me subió por unos cerros,
intrincados y terribles,
de grandes despeñaderos.
En uno de ellos caí,
y, aunque el golpe fue tremendo
y el precipicio terrible,
quedé, a Dios gracias, ileso,
y a su soberana Madre,
asilo y amparo nuestro.
Por siete continuos días
anduve de cerro en cerro,
por estrechísimos pasos
y muy fragosos senderos,
atravesando los Alpes
todos de nieve cubiertos.
Y al cabo de siete días
de peligrosos ascensos
nos miramos en la cumbre,
que es el más temido asiento
y el más nombrado de todos,
quizá por lo muy horrendo,
Monginebra⁵ le llamaron
[...] Entre estas fraguas de fríos

⁴ Capuz: capa larga y negra.

⁵ Montgenèvre: comuna francesa.

hay unos pueblos, que, yertos,
allí solamente sirven
de pasar los pasajeros,
con instrumentos que tienen
diputados para ello,
y sus moradores pasan
sólo con el estipendio
[...] Vime, en fin, en la gran cumbre,
donde, mirando hacia el centro,
solamente divisaba
nieve abajo, arriba cielo,
ya no vi tierra, ni peñas,
todo era un nevado objeto,
y una terrible bajada
que está la nieve cubriendo.
Parecía cosa imposible
pasarla, y dispuso el Cielo
que en los lugares que he dicho
haya para ello instrumentos.
Estos se llaman ramasa,⁶
fabricadas de maderos
con sus asientos de tabla
firmes, constantes y recios;
allí sientan al que pasa,
y muy bien armados ellos
de botas, zamarro⁷ y guantes,
por aquel despeñadero
se arrojan con la ramasa.
Y siempre entre nieve envueltos
van por la nieve rodando,
y al pasajero teniendo
del cabo de la ramasa.

⁶ Ramasa: trineos.

⁷ Zamarro: abrigo hecho con piel de cordero.

Y lo que me admira de esto
es que también las mujeres
hacen este oficio mismo,
pues dos de ellas muy robustas
a mi ramasa cupieron,
y del instrumento asidas
a puerto de salvamento
me sacaron y, constantes,
dos leguas casi anduvieron.

[A LAS AFUERAS DE ROMA]

No entré en la ciudad, porque
tuvimos orden expreso
de estar como los leprosos
extramuros hasta el tiempo
de la función, y nos vino
noticia de este precepto
por el protector, formado
con políticos pretextos.
Dos millas de Roma estuve
mis sucesos escribiendo,
un Tántalo⁸ sin manzanas,
pero con grandes deseos
de mirar sus maravillas,
pero, no pudiendo hacerlo,
ver correr el turbio Tíbre⁹
era mi entretenimiento.

⁸ Tántalo: fue condenado a pasar hambre y sed por la eternidad.

⁹ Tíbre: río Tíber.

[LOS ITALIANOS]

Traté de partir de Roma
de los ítalos huyendo,
amigos de los cuatrines
y no tan amigos nuestros.
Es gente toda embebida
en hechizar los dineros,
y el arte de bien vivir
lo saben de *verbo ad verbum*,¹⁰
adulan por ver si sacan,
entrando muy lisonjeros
a cualquier conversación
con su *caldo* o con su *fredo*.
Es su delicia común
y más amado festejo
el *bon vin*, y en las tablillas
se escribe por llamamiento,
a que acuden puntuales
los ítalos muy contentos,
bravos vasallos de Baco¹¹
y amantes de sus sarmientos,
y aunque no guarden ganados
son siempre finos vaqueros,
por el dios de las vendimias,
y amantes de sus sarmientos,
a Ganimedes¹² hurtando
el oficio de copero,
sin tenerlo por infamia;
por eso a lo descubierto,

¹⁰ *Verbo ad verbum*: palabra por palabra.

¹¹ Baco: dios del vino.

¹² Ganimedes: príncipe troyano de quien Zeus se enamoró y llevó al Olimpo, volviéndolo el copero de los dioses.

aunque no tengan calzones
siempre han de echar bebederos.
Son terribles demandantes,
son grandísimos chasqueros,¹³
y así es menester guardarse
de sus muchos pedimientos.
Y hemos menester tener
contra sus continuos peros
para italianos "donates"¹⁴
los castellanos "no quiero",
y para sus peticiones
andar armados de negos,

[FLORENCIA]

Llegué a la flor de la Italia,
sus bellezas advirtiéndolo,
y admirando su hermosura
conocida aun desde lejos,
esto es, a la gran Florencia,
que siempre está floreciendo,
de los sentidos delicia,
quintaesencia de lo bello.
Y si como fue licurgo¹⁵
Paris del reñido pleito
de las tres gallardas diosas,
y dio la manzana a Venus,
lo fuera yo en competencia
de otras ciudades, confieso,
que se la diera a Florencia,
sin que tuviese remedio.

¹³ Chasqueros: de chasco, burla.

¹⁴ Donate: juego con el imperativo *dari*, dar.

¹⁵ Licurgo: juez.

Aún su suelo es prodigioso,
sus mármoles son soberbios,
sus bronces son admirables,
curiosísimos sus templos,
su comercio muy lucido,
sus edificios excelsos,
su situación peregrina,
su país es muy ameno,
con un muy hermoso río,
que le cruza por en medio.
Vi su maquinoso domo,
y el templo de san Lorenzo,
que es panteón de los Duques.¹⁶
Yo presumo que no hay precio
a tanta riqueza digno,
pues todo él está cubierto
de preciosísimas piedras,
donde el arte ha echado el resto,
en que forman mil labores
con muy preciosos enredos.
En el palacio del Duque
quedé atónito y suspenso
de tanta riqueza junta,
puesta en salones diversos,
mesas de piedras preciosas
con los diamantes muy bellos
y finísimos rubíes
y esmeraldas son arreo
de las bellas galerías
que de pinceles muy diestros
de estatuas, bronces y jaspes
son un admirable lleno.

[...] Vi una gran galería
vi catorce apartamentos,
todos de piezas de plata,
fuentes, tazones, saleros
[...] Otro salón me enseñaron,
que desde el suelo hasta el techo
de losa de China estaba
con curiosidad compuesto.

[ORGULLOSO DE SUS VERSOS]

Dirán que cómo me animo
a imprimirlos, si confieso
su poquísima cultura,
y al reparo respondiendo,
digo que ha sido esta audacia
nacida de un mal ejemplo,
porque he advertido en España
muy malos versos impresos,
y gritados por las calles
de muchas ciegas y ciegos,
y entre ellos podrán ser reyes
éstos, si son sólo tuertos.
Fuera de que este viaje
me ha molido y me ha deshecho,
y para que mis amigos
gocen de este molimiento,
lo doy en mala poesía,
porque sé que no hay mortero
que muela tan tenazmente
como un romanzón eterno.

¹⁶ Panteón de los duques: tumbas hechas por Miguel Ángel para algunos Medici.



SOBRE IR A TRABAJAR EN BICICLETA

Pablo Duarte

1

Podrá no tener tesis ni argumentos bien definidos, pero lo que sí le ofrece este texto es una frase. Menos que un rezo, pero más que una exclamación. Algo parecido a una invocación, pero con un flito enardecido. Digamos, más bien, que se trata de una jaculatoria en negativo. No es para uso generalizado; tiene un propósito y un contexto muy específico: el momento en el que uno se da cuenta de que va a llegar tarde al trabajo. Ese instante en el que las aguas de la angustia rompen a hervir y nos anegan, ahí es cuando se requiere esta sentencia. Para ese momento, lector o lectora, le ofrezco un enunciado encantatorio. No puedo confirmar que logrará abrir el proceloso mar del tráfico ni que hará que las líneas del transporte colectivo encuentren el ritmo justo para que usted llegue a tiempo. Lo que sí puedo atestiguar y refrendar es que produce una satisfacción relajada, el placer casi lúbrico de las groserías certeras y oportunas. Ésta, no está de más informarlo, es una maldición para todas las edades:

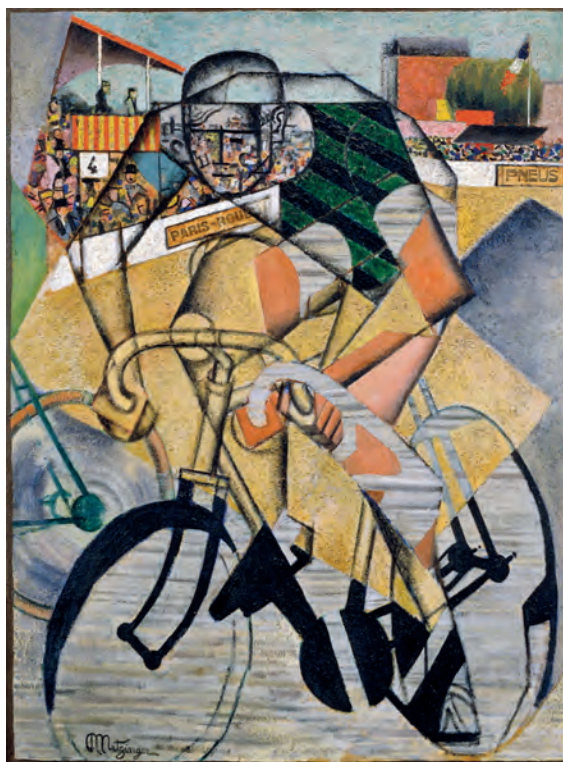
¡Maldita tu memoria, Willard LeGrand Bundy, que nadie se acuerde de ti!

Pruébelo la próxima vez que esté cerca del límite del tiempo que tiene para no ser considerado faltista. Verá lo saludable, lo refrescante. No ayuda a quitar el retardo, ni cuenta como justificante laboral, sin em-

bargo, desahoga. Y además, es verdad que nadie recuerda al aborrecible Bundy.

2

Tampoco nadie se acuerda de quién inventó la bicicleta. Parece siempre haber estado entre nosotros, como la rueda, como la tuerca, como el martillo. Artefactos que se han transformado y hecho eficientes y a los que no se les busca la autoría original. La bicicleta tiene historia, genealogía, patentes a nombre de personas distintas y, en múltiples ubicaciones, toda una enciclopedia de parientes y variantes. Algunas son muy fáciles de imaginar: ahí está la famosa *Penny Farthing*, esa de la llanta delantera gigante y la trasera pequeñita, llamada así en honor a dos tipos de monedas de tamaños igualmente discordantes. Antes de semejante vehículo escultural y peligroso, un barón alemán, Karl Freiherr von Drais, juntó llantas, asiento y manubrio, pero aún no concibió pedales ni cadena: la propulsión la ponían los pies que estaban libres para hacer una especie de carrera patizamba. Algo parecido a las bicicletas que ahora usan los más pequeños. En 1817 la llamó *Laufmaschine*. En francés, era *velocipède* o *draisienne* y en inglés se le conoció como *hobby-horse* o *dandy horse*. Todo lo que añadiera velocidad al paso, en una era de industrialización acelerada, era bienvenido. Y poco a poco, pero sin freno, el invento fue mutando como lo hace la tecnología, al compás de cada época y con las herramientas disponibles. Llegó un momento en que la bicicleta quebró la barrera de la excentricidad para volverse algo más. Así lo relata Robert Penn en *La bici lo es todo*, un libro hartamente entusiasta sobre el vehículo en cuestión: "Se calcula que en 1890 había 150 000 ciclistas en Estados Unidos y una bicicleta costaba aproximadamen-



Jean Metzinger, *En el velódromo*, 1912. Guggenheim Collection ©.

te la mitad del salario anual de un peón de fábrica. En 1895 su coste equivalía al salario de varias semanas y cada año las filas ciclistas aumentaban en un millón".

Muy interesante todo hasta aquí, pero, sin duda la perciben ustedes también, hay una sensación que palabras más, palabras menos dice: ¿y esto qué tiene que ver con el tema que nos convoca? Resulta que la bicicleta, y su capacidad para acercar lo lejano, fue uno de los instrumentos de transformación de la modernidad. Porque permitió, entre muchas cosas simbólicas y sugerentes, cambios concretos como que las mujeres ampliaran su radio de independencia. A finales del siglo XIX, la activista y pensadora Susan B. Anthony le dijo en una entrevista a Nellie Bly, otra autora progresista y feminista, que "el uso de la bicicleta ha hecho más por la emancipación de la mujer

que cualquier otra cosa en el mundo". Y esa liberación le llegó también a las grandes multitudes trabajadoras, como lo comentó Penn: "A finales de la década [de 1890], para millones de personas la bicicleta se había convertido en un modo práctico de transporte personal: la montura del pueblo. Por primera vez en la historia, la clase trabajadora se volvió móvil y, dado que podía desplazarse, se vaciaron las viviendas abarrotadas, se expandieron las áreas del extrarradio y la geografía de las ciudades cambió".

3

"¿Dónde tomó forma por primera vez la máquina en la civilización moderna?", se pregunta Lewis Mumford en *Técnica y civilización*. La respuesta larga está contenida en una serie de libros, casi podría decirse que en su obra en-

tera. Sin embargo, la respuesta corta aparece unos párrafos después de que el autor formule la pregunta: en el monasterio y el orden que estos sitios impusieron al tiempo. El sociólogo e historiador estadounidense consideraba al reloj como el artefacto que eliminó de la cotidianidad el azar y el imprevisto —tanto como fue posible—, para instaurar un régimen de repetición y previsibilidad: "el reloj mecánico [...] apareció hasta que las ciudades del siglo XIII exigieron una rutina metódica, el hábito del orden mismo y de la regulación formal de la sucesión del tiempo se había convertido en una segunda naturaleza en el monasterio". De la reglamentación del monasterio a las restricciones de la fábrica no hay mucha distancia. Quizá el único cambio está en el uniforme y las deidades que se veneran. En ambos espacios, sin embargo, el reloj es credo e



José Guadalupe Posada, *Calaveras en bicicleta*, ca. 1891. The Metropolitan Museum of Art ©.

En 2022 había 350 mil repartidores de aplicación. De éstos, el 35% empleaba la bicicleta como medio de transporte principal.

imperativo. La importancia de las instituciones religiosas menguó y las fábricas, maquilas, talleres, burós, bufetes, oficinas, plantas de ensamblaje, edificios corporativos y demás establecimientos laborales han tomado preeminencia. En ellos el reloj continúa siendo líder supremo. Y en la hagiografía laica en la que están entronizados los personajes que han contribuido a fundar la iglesia del trabajo moderno está ni más ni menos que Willard LeGrand Bundy. Y, como testimonio de sus milagros, su invento más famoso y duradero: el reloj checador.

4

En el mismo libro, Mumford también menciona a Bertrand Russell. Dice que el filósofo inglés

“[ha] observado que cada mejora en la locomoción ha incrementado el área sobre la que cada persona se ve impulsada a moverse; de manera que una persona que hace un siglo tuviera que emplear media hora para ir a trabajar, aún tiene que emplear media hora para llegar a su destino, porque el artefacto que le permitía ahorrar tiempo si hubiera permanecido en su situación original, ahora —llevándolo a una zona residencial más lejana— anula de hecho el beneficio”.

Esto que parece contraintuitivo es un principio con el apellido de alguien más. Se le conoce como la constante de Marchetti. El físico italiano Cesare Marchetti consideraba que sin importar dónde vivieran las personas, o qué medios de transporte tuvieran a su disposición, éstas organizaban tanto su trabajo como su situación de vivienda de tal modo que en promedio tardaban sesenta minutos en trasladarse a su trabajo. La parte crucial de la frase es *en promedio*. Sabemos muy bien que, en

las ciudades de nuestro país, la disposición de las opciones habitacionales y las estrategias de movilidad han sido tales que los traslados pueden ser insoportablemente largos.

La Encuesta Origen-Destino 2017 (EOD), realizada por el Inegi entre el 23 de enero y el 3 de marzo, tuvo como objetivo “recopilar datos del volumen y dirección de los flujos diarios de la población”, así como obtener “una imagen detallada de los patrones de viaje” de las personas en la Zona Metropolitana del Valle de México. Según los hallazgos de esa encuesta, al día se realizaban 34.5 millones de viajes diarios en distintos tipos de vehículos o a pie. Ya han pasado siete años de esos datos y no hay duda de que la cifra ahora debe ser mayor. En 2017, en un poco más de la mitad de los casi seis millones de hogares registrados en la Zona Metropolitana, había, por lo menos, un vehículo para transportarse. Y en 35.9% de estas casas se contaba con una bicicleta. El reporte también resalta que, entre semana, el 2.2% de las personas que se desplazaron en el Valle de México —no se especifica el motivo del viaje— lo hicieron en bicicleta, esto es, 0.34 millones de personas de 15.62. Pandemia de covid-19 mediante y luego de una inversión del gobierno local en un programa de préstamo de bicicletas públicas, ¿cuánto más se habrá extendido la devoción y el uso del objeto que el escritor Stephen Crane consideraba “lo es todo”? Y ampliando el radio de la pregunta, ¿qué tan difundido en el país estará el uso del transporte sobre dos ruedas y pedales accionados con la fuerza de los músculos del tren inferior? Lo que tengo que ofrecer en este punto son observaciones casuales, pero parecería

que lentamente hombres y mujeres adoptan e integran a su movilidad el viaje en bicicleta.

Muchos lo hacen por disfrute; tome nota, la próxima vez que en su localidad se anuncie un paseo ciclista, de la cantidad de personas que acuden a formar parte del recorrido. Lo asombrará, si mis suposiciones son correctas, que el número de personas dispuestas a pedalear es mucho más alto del que anticipaba. Y de paso, mire desde su ventanilla cuando circule por las avenidas, calles y caminos de su entorno: ¿cuántas personas ve en bicicleta?, ¿son más de las que veía antes?

A quienes seguramente habrá visto mucho más es a quienes han hecho de la bicicleta su herramienta de trabajo. Los ha recibido en la puerta de su casa, los ha visto circular entre los autos. En el reporte titulado *Este futuro no aplica* publicado en 2022, Oxfam estimaba que en ese momento había 350 mil repartidores de aplicación. De éstos, según los datos arrojados por más de mil encuestas a nivel nacional, el 35% empleaba la bicicleta como medio de transporte principal. Esa fuerza laboral precarizada de “empresarios autónomos” a quienes las apps entregan instrucciones, coordenadas en un mapa y un porcentaje magro de ganancias a cambio de dejarse el cuerpo en el camino sin garantías ni prestaciones, está transformando en un porcentaje importante el modo en el que compartimos las calles de las ciudades. A estas alturas, no es de sospechar de qué lado se encuentra este texto: es parcial a las y los colegas bicicletas. No hay polémica ni excepciones —“Sí, pero es que también ustedes manejan como locos; es que no usan casco”— que justifiquen la indefensión estructural en la que se hallan quienes circulan, circulamos, por las vías de este país. Hay ciclovías en zonas selectas, pero falta una cul-

tura vial empática. Sí, lo digo también por ustedes, los ciclistas que circulan erróneamente por la banqueta.

5

Estamos, pues, en un momento de modesto auge ciclista. Hay disponibilidad de unidades, las hay caras y las hay de segunda mano. Los robos son constantes —una indignante señal de que existe cierta demanda—, y en redes sociales es posible admirar las habilidades de artistas de la ruta, las increíbles distancias que recorren colegas a diario. Hay cuentas que narran la cotidianidad ciclista en urbes agresivas y, en especial, hay muchas cuentas en las que usuarias relatan los desafíos y las alegrías de las rodadas. Si se me permite el deslinde, quiero aclarar que mis recorridos no son en sentido alguno destacables ni sobresalientes. Mi circulación hacia el trabajo es una ruta bien modesta. Por esa razón este texto no es uno que pretenda fardar hazañas personales sobre la bicicleta. No hay cantidades estratosféricas de kilómetros recorridos a diario. Tampoco es la crónica de gradientes de inclinación ni de desnivel positivo remontado. Al contrario: este es un artículo muy consciente de sus limitaciones. Recorro entre quince y veinte kilómetros diarios, con una relación muy cómoda entre el plato y la rueda —46 y 16— remonto alguna lomita muy menor y, aunque haya días que hay que meterle más candela, por lo general ruedo al paso moroso que permiten unas rodillas desvencijadas.

Que yo sepa, fue Jon Day quien propuso el término “ciclogeografía” para describir el modo de interrogación del espacio realizado desde el punto de vista del sillín de la bicicleta. Su libro, titulado así tal cual, es el relato de sus años como mensajero en bicicleta —*couriers*,



Natalia Goncharova, *Ciclista*, 1913. Museo Estatal Ruso ©.

los llaman en inglés—, en la ciudad de Londres. Lo fue durante tres años, y, mente curiosa, se propuso pensar en el fenómeno del ciclismo no sólo como una fuerza productiva dentro de una economía, sino también como una potencia cultural y psicológica. Algo así le dice el escritor francés y entusiasta rabioso del ciclismo Paul Fournel: “La bicicleta es un vehículo literario, se trata de un buen lugar para pensar”. El modo de recorrido propuesto por Day es uno contemplativo, interrogativo. Y si bien eso sucede a cada rato, no es el propósito de los trayectos diarios de la mayoría de los ciclistas. Para casi todos, el objetivo es uno más concreto y más tajante: la corretiza por llegar a tiempo. Aunque, y aquí se abre una última pregunta, quizá es la bicicleta la mejor aliada para resistir a los imperativos de la chamba sin desentenderse de ella del todo.

Aceptémoslo. Hay ocasiones en que ir tarde al trabajo es un placer. La angustia cede, el

capataz interno está mirando para otro lado y los minutos de tardanza se acumulan como el premio por esa victoria. Se trata de esas rebeldías menores, sabotajes sin consecuencias catastróficas que buscan inclinar de nuevo la balanza del poder hacia el lado de quienes no somos accionistas del negocio. Es quizá la rebeldía más sucinta. Resultará en un triunfo menor a fin de cuentas —pírrico, le llaman quienes conocen a los clásicos—, pero quién nos quita el gozo de esos instantes. En una época de monitoreo de los desplazamientos, de registro minucioso de la productividad, algo se consigue. Minutos de ligereza, de distancia de los deberes, los pendientes y las incapables responsabilidades. Maldito sea quien inventó el reloj checador —ya sabe usted su nombre y apellido—, que nos quita la posibilidad de deambular un par de kilómetros sobre la rauda máquina que parece siempre haber estado ahí. **U**



Paul Gauguin, *Arearea no Varua Ino*, 1894. National Gallery of Art ©.



EL NOMBRE DEL VIAJE

Viridiana Carrillo

*A journey, for example,
begins with a voice
calling your name out
behind you*
Anne Carson

A STRANGER IS MASTER OF NOTHING¹

En marzo del 2021 volvimos a Chile luego de vivir cinco años en México. La estancia, que imaginamos breve, se prolongó debido a la pandemia. Las restricciones y el miedo continuaban: para viajar era indispensable hacernos pruebas de covid, usar mascarilla y careta. A mi hija le compré una careta con lentes en forma de flor amarilla y dibujos en la parte superior y un cubrebocas rosa con la esperanza de que le resultara divertido y no se los sacara durante el viaje. Llevábamos a nuestras dos perras chihuahuas. Nos tomamos una foto en el avión. Ella no podía saber que ése sería el último viaje que haríamos como familia. Que probablemente nunca volveríamos a vivir en Sinaloa. Durante esos años en México, el padre de mi hija y yo decidimos separarnos en cuanto regresáramos a Chile, como si fuese necesario cumplir con un tiempo circular. Pasamos juntos los catorce días de cuarentena obligatoria; durante ellos, sólo la presencia de la niña reconfortaba el espacio que dependía de ella de manera vital. Al término de la cuarentena, él se fue a su casa en el campo. Se llevó a mi hija para que estuviera con sus abuelos; me pareció lógico, dado que llevaban cinco años sin verla. También se llevó una perra chihuahua. Yo renté una casa luminosa y blanca y me quedé con mi perra Mona. Cuando la niña regresó a Santiago le mostré su nueva

¹ Todas las líneas en inglés pertenecen a *The Fall of Rome*, de Anne Carson.



Heinrich Campendonk, *Joven pareja*, 1915.
Museo Nacional Thyssen-Bornemisza ©.

habitación, pegó *stickers* de Mario Bros en las paredes y pusimos luces navideñas. Era la habitación más cálida de la casa, pero nunca durmió en ella; prefería dormir conmigo. Ese primer tiempo fue uno de luz, de espacios enormes que se acentuaban por la ausencia de muebles; ése ir explicando torpemente los nuevos mecanismos de lo cotidiano; la tristeza o la ira por las promesas incumplidas; el llanto, mientras mi hija intentaba adaptarse al ir y venir. Aquel tiempo fundó las bases —que hieren, cómo hieren— de lo que vivimos hasta ahora.

Cuando hace poco leí *Territorio de luz*, de Yuko Tsushima, lamenté no haber conocido antes la novela; identificarme con su protagonista fue revelador. Ni ella ni yo, hasta antes de separarnos, sabíamos hacer gran cosa sin que alguien nos dijera cómo. El mundo nos parecía nuevo y brillante y tropezábamos enseguedas. El mundo era una casa llena de luz. Pero Fujino, mal que bien, había sabido conser-

var con ella a su hija y yo no. Por estupidez o arrogancia. Por ingenuidad.

Al llegar el verano, no fui capaz de seguir pagando la renta. A pesar de mis intentos, no encontraba un empleo que me permitiera sostenernos. Mi vergüenza era tan grande como mi desesperación. Recuerdo la tristeza de mi hija cuando le dije que debía buscar otro lugar para vivir: “¿cuál, mamá?”, “no sé, otro, uno que nos guste, uno para ambas”. Y supe que mentía. “Será mejor que mi hija se quede aquí mientras arreglas tus asuntos”, expresó su padre cuando llamé para saber cómo estaba y cuándo la traería conmigo. Dijo eso en lugar de “bueno, eso te pasa por dejarme, diles a tus amantes que te mantengan” o bien “sabía que sin mí no podrías hacer nada”. Pudo haber dicho cualquier cosa, aunque en realidad propuso “puedes volver a la casa” o algo parecido, pero me negué.

“Mi hija”, el pronombre resonaba en mi cabeza escarbando con sus dientes afilados. Mí, no nuestra, no tuya. Una vez leí que el lenguaje es laberinto, aunque no recuerdo dónde. Dijeron mis parientes: “Te fuiste a entregar a la niña. A andar de puta tranquilamente”. Y me veía a mí misma dando un pedazo de mi carne y girando sobre mis talones, desnuda.

HOW ELSE WOULD YOU KNOW IT'S TIME TO GO?

Conocí Chile en 2009, cuando viajé para vacacionar con la familia de él. Teníamos una amiga azafata que nos compraba vuelos baratísimos, pero la aerolínea donde trabajaba no tenía ruta a Chile, sino a Argentina. Así que llegamos a Buenos Aires e hicimos el camino a Santiago por tierra. Era primavera y la cordillera aún conservaba bastante nieve. Fue una impresión tremenda: era la primera vez que salía

del país y veía una hilera de enormes montañas. ¿Cómo hacían las personas para no sentir que les caerían encima? Cuando el verano terminó volvimos a Acapulco, dispuestos a trabajar y a ahorrar cada peso para volver a Chile en un par de años, por tierra, recorriendo la Panamericana. Él daba clases de teatro; yo conseguí un empleo de mesera en un Hooters y daba clases en una escuela de actuación. Compramos una combi, una estufa pequeña, un frigobar y un convertidor de energía. Él construyó una cama para la combi y un lavalozal al que yo llamé Frankenstein. A principios del 2011 salimos de Acapulco. Llevábamos a nuestras dos perras chihuahuas.

El viaje duró varios meses, he olvidado nombres y muchos pequeños pueblos que visitamos. Pero recuerdo que en Chiapas, don Amancio nos enseñó a ordeñar una vaca. Y que por un instante pensé en buscar a la familia de mi madre, a los hermanos que ella había dejado de ver cuando era una niña. En Guatemala vi el lago Atitlán, rodeado de volcanes, y visitamos Panajachel y Antigua. Seguimos la ruta del café; cada tanto había depresiones tropicales y el ruido de las gotas contra el techo de la combi era ensordecedor. En El Salvador me alimenté sólo de pupusas. Conocimos Perquín (donde vendían café con pimienta y trigo), su Museo de la Revolución Salvadoreña, la tumba de un chileno que murió desactivando una bomba y la historia de la masacre en El Mozote. Recuerdo las playas de Nicaragua, un lago con oleaje, dos volcanes de fondo y tiburones de agua dulce. La belleza de Granada. La casa blanca de Rubén Darío. El ron Flor de Caña. Las bolitas de cacao que derretíamos en nuestras bocas.

En Costa Rica vi monos aulladores y capuchinos. Me aterraban tantas serpientes y arañas;

lo siseante de las noches. Una tarde, mientras cocinaba en la combi, se estacionó a nuestro lado una Land Rover negra; de ella bajó un hombre delgado que cojeaba un poco, nos preguntó de dónde éramos y qué hacíamos. Dijo que él añoraba viajar así, pero que su mujer jamás haría lo que yo, y no supe si sentirme halagada u ofendida. Se fue y volvió enseguida; su padre, que nos miraba desde la camioneta, nos invitaba a comer. Lo seguimos hasta un restaurante lujoso donde comimos una crema de mariscos con langosta. Vi el canal de Panamá. Perdí mi pasaporte. El embajador mexicano era de Sonora, como yo, y hablamos de tacos de carne asada, de *hot dogs* y de la laguna del Náinari durante mi visita a la embajada. En Colón las lluvias tropicales nos mantuvieron encerrados varios días y una pareja nos invitó a su casa a ver la pelea de Manny Pacquiao contra Juan Manuel Márquez.

Existen varias maneras de cruzar de Panamá a Colombia; nosotros fuimos en avión. En Cartagena conocimos a un alemán y a una rusa que esperaban el *container* que traía su camioneta. Nos hicimos amigos. Él era carpintero, había recibido una herencia y estaba dispuesto a gastarla surfeando en Perú. Ella era maestra de geografía. Cada mañana tomábamos un tinto con canela o un guarulo. Cada mañana nos ofrecían *cripy*. En Santa Marta se me pegaron los piojos y él me rapó. Recuerdo mi confusión al sentir la lluvia directo sobre mi cráneo. Sentir el viento, el calor, el frío. Y vimos el río Magdalena. Visitamos Aracataca, donde todo dice que no es Aracataca, sino Macondo. La casa de García Márquez con su cuarto de los pescaditos de oro, el corredor de las begonias y el árbol "frondoso y hospitalario" donde imaginé amarrado a José Arcadio Buendía. Me alimenté sólo de arepas. En Ecuador pasa-

mos las fiestas de Navidad con nuestros amigos Susy y Moty. Susy me regaló un collar de coral rojo y Sisa, su hija, un cactus. En Perú comí el mejor ceviche que había probado en mi vida, pero sentí que, de alguna manera, traicionaba al ceviche y al aguachile de Culiacán. Vi mucha propaganda a favor de Keiko Fujimori. Nos dijeron que no paráramos en Trujillo. No fuimos a Machu Picchu.

En enero del 2012 llegamos a Arica y los del Servicio Agrícola y Ganadero tiraron el cactus de Sisa, varios huevos, comida embutida, fruta y un par de palitos de madera. Desinfectaron la combi. No pudimos ingresar a Chile esa tarde porque a las perras les faltaba el certificado de una vacuna. Debíamos volver a Tacna, Perú, y buscar un veterinario, pero anochece. Dormimos entre Arica y Tacna; un carabinero se acercó y nos dijo "aquí es tierra de nadie; si les pasa algo no es nuestro problema". En el desierto de Atacama vi el cielo con estrellas, como si las hubieran dejado a puñados. Vi zorros. En La Serena sentí el mar frío, las algas, el viento. Cuando pasamos por Mejillones cantamos "En Mejillones yo tuve un amor/ que no lo puedo olvidar/ quizás en estas playas/ esperándome estará". Unos días después llegamos a Santiago, nos comimos un completo, y días más tarde llegamos a la región del Maule. Yo tenía tres meses de embarazo. Cuando mi hija cumplió cuatro años regresamos a México. Para una estancia breve, como dije.

A STRANGER IS POOR, VORACIOUS AND TURBULENT

A medida que avanzaban los meses y 2021 llegaba a su fin, yo continuaba sin visa, sin trabajo y sin dinero, así que cuando encontré un empleo de mesera en donde contrataban extranjeros sin contar con los documentos al

día, lo acepté sin rechistar. Cuando el dueño del restaurante me preguntó si tenía experiencia, dije que sí, como hace catorce años en Acapulco. Hizo un gesto de aprobación. Satisfecho. Para algunos extranjeros Acapulco aún suena a paraíso exótico. Me fui de la entrevista recordando que mi compañera Alejandra, la más joven de todas, un día desapareció. Encontraron su cuerpo semanas más tarde.

A quienes les contaba los pormenores de mi nueva vida, me respondían con recelo "¿por qué te fuiste?", como si les dijera que estaba cambiando de dimensión. "Bueno, es mientras tanto", me animaban. Pero a mí no me causaba ningún conflicto. Me gusta el trabajo duro y me gusta el dinero. Sin embargo, pronto comencé a sentir un profundo abatimiento. Me embargaba una pesadumbre en cuanto ponía un pie en la calle. En el silencio del camino iba tomando conciencia de mí y de mis circunstancias. Ya no era la chica joven y feliz que fue mesera en Acapulco. Había cambiado de país, había tenido una hija y me había separado. Y esa hija no vivía conmigo. Para verla, tan sólo los fines de semana, debía viajar cuatro horas hacia el campo. Supuse que estaba deprimida y esa "conciencia que nos hace volver la mirada y ver todo lo que ha quedado atrás, lo que hemos perdido", como escribió Joke J. Hermesen, me sumergía en un estado de completa soledad. "Mientras tanto", me decían los amigos. Pero ¿qué se hace en el mientras tanto?, ¿cuánto tiempo y espacio abarca?

A STRANGER IS SOMEONE WHO COMES ON THE WRONG DAY

En algún momento, confundí la melancolía con aburrimiento. Sabía que no estaba aburrida, pero era un nombre más amable, algo más fácil de manejar. Un día busqué en inter-



Paul Gauguin, *Naturaleza muerta con pájaros exóticos*, 1902. Museo Pushkin ©.

net "¿qué hacer para no aburrirme mientras viajo en metro o autobús?". Mi recorrido duraba una hora y media: tres diarias en total. Cuando era estudiante de letras leía mucho: tres horas equivalían a noventa páginas bien leídas, pero internet me recomendaba encontrar la belleza en las cosas cotidianas, en lo simple. ¡Qué fastidio! Además, como dijo Chantal Maillard, la belleza no es más que una argucia para mantenernos con vida. Belleza que, una vez en el andén, nos disuade de arrojarnos a las vías. En esas horas de camino lo que quería era no pensar; anhelaba la inercia. Me aferré a no ver el mundo. Lo ignoraba como el niño que se obliga a no ver hacia lo más oscuro de su habitación por temor al monstruo que lo acecha.

A STRANGER IS SOMEONE DESPERATE FOR CONVERSATION

Cuando viajaba en metro fijaba mi vista en el mapa de la línea o en la pantalla de recorrido. Si por error veía un par de jóvenes, deseaba

tener su edad. Si veía una mujer vestida como ejecutiva, quería su empleo. Me estremecía de envidia. Si alguien subía a pedir dinero enseñada me avergonzaba de mis extremidades completas. Me creía un personaje de Octavia Butler, sufriendo de hiperempatía. Pero lo que me hería en lo más hondo era ver una mujer de mi edad llevando de la mano a su hija. "Ésa debería ser yo", pensaba. Por suerte, de regreso a casa mi cansancio no me permitía pensar, y el dolor emocional era sustituido por unas piernas enfebrecidas, un dolor de lumbago que me adormecía los dedos del pie izquierdo. Debido a ese dolor, muchas veces preferí ir de pie: "usted es alguien que no puede sentarse. De ninguna manera. Cada vez que se sienta, un dolor agudo le atraviesa, terebrante, ascendiendo por la médula, del coxis al cerebro", dice Maillard en *La mujer de pie*. Mis compañeras, igual de cansadas, pero trece años más jóvenes que yo, empujaban a quien fuera por un asiento. Todas eran venezolanas; querían jun-

tar plata, viajar a otros países, mandar dinero a su familia. Las imaginé en el Hooters de Acapulco vestidas con el diminuto short naranja, el top blanco y en patines. Les iría bien, son guapas. Podrían ir y venir. Abandonar todo en su camino. Y al final estaríamos aquí mismo, en el tren, quejándonos de la negligencia de los chilenos con nuestras visas. Decidí renunciar; quería pasar más tiempo con mi hija.

EVERY STRANGER IS A VILLIAN IN THE TRUE SENSE

La primera vez que mi hija se subió a una oruga del Transantiago le impresionó ver cómo se

doblaban al dar una vuelta; le resultaba irreal, como si el espacio no fuera otra cosa que papel. Ahora las orugas ya no circulan. Cuando pasa días conmigo y tomamos el metro, va divertida, queriéndose parar en cada carrito que vende chucherías; lo quiere todo: dulces, figuras hechas con *hama beads*, *stickers* de Demon Slayer, cuadernos y lápices chinos. Yo me emocionó ante la joyería de plata, el *skin care* coreano, las almohadas de Pedro Pascal, los inciensos Nag Champa. Nunca compramos nada. Le gustan las líneas 3 y 6, que son las más nuevas y tienen puertas que sólo se abren cuando el tren está alineado. "¿Por qué tiene esas puertas?", me pregunta. "Para evitar que la gente se aviente a las vías." "¿Por qué alguien quisiera aventarse a las vías?", me responde horrorizada. Porque ha perdido la belleza, pienso. Me doy cuenta de que se asusta, le digo que puede ser por accidente, al tropezar. Se queda pensativa. Agregó: "o alguien puede empujarlos". Se horroriza aún más. Soy esa madre que no ofrece alivio. No puedo ocultarle la realidad ni suavizar la infancia.

Sin embargo, pronto olvida lo que le he dicho y entra emocionada al tren. Me pregunto hasta cuándo ella se dejará en manos de quien la acompaña. Envidio su entrega, la facilidad con la que se libera de sí, de sus límites corporales y del conocimiento del camino. Para ella el trayecto es sólo eso: un camino que se acaba de golpe cuando me pongo de pie o la sacudo para despertarla. Yo era igual cuando de niña viajaba con mi madre. En una ocasión mi madre me llevaba de una mano mientras con la otra cargaba a mi sobrina dormida de apenas un año. Esperábamos para cruzar una avenida grande. Un hombre se nos acercó y le dijo que la ayudaría; de repente, el señor me tomó de la muñeca y me jaló tan fuerte que me sol-



Paul Gauguin, *Eva (La pesadilla)*, ca. 1899-1900.
J. Paul Getty Museum ©.

*Algunos amigos me han
dicho que este viaje fue por mi
hija y aparece, entrevista,
la palabra sacrificio.*

té de mi madre. Se lanzó a la calle corriendo, sorteando los autos que tocaban la bocina. Yo iba atónita, sintiendo la presión de sus dedos; apenas podía correr a su ritmo, era pequeña y mis piernas eran cortas. No opuse ninguna resistencia, no grité. Me dejé llevar, estupefacta. Del otro lado, mi madre gritaba, agitaba su mano vacía, pedía auxilio. Del otro lado de la avenida, algunas personas que habían escuchado los gritos se nos acercaron. El hombre me empujó y yo caí al suelo. Él se subió por la puerta trasera a una pesera que se perdió entre los autos. Una señora me ayudó a levantarme. Me preguntó si estaba bien; recién entonces me invadieron el pánico y la humillación. Mi madre llegó sin aliento y llorando; mi sobrina también lloraba. A menudo me preguntó qué sería de mí si ese hombre me hubiera subido a la pesera con él.

**WHO IN A NIGHTMARE
CAN HELP HIMSELF?**

Ahora mismo es invierno, llevo tiempo sin trabajar pero no he tenido apuros de dinero. Tengo una casa que es un hogar; en ella hay una hija, un hombre, la hija de ese hombre y una gata. Vamos y venimos; somos una familia intermitente. Amorosa. Mi perra chihuahua ha muerto. Mi visa se ha vuelto a vencer. Mientras escribo esto, me llaman de aquel antiguo trabajo de mesera y me preguntan si quiero volver. Sonríe. Pienso que no es urgente aceptar. No hay ninguna calamidad desarrollándose. Y nadie sin urgencia ni calamidad aceptaría el empleo. Pero quiero viajar a Sinaloa. Así que respondo que sí, que por qué no. Me viene a la memoria ese poema de Kavafis donde nos pide que anhelemos siempre que el camino a Ítaca sea largo, aunque en mi caso no hay ninguna Ítaca, sino un nombre.

El de mi hija, por ejemplo. "Sin ella no habrías emprendido el camino. Pero no tiene ya nada que darte."

Alguien podría decir que he aprendido muy poco; que no he ganado nada en el camino. Yo estaría de acuerdo, aunque pronto vacilaría, no dejaría las cosas sin discrepar un poco. Los motivos de cada viaje no me han sido del todo desconocidos. Puedo señalar la aventura como lo esencial de aquel viaje por tierra; puedo decir que mi motivo era la pasión. Fue eso lo que me llevó a dejar la casa familiar para irme a vivir con un hombre a Acapulco y luego a dejar Acapulco por Santiago. Si aquello resultaba en infelicidad o no, era en todo caso una infelicidad necesaria. ¿Necesaria para qué? No estaba segura, pero quería experimentarlo todo, incluso si era doloroso. Cuando tuve a mi hija me dediqué por completo a su cuidado y experimenté el bienestar del hogar. La pasión había sido diluida, pero la felicidad que me embargaba tampoco me desconcertaba. Luego nos preparamos para el retorno, y alcancé a vislumbrar, desde que hicimos el equipaje, en qué términos volveríamos. De manera que la necesidad puede ser mi motivo, o la ferocidad, o el deseo. Algunos amigos me han dicho que este viaje fue por mi hija y aparece, entrevista, la palabra sacrificio. "Lo hiciste por ella", afirman. Pero yo no estoy convencida de ser capaz, voluntaria o accidentalmente, de sacrificarme. Sé, sin embargo, que en ciertos viajes, como en las familias, siempre habrá un dejo de violencia; alguien sale herido. Es normal. Los recuentos vienen más tarde. Mientras los nombres permanezcan, la realidad, mi realidad, es decible. Y con eso me basta. **U**



John Margolies, *Little America Sign*, I-80, Wyoming, 2004. Library of Congress ©.



I'M GOIN' HOME: LUNA DE MIEL SOBRE RUEDAS DE ARCOIRIS

Wenceslao Bruciaga

LAKE TAHOE, CALIFORNIA

Pese a que faltaban 2200 millas para llegar a nuestro destino final, le pregunté a Jim si estaba nervioso. Desde que cerramos la puerta del garaje de nuestra casa, en la calle Worth, en San Francisco, mi esposo empezó a bufar esa peculiar angustia que ataca cuando se tiene años sin ver a la familia; apretaba con tanta fuerza el volante que sus nudillos se veían lívidos. O quizás tantos gatos juntos hacen de cualquiera una bola de estambre y ansiedad, incluso de alguien como Jim, que los adora más que a su colección de vinilos originales de 1975 de Iggy Pop.

El Shedcat es uno de esos bares *hipsters* monotemáticos hasta el vértigo (en este caso, obsesionado con los gatos) y con grandilocuente vista a la boca del lago. Produce su propia cerveza y destilados de agave que no pueden llamar tequila pues la denominación de origen estipula que sólo aquel proveniente de Jalisco puede llevar ese nombre. Traicionando el patriotismo —pocas veces lo he respetado—, ordenamos dos vasos de pilsner acompañados de dos agaves derechos con nombres de gatos famosos y limón, que los gringos llaman *lime*.

Un hombre fornido empujó la puerta y se acomodó a dos bancos de distancia del mío. Dejaba ver unos gruesos brazos seductoramente peludos, usaba barba de candado despeinada y una cachucha azul mecánico, muy popular entre los conductores de tráileres de doble remolque. Me preguntó qué hacíamos ahí. Entre lo que me había contado Jim figuraba que Lake Tahoe es tan paradisiaco que también los homófobos

se divierten. Entonces le contesté: “Somos de San Francisco. Y estamos de luna de miel”.

El trailerero resultó un tipazo. Nos invitó dos agaves dobles como regalo de bodas. Nos dijo que Lake Tahoe era el sitio perfecto para una luna de miel gay. En algo tenía razón. A través del ventanal del Shedcat veíamos encenderse una por una las estrellas como reflectores de un escenario infinito. Poco a poco, las nubes se hacían más oscuras y cobijaban el famoso lago, tendido al pie de las últimas montañas de California que, cubiertas de nieve y bajo la luz de luna, parecían teñirse de un azul satinado. Fue un lugar inesperadamente bello.

“En realidad, Lake Tahoe es la primera parada de nuestra luna de miel”, dijo Jim. Y le contó a nuestro peludo interlocutor que manejábamos un Honda Civic con destino a Detroit.

“¿Detroit? ¿Para luna de miel? ¿Gay? ¿Se volvieron locos?”, nos increpó el trailerero buga, escandalizado.

CARRETERA 50

Nos detuvimos en Austin, Nevada, para cargar gasolina en una estación donde también vendían camisetas con el logo de la carretera 50 impreso entre una frase que rezaba orgullosa: “Yo sobreviví a la carretera más solitaria de América”. Me compré una color verde militar, pues me encanta la tradición consumista gringa de producir *souvenirs* inspirados en cualquier lugar, tema, acontecimiento o tragedia.

Y porque no era un simple lema turístico: de verdad habíamos cruzado la carretera más solitaria de Norteamérica. Durante las cinco horas en que nos deslizamos sobre una línea recta de asfalto de dos carriles rodeada de desierto para llegar a las gigantescas montañas cubiertas de nieve —cinco horas en las que escuchamos a todo volumen *EVOL* de Sonic Youth y en

las que en algún punto se la metí a Jim en el asiento del copiloto, entre la ribera del pavimento y una valla alambrada mientras el sol nos quemaba las nalgas—, lo único que se nos atravesó fue una vaca.

Si me preguntan, las montañas que esperan al final de la carretera 50 son más tenebrosamente bellas que el paisaje “icónico” de Lake Tahoe.

EL VIAJE INVERSO

Sonaba Dinosaur Jr. cuando Jim me contó que había hecho el mismo recorrido 42 años antes, pero al revés: de Detroit a San Francisco, con sus maletas en el asiento de atrás de un Volkswagen Rabbit de tono rojo profundo. Había sido un regalo de sus padres —quienes nunca aceptaron del todo su homosexualidad— tras graduarse de sociología en la Universidad de Michigan, en Ann Arbor.

A principios de los ochenta, la ciudad del automóvil vivía la gloria de su decadencia. Era la última consecuencia de los disturbios raciales de julio de 1967, tras los cuales Detroit se hundió en una rutina de desesperanza acentuada por las naves industriales abandonadas, pues los gigantescos consorcios automotrices mudaron sus fábricas a parajes menos tensos y donde la mano de obra era más dócil y barata. Las armas semiautomáticas se convirtieron en juguetes en manos de los adolescentes aburridos. Como sucede siempre en este país fundado sobre la paranoia de la supremacía blanca, la inercia del racismo hizo lo suyo en el Detroit de la época de Ronald Reagan. Los blancos emprendieron el pavoroso éxodo a los suburbios, mientras los negros mantenían en operación el engranaje de Detroit a punta de esfuerzo, comercio local y la fundación del *techno*. Por ejemplo, organizaban raves en el semi-

destruido y monumental edificio de la Michigan Central Station, una opulenta estación de trenes que, en 1982, expulsaba todo de sus muros excepto el grafiti. Ese año Detroit aventajaba a la mayoría de las ciudades estadounidenses en los índices de desempleo, criminalidad, robo y asesinatos. Ser gay sólo empeoraba las cosas. Jim no tenía muchas opciones: o terminaba trabajando frente a la tarja de grasa de un McDonald's o muerto por una bala perdida... o como consecuencia de ser homosexual.

"Me gustan las ciudades, las grandes ciudades", me dijo Jim. "Crecí en un aburrido suburbio de Detroit y cuando cumplí la edad para partir, Detroit no era sino una necrópolis de elegantes edificios desahuciados."

"Era 1982 cuando llegué a San Francisco. Los homosexuales ya caminaban por la calle

Castro con *chaps* que dejaban las nalgas de fuera y sacaban la Crisco de las casas de sus abuelas para usarla como lubricante durante el *fist fucking*. De hecho, la manteca vegetal para cocina de esa marca fue uno de los artículos de primera necesidad que vendían las incipientes *sex shops* del barrio Castro entre la calle 18 y la 19. San Francisco era la ciudad donde los homosexuales podíamos ser y nuestros placeres no conocían obstáculos morales; una tierra prometida donde los gays ejercían sus propias y depravadas convenciones. Siendo honesto, dada la atenta homofobia de mis padres, parecía que sólo podíamos odiarnos si nos separaban 2500 millas, mientras yo vivía en la península más lejana de la costa oeste."

A veces pienso que la libertad de ser homosexual es un asunto de grandes ciudades.



John Margolies, *Big John*, Eldorado Illinois, 1993. Library of Congress ©.

Le dije a mi esposo la verdad: que un tipo del Scruff me la chupó en las cabañas de la cuadra contigua a nuestro hotel.

Aunque todo se fue al caño cuando aquel extraño cáncer gay empezó a arruinar la promiscua diversión, tan sólo unos meses después de que Jim se instalara en San Francisco. Pero la administración conservadora de Reagan ignoró el sida, provocando miles de muertes con su silencio punitivista.

OMNIBUS DE MÉXICO

Cuando nuestra playlist *The Honeymoon Killers* nos recetó "Bad Luck", de Social Distortion, bajé la ventana para sentir el aire a setenta millas por hora, apoyando la cabeza en el panel interno de la puerta. Las carreteras de Utah mostraban paisajes espectaculares y carteles de apoyo a la campaña presidencial de Trump para 2024. Recordé mis propias obsesiones con San Francisco y Detroit, que empezaron con un pornográfico zumbido cuando abandonaba Torreón a bordo de un Omnibus de México a mediados de los noventa.

Torreón y Detroit comparten tragedia posindustrial: idénticas bodegas llenas de nada, con los vidrios tiesos por las sucesivas capas de polvo y que alguna vez contuvieron oro en forma de mezclilla, uvas o algodón. Al menos Detroit dejó restos de su esplendor económico en sus majestuosos rascacielos. En 1981, Torreón parecía una ciudad fantasma circundada por el desierto y habitada por unos laguneros que la mantenían a flote sostenidos por su orgullo, su adicción a la soledad y a los desayunos compuestos de gorditas de frijoles con queso y cocacolas heladas. Situación que siguió así hasta los noventa.

El entonces Distrito Federal parecía el lugar paradisiaco donde perder la inocencia me-

diante encuentros promiscuos en los baños del Sanborns de Paseo de la Reforma, casi enfrente del extinto cine Chapultepec, e imitando lo que había leído en las revistas *Hermes* y *Del Otro Lado*, que llegaban a Torreón y se vendían en el local de revistas Juárez. Ahí también compraba la revista de porno gay *Honcho*, que incluía cuentos de William Burroughs, Edmund White o Dennis Cooper. En sus relatos, aparecía San Francisco como una ciudad de gran agitación sexual, comprometida con la rebeldía callejera y hedonista en su exhibicionismo. Así empecé a forjarme la fantasía de tener sexo a la vuelta del legendario bar Eagle de San Francisco.

Una vez conocí a una pareja con la que terminé haciendo un trío en la planta alta de La Estación, el bar pintado de azul marino y negro sobre la calle Hamburgo que administraba el famoso Chiquileather. (Años después el mismo Chiquileather me confesó que La Estación pretendía ser el Eagle de San Francisco en versión chilanga.) Después, los tres nos echamos unos *hot dogs* en la calle de Florencia. Cuando nos empezamos a dar unos besos con restos de mostaza, unos tipos intentaron madrearnos. Uno de los homófobos se tropezó con mis golpes y cayó al piso; lo agarré a patadas. En ese entonces, no había derechos humanos —los había, pero no protegían a los homosexuales— ni redes sociales donde llorar la homofobia. Los tiras me quitaron casi toda la quincena a cambio de no presentarme ante el Ministerio Público.

LOS OCHOCIENTOS METROS

Escalante, Utah, fue el punto de nuestro roadtrip que con mayor precisión encajaba en las expectativas de una luna de miel gay con su imaginario más tradicional y consumista. La

ciudad ostenta una fastuosa belleza semidesértica y pedregosa coloreada de un naranja eléctrico gracias a la naturaleza. Se encuentra en una prominente elevación de lo que se conoce como el monumento nacional de Grand Staircase-Escalante. Residen en ella unos ochocientos habitantes fijos; de las trescientas cuatro construcciones erigidas, un porcentaje considerable corresponde a hoteles, restaurantes y bares. En temporada alta, los turistas superan por miles a la población local.

Dado que en Utah todas las tiendas y bares cierran a las seis de la tarde, alguno de los dos tenía que comprar un six de cervezas para el resto de la noche. Me ofrecí como voluntario. Caminaba de regreso por la calle principal cuando se me ocurrió abrir el Scruff sólo con la intención de ver cómo funcionaba en medio de la nada la aplicación gay de sexo inmediato y desprovisto de afecto. Entre los perfiles cercanos apareció el de un hombre de 57 años con barba canosa y cabello rizado; estaba a menos de ochocientos metros, es decir, frente a mis narices. Le escribí un "hola" sin esperar nada. Me devolvió el mensaje en segundos.

"¿Por qué tardaste? Pensé que la tienda estaba a sólo dos cuadras." Le dije a mi esposo la verdad: que un tipo del Scruff me la chupó en las cabañas de la cuadra contigua a nuestro hotel; un tipo que parecía un *hippie* que disfrutaba masturbarse en medio de la naturaleza frente a una cámara de video. "Pensé que seríamos los únicos gays del pueblo", comentó Jim. Ordenamos los últimos tequilas entre carcajadas, decepcionados por no ser tan especiales, pero igual de enamorados.

LA CASA FRENTE AL BOSQUE

Tuvimos que dormir en Branson, Misuri, por culpa de una tormenta con amenaza de trom-



John Margolies, *Rawhide City Billboard*, I-94, Mandan, North Dakota, 1980. Library of Congress ©.

ba, a tan sólo unos kilómetros de los límites con Arkansas, el estado que criminaliza la venta de dildos y cobija los principales cuarteles del Ku Klux Klan camuflados de centros de estudios bíblicos. Branson es una versión puritanamente cristiana de Las Vegas. Hay centros de espectáculos habilitados con equipo de efectos especiales donde se transmiten números musicales dedicados al Señor, restaurantes con pollos gigantes en la entrada, réplicas en tamaño real del Titanic y la famosa tienda Dixie Outfitters, que vende souvenirs con la bandera confederada blasonada impresa en camisetas, así como bikinis con el rostro de Donald Trump cubriendo el área de los pezones.

Me recordó un poco a Torreón, aunque no por su conservadurismo exacerbado. Gracias a

éste, los meseros del Ciriaco —la cantina donde empecé a ganarme la vida— no pasaban más de medio minuto sin alburearse, utilizando la palabra “verga” como metáfora de humillación al mismo tiempo que de triunfo. Más bien me resultan parecidas porque las ciudades pequeñas siempre esconden secretos. Maridos ejemplares que les ponen los cuernos a sus esposas con los homosexuales que las atienden en las peluquerías. O maestros de literatura como el mío, con quien empecé a descubrir mi atracción por los hombres y de quien aprendí las primeras reglas gramaticales del lenguaje de la seducción. Nuestras encerronas ocurrían en su “segunda casa”, frente al bosque Venustiano Carranza; sólo había un colchón y la grabadora donde poníamos ca-

setes de Dinosaur Jr. y Porno for Pyros. Estábamos tan paranoicos de que nos vieran que tardábamos más en tapiar la ventana que en venirnos.

En cuanto salí del clóset con la bendición de mis padres *hippies*, ocupados en odiarse entre ellos a pesar de sus pins con el símbolo de amor y paz, me cogí a la mitad de los hombres de la Comarca Lagunera, incluyendo a la población masculina de Gómez Palacio y Lerdo. Ahora que lo pienso, creo que quería escapar del patrón heteronormativo del matrimonio. Todos mis amigos que salieron del clóset apenas me subí al Omnibus de México terminaron casándose bajo la ley del matrimonio igualitario y repitiendo los mismos roles de sus padres bugas, que incluyen desayunos en los res-



John Margolies, *The Donut Hole*, La Puente, California, 1991. Library of Congress ©.

taurantes de los hoteles de la comarca y las mismas formas de infidelidad.

Poco antes de que mis pasos se encontraran con los del tipo del Scruff, observé desde la ventana del hotel una camioneta con una manta donde habían escrito con grafiti *fucking immigrants*.

El hombre con el que hicimos el trío en Branson también tenía un tic paranoico. Dijo que en Branson era sospechoso ver un hombre solo en un hotel. Se gana la vida actuando en uno de los tantos espectáculos que ofrecen los centros nocturnos; la hace de *sheriff* que persigue negros. Y la comunidad lo hostiga preguntándole por qué no se ha casado.

Hoy Torreón es más progresista que Branson, sin duda.

TECHNO BLUES

Conforme llegábamos a la Michigan Central Station, volví a notar el melancólico nerviosismo de Jim. Como si fuéramos a casa de sus padres, fallecidos hace quince años, para que me presentara como su marido tras las décadas en que ellos ansiaban la boda de su hijo.

La Michigan Central Station abrió sus puertas después de treinta años de abandono. La compañía Ford invirtió millones de dólares en su remodelación. Lo que era el mayor símbolo del ocaso de Detroit se ha convertido en un centro de investigación para los autos del futuro y el público camina por el *lobby* recién pulido.

Mi parte favorita fue el pasillo donde respetaron algunas pintas como recordatorio de una historia influida por el estigma de Robocop y las automotrices que les dieron la espalda a los trabajadores. También es un tributo a quienes usaron aquellas ruinas para montar los primeros *raves* que dieron forma al te-

chno. Recordé que a los pocos meses de llegar al Distrito Federal de Torreón, descubrí *flyers* de *raves* que dejaban sus organizadores en la Tower Records de la Zona Rosa. Solían incluir la leyenda "directo desde Detroit". Mi amigo Francisco Cullen, con quien empecé a descubrir la escena *rave* capitalina de mediados de los noventa, me dijo que algún día debíamos ir a Detroit para ver de dónde llegaba la inspiración para esa música austera, mecánica y casi sin letra, pero tan humana como para llenar cualquier vacío espiritual a punta de baile y sudor.

De pronto observé a Jim hacer gestos raros para contener las lágrimas. La música ambiental del *lobby* de la Michigan Central Station tenía un pasaje de instrumentos de viento que inundaba el espacio con su melancolía hasta cimbrar los pilares de mármol. Yo también quise llorar. Por ser latino, fui más obvio. Mi esposo me preguntó si extrañaba México; debido a mi situación migratoria no puedo abandonar San Francisco ni los Estados Unidos en unos años. Por eso nuestra luna de miel se redujo a ciudades estadounidenses.

Pero no era eso; en realidad pensaba mucho en Francisco Cullen. Fue el primer mejor amigo al que le conté que soy gay. Le hubiera fascinado Detroit. Es tal como él lo imaginaba, con la diferencia de que está levantándose con dignidad a un ritmo de 35 revoluciones por minuto.

Francisco murió en 2008, víctima de los daños colaterales de la guerra contra las drogas que detonó el infeliz de Felipe Calderón. Mi amigo desapareció en los límites entre Puebla y Veracruz y nunca más se ha vuelto a saber de él. Sigo extrañándolo. Pero no, creo que no extraño México. **U**



MALVIAJE

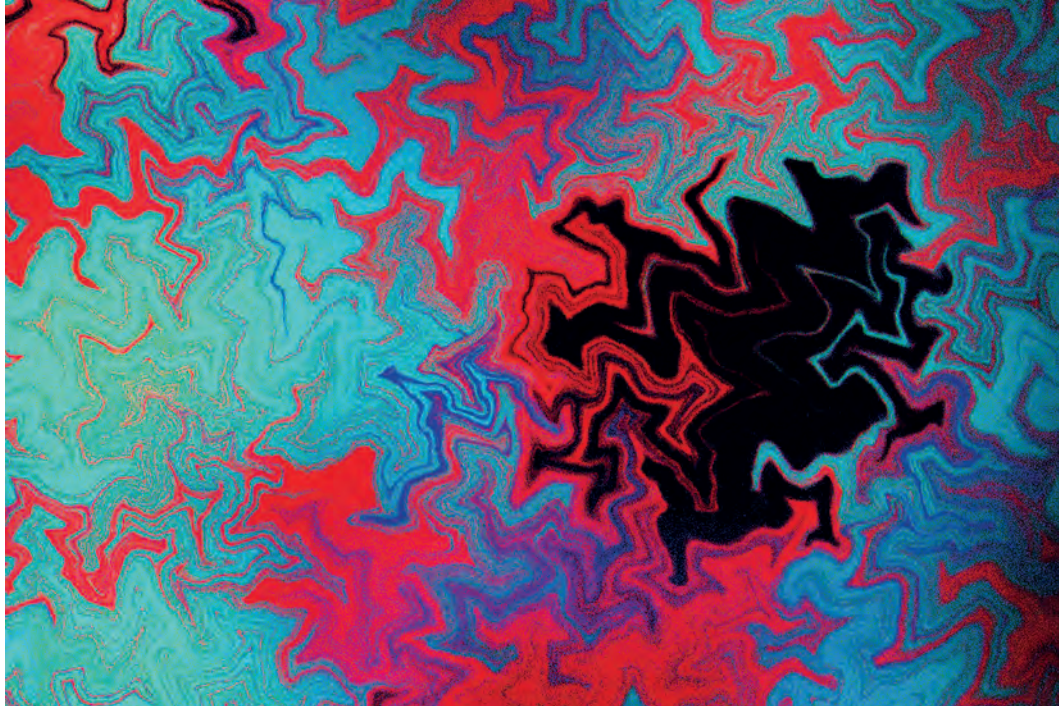
Karina Sosa Castañeda

Pienso que no lloverá, así que salgo sin suéter. Llevo en la pequeña maleta la ropa que imagino cómoda: un vestidito amplio de flores, un mallón y dos camisetas gigantescas; calcetas, tres calzones, dos tops y un suéter de cuello alto y manga larga. Ariadna me espera en el Monumento a Juárez. Iremos en su Fiat rojo, un automóvil más grande de lo que parece por fuera. Me pregunto si es buena idea que ella maneje, pero yo no tengo auto y no sé manejar.

Nos encontramos a las seis en punto. Yo bajo del taxi y subo con el cabello todavía húmedo al auto de mi amiga. Ariadna huele a canela. Tiene puestas sus gafas redondas. Parece, como siempre, una estrella de Hollywood que no quiere ser reconocida: el cuerpo lánguido, los ojos siempre tras las gafas; la ropa oscura, intentando ser una sombra. Nos damos un beso y nos abrazamos para empezar ese viaje a los honguitos con el que llevamos meses fantaseando como enfermas en busca de la cura a todos sus males, sabiendo que algo así no existe. Traigo conmigo uvas y fresas, un termo con té de limón y un panqué de plátano.

"En un ratito te paras y comemos un poco, ¿no?", le digo y ella contesta: "Sí, sí". Es una respuesta rápida como una chispita luminosa y cálida. Enciende el estéreo y escuchamos a Julieta Venegas cantar "tus amores perros me van a matar". Estamos envejeciendo y lo sabemos. Yo tengo canas ya. Me gustaría que de pronto mi cabello fuera tan blanco como la nieve sobre la que cae muerto un poeta obstinado como Pushkin, por ejemplo, o Robert Walser.

Las dos buscamos algo que no sabemos bien qué es. Ella piensa en un equilibrio. Yo quiero apagar todas esas voces en mi interior. Las voces



Fernan Federici y Jim Haseloff, micrografía confocal del *Bacillus subtilis*. Wellcome Collection ©.

que me hacen caer en pequeños infiernos cuyo origen no consigo determinar. Las voces que me dejan tumbada en la cama durante días, sin poder escribir o leer porque pienso que no tiene sentido (antes de mí, muchos han escrito bastante). Las voces que me dicen que estoy imposibilitada para amar porque acabaré encontrando una herida muy añeja alojada en lo profundo de mí. La voz que me dice que no soy capaz de conseguir un empleo bien remunerado, que mi cuerpo es insuficiente, que acabaré muriendo sola como Hermine Wittgenstein, hermana de Paul y Ludwig Wittgenstein, o como Gretl Wittgenstein, a quien Gustav Klimt pintó y quien nunca se sintió a gusto con ese retrato, ni entre su parentela, hasta que se cambió el nombre y desapareció, haciendo una vida "común" lejos de su locuaz y millonaria familia. Pero yo no soy una acaudalada heredera.

Mi salario, cuando me pagan por escribir, se esfuma como la mantequilla en la sartén de los *hotcakes*, mi desayuno favorito, y no deja más que una pequeña mancha de felicidad. Mis padres no me dan dinero desde hace muchos años. Lo agradezco porque así ya no

tienen que angustiarse por la hija que decidió que las palabras eran una buena profesión para ganarse la vida.

Pienso en todo esto mientras Ariadna cambia de una canción a otra. Escuchamos tres veces "Bye", de Peso Pluma. Cantamos juntas el coro y luego suena Arvö Part, que me devuelve a la idea de escribir una novela sobre un hospital psiquiátrico que arde en llamas al final, pero nadie salva al fuego.

Chilchotla, Chinantla, mazateco, Río Sapo... todas son palabras que me parecen lejanas, desconocidas o misteriosas. Misteriosas como el agua y las piedras. Los hongos son eso: misterio, medicina. Algo añejo que escapa a mis definiciones, a mis explicaciones, a las voces de mi cabeza que me llenan de angustia cuando el dinero para la renta se esfuma y pienso que el casero derribará la puerta o que mi mamá no me prestará para completar el mes; que caeré en el *loop* de deberlo todo y tener que trabajar horas extras frente a la pantalla para ir saliendo mis deudas.

¿Qué será lo que encontraré en mi descenso? ¿Psilocina, baeocistina o psilocibina? ¿Se-



Max Ernst, *El angel del hogar*, 1937. Colección privada ©.

rán lo mismo? Imagino mi cuerpo tendido en el bosque como si fuera una planta, una hoja o una ramita diminuta aplastada por gusanos de colores estridentes. Me convertiré en una sensación. El último chico del que me enamoré me hacía vivir justamente eso: puras sensaciones. Lo recuerdo husmeando en mi cara y en mis ojos para averiguar algo que yo no comprendía. Unos meses después de conocerlo, la sensación de sus ojos amarillentos mirándome y la textura de sus manos en mi piel terminó por evaporarse.

Llevamos tres horas en la carretera y, aunque Ariadna me cuenta cosas simples y es una de mis mejores amigas, mi cerebro está en otra parte. No dejo de hacerme la misma odiosa pregunta: ¿Qué voy a encontrar de mí? ¿Qué es lo que ignoro y necesito descubrir? Pienso en mi infancia en un pueblo costero de Oaxaca. Todo me daba miedo. Mi madre y yo nos

hacíamos compañía durante las tardes más calurosas que recuerdo. Preparábamos pulpa de tamarindo que salíamos a vender con la ayuda de unos niños que jugaban en el patio gigantesco de esa casa llena de lágrimas y fantasmas. De ahí agarramos la costumbre de hacer mermeladas y conservas para matar las horas. Mi madre perfeccionó la técnica y quiso lanzar una marca de mermeladas caseras, pero fracasó. ¿Es la infancia? ¿Qué me duele?

Caigo en un sueño breve. Ariadna sonríe y me acaricia la pierna. Tener una amiga te salva la vida, te hace descansar en cualquier orilla del mundo. Es otra forma del amor. Todo estará bien mientras ella esté cerca. Abro los ojos al escuchar la voz de Ariadna: "Te juro que no sé qué pasó. Ayer lo revisaron y todo estaba perfectamente bien". El sonido del claxon es insoportable y no sabemos qué hacer. El humo empieza a surgir del auto y se mezcla

*Mi salario, cuando me
pagan por escribir, se esfuma
como la mantequilla en la
sartén de los hotcakes, mi
desayuno favorito.*

veloz con la nata de neblina. Tras cuatro horas de viaje, no sé dónde estamos. Ariadna abre el cofre y yo me paro junto a ella. Estamos derrotadas, me pregunto si saldremos de ésta. Somos dos mujeres en medio del camino y no parece haber una sola casa cerca. Estamos en un barranco. ¿Se dice barranco o barranca? Con el taladrante sonido de un claxon junto a nosotras. Yo no sé conducir y mi mejor amiga está a punto de llorar. ¿A esto nos trajeron los hongos? ¿A aprender algo sobre ser prácticas? ¿A incendiarnos en un automóvil italiano? Los dueños de Fiat también lo son del diario *La Stampa* y de la *Vecchia Signora*, como se conoce al club Juventus.

Intentamos marcarle a alguien, pero no todo México es territorio Telcel. El frío comienza a arreciar. Cierro el cofre y abrazo a Ariadna. Qué hacemos aquí. El sonido perturbador del claxon de nuestro Fiat averiado es un martillazo rompiendo la belleza del camino oscuro y denso, lleno de helechos, de aves que duermen silenciosas y sueñan con su propia canción. "Las aves se sueñan cantando", leí en algún lugar. Le propuse a Ariadna mover el auto varado en medio de ese camino pedregoso. Lo empujamos sin dificultad y nos quedamos quietas, mientras el impertinente ruido empezaba a menguar hasta que se desvaneció definitivamente, dejando el auto quieto, como un animalito desguanzado. Sólo quedó una voluta breve de humo y nosotras: solas como las piedras apiladas en esas montañas. "No lo logramos", me susurra Ariadna entre el llanto y los suspiros. Estamos aquí para descubrir nuestro miedo, me digo como consuelo. Vamos a dormir en la oscuridad hasta que mañana podamos salir a caminar y encontrar una solución.

Pero el sueño se esfuma: las voces que nos habitan a mi amiga y a mí son pequeños es-

pectros flotando dentro del automóvil. Se mezclan, se vuelven lágrimas. Ariadna rellena su pipa con marihuana, pero no fuma. Soy yo la que aspira el humo. Nos reímos de nosotras. Somos las mismas adolescentes que escapaban de las clases de inglés para ir al bosquecito a fumar un churro. Somos las mismas que les mentían a sus padres para ir a raves en donde comíamos ácidos y bailábamos como ninfas desenfrenadas. Soy la joven que disfruta su cuerpo y cree que el amor es el centro del planeta. Es la mota la que me hace recordar esa época apagada por mi solemnidad ridícula, por los fracasos acumulados, por los amores imposibles que bosquejo en historias que se quedan inéditas. Quiero sacudirme esa amargura; también para eso busco los hongos.

Los hongos nos hablan entre los helechos, el humo de la mota que sigo fumando y la madrugada en una orilla sin nombre. Me hablan y sueño que pruebo hongos. Me revelan cosas sobre mis miedos: me dicen que soy una niña extraviada junto a otra niña, que es mi madre. Me dicen que debo buscar algo más adentro, agregan que aún no es tiempo. Y luego caigo en un sueño rarísimo donde alguien entra en mi cuerpo. Ese alguien soy yo misma, anciana, buscándome. Me gusta que mis cabellos no son blancos sino muy negros. Me gusta que soy la mezcla de tres de mis abuelas: Marciana, Irene y Micaela. Soy las tres y no dejo de ser yo. Yo, con mi sonrisa disimulada. Yo, con mis dedos redondeados. Yo, con hoyuelos en las mejillas. *Camanances*, se llaman en náhuatl. Busco en mis adentros la traducción al portugués, mi lengua favorita, pero no consigo dar

con ella. Luego escucho la voz de la anciana que soy: "Tú no eres eso. Tú eres una mezcla de otras cosas, de otras sustancias. Tú eres el viaje de los hombres inquietos que atravesaron el mundo y llegaron al lugar de los guajes. Eres las mujeres que calientan sus cuerpos al sol, en un río helado y lleno de piedras redondas".

La voz se apaga. Quieres despertar, encontrar las manos de Ariadna y volver a casa: a ese departamento minúsculo en el que tienes una computadora, un minirefrigerador plateado que tu mamá te regaló, una cama con un colchón medio hundido y el baño gigantesco y su ventanal por el que espías el trajín de la gente que va y viene a todas horas. Extrañas al pez guppy que compraste para que viviera en la pecera redonda. Siempre quisiste un pez en una pecera muy grande y redonda. Se llama Leonora; le das esos copos olorosos y le compras canicas o piedritas de colores cada vez que te sobran diez pesos.

Abro los ojos. Está por amanecer y una mujer de cabellos rojos nos espía por el parabrisas. Cuando abro la puerta, la mujer comenta que va para Oaxaca. Se llama Leticia y es doctora en una clínica rural en Santa María Chilchotla. Leticia es como una aparición benéfica: "Cierren bien su coche, a una hora más o menos hay un mecánico. Él viene y lo revisa. Me ha pasado. No se preocupen. Yo las llevo y las traigo de vuelta".

Ariadna y yo nos miramos y luego subimos al carro de Leticia, que viene escuchando a Juanes. Nos cuenta que vuelve dos veces por semana a su casa, en Oaxaca. Pregunta qué hacemos ahí. Ariadna dice, de forma evasiva: "Visitamos a mi tía, en Río Sapo".

"Uy, no, les faltaba mucho todavía para llegar. Con su carrito no llegan. ¿Son hermanas?"

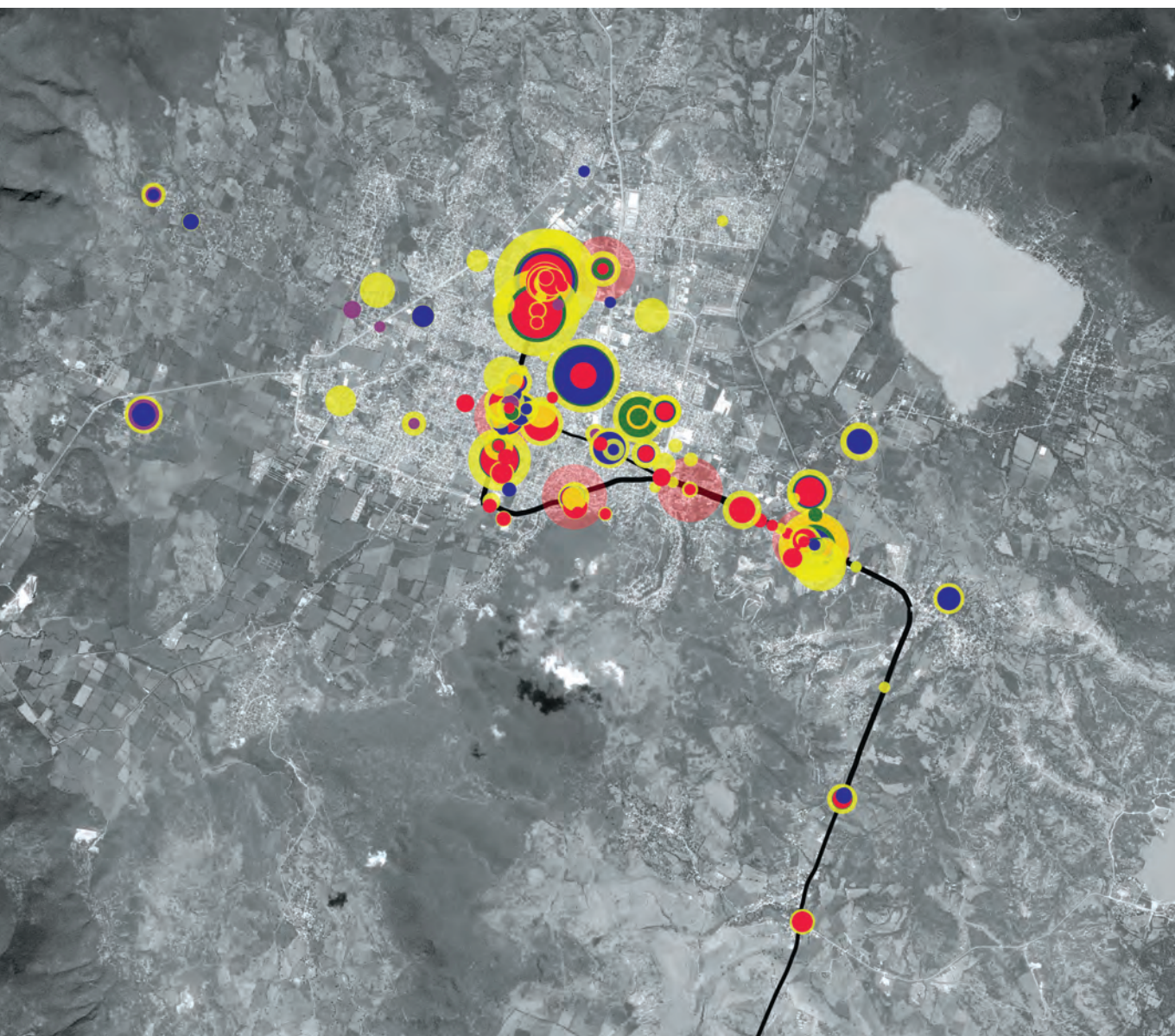
El mecánico nos explica que se trata de una falla eléctrica. Mueve cables, pasa corriente y nos cobra tres mil pesos. Los pagamos sin decir nada. Explica que es una compostura "provisional", que el auto no nos llevará hasta Río Sapo. Las llantas no están bien.

Allí vamos de regreso, devastadas, sin haber probado hongos, escuchando las mismas canciones. No hablamos del fracaso. Ariadna fuma los Marlboro rojos que traía en su bolsa. Nos despedimos en la esquina de Rayón y Melchor Ocampo, frente a mi departamento.

Estoy harta de las voces, pero me siento aliviada de estar en casa a punto de darme un baño y ver *El padrino*, mi película favorita. En otra ocasión investigaré sobre la herida en mi interior, sobre los temores que me arropan. Pienso si no es demasiado tarde para ir a La Orquídea Triste, el bar de la esquina, a imaginar cosas imposibles. Decido ir, pero antes alimento a Leonora. Le digo: "La carne es triste, Leonora, y yo no he leído ni la mitad de los libros. Pero mírate, eres un pez feliz... me tienes a mí".

En La Orquídea Triste pido un suero de Victoria. Hay una pecera vacía. Y un hombre de ojos ámbar que me parece guapísimo, pero con el que nunca hablaré. "Mejor así", dice la voz en mi cabeza. No es la voz de los hongos la que habla en mi interior. Es otra, la misma de siempre: la que me sabotea y al mismo tiempo me impulsa. "Aún no es tiempo. Debo descubrir algo más sobre la vida." Soy yo misma la que habla. **U**

Ayotzinapa: una cartografía de la violencia, Forensic Architecture, proyecto comisionado por el Equipo Argentino de Antropología Forense y el Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez, 2017. ►



AYOTZINAPA: 10 AÑOS

AYOTZINAPA Y EL LEGADO DE LA REVOLUCIÓN

Tanalís Padilla

Traducción de Eugenio Fernández Vázquez

En la tarde del 26 de septiembre de 2014 docenas de estudiantes de la escuela normal de Ayotzinapa, en el estado de Guerrero, en la costa mexicana, salieron a incautar varios autobuses para usarlos como transporte a la Ciudad de México. Como habían hecho en años anteriores, atenderían a la conmemoración anual de la masacre de 1968 en la que el ejército mató a cientos de estudiantes que se manifestaban en la plaza de Tlatelolco. Vistas con malos ojos por las autoridades y toleradas con mala cara por las compañías de autobuses como un costo más del negocio, estas tomas de autobuses por estudiantes de las 17 normales rurales del país eran una práctica común. Creadas en los años 1920 como internados para los hijos e hijas de campesinos, las normales rurales gozan de hace tiempo de una reputación de militancia política. Esta toma parecía ser una más en esa tradición, pero poco después, esa misma noche, conforme los estudiantes de Ayotzinapa trataban de salir de la ciudad de Iguala con los cinco autobuses de los que se habían hecho, se vieron cercados por una enorme operación armada. La policía local bloqueó su salida mientras agentes uniformados y pistoleros en ropa de civil les disparaban. El destacamento del ejército en la base militar cercana, que los había estado siguiendo en coordinación con la policía federal y estatal desde que dejaron su escuela un poco antes, en la tarde, no hizo nada. Al llegar la mañana, tres estudiantes de Ayotzinapa yacían muertos, uno de ellos con el rostro desollado. Otros 43 habían desaparecido, habiendo sido vistos por última vez cuando los arrastraban en presencia de autoridades federales y estatales.

Con todo y lo horrendo, este evento era difícilmente notable en un país en el que la guerra contra las drogas —declarada oficialmente en 2006— había dejado, para entonces, más de cien mil personas muertas y otras 25 mil desaparecidas. De hecho, funcionarios federales rápidamente descartaron el ataque como otro conflicto armado de los cárteles: si los estudiantes de Ayotzinapa habían sido víctimas sería que alguna conexión tenían con actividades ilícitas. Después de todo, la inclinación de los normalistas por la agitación era bien conocida. Pero, sig-

nificativamente, este discurso oficial no calmó la rabia del público ni fue aceptado por las familias. A lo largo de los meses siguientes miles salieron a las calles para exigir justicia y el regreso de los 43 estudiantes de Ayotzinapa desaparecidos. Por qué este evento y no los otros miles de muertes y desapariciones detonó protestas sin precedentes tiene mucho que ver con la identidad de los 43 desaparecidos, las acciones inmediatas de sus compañeros y la historia de las escuelas donde estudiaron.

Fundada en 1926, la escuela normal de Ayotzinapa fue una de las 35 escuelas para la formación de maestros que el gobierno mexicano construyó en las dos décadas que siguieron a la Revolución de 1910-1920. Esta guerra puso fin a la dictadura de 35 años de Porfirio Díaz (1876-1911) y llevó al poder a un gobierno nacionalista cuyo proyecto resultante desplegó a maestros como agentes de la consolidación del Estado. Las instituciones que capacitarían a estos educadores adquirieron muchas de sus características definitorias durante la presidencia de Lázaro Cárdenas (1934-1940), cuyas numerosas reformas progresistas incluyeron la educación socialista. Aunque la educación socialista duró poco tiempo como política oficial y nunca fue claramente definida por sus arquitectos en el Estado, en las normales rurales su significado es simple y duradero: justicia. Educación para los pobres, una voz estudiantil en las prácticas institucionales y conciencia de clase constituyeron elementos definitorios de la cultura normalista, reproducidos en las décadas siguientes gracias a una clara acción colectiva estudiantil.

Estas dinámicas actuaban aquella fatídica noche de septiembre. Tomar autobuses de empresas privadas no era solamente una forma

de adquirir transporte, sino también un aprendizaje de la protesta, uno que la asociación de estudiantes pasaba a cada clase que entraba. Más aún, la conmemoración de Tlatelolco a la que los estudiantes planeaban asistir ofrecía una lección histórica importante para los normalistas rurales, cuyas escuelas asediadas habían producido durante décadas numerosos activistas campesinos y obreros, algunos muertos o encarcelados por el Estado. El aniversario de Tlatelolco ofrecía un espacio para escenificar las mil maneras en que el gobierno había traicionado la Constitución de 1917 y los principios revolucionarios sobre los que se fundó el Estado moderno mexicano.



Fotografía de Lucía Peña, cortesía del Centro Cultural Universitario Tlatelolco.



Fotografía de Lucía Peña, cortesía del Centro Cultural Universitario Tlatelolco.

La traición tomó décadas en concretarse. La presidencia de Enrique Peña Nieto (2012-2018) marcó el regreso del Partido Revolucionario Institucional (PRI), que había gobernado el país de 1929 a 2000, y personificaba muchos de sus pecados. Fue corrupta, autoritaria y tecnócrata y su larga relación con el narcotráfico se salió de control —una dinámica reflejada por la sobrecogedora cantidad de gente asesinada y desaparecida en la década precedente—. En este contexto, la violencia contra los estudiantes de Ayotzinapa fue la proverbial gota que derramó el vaso. Su condición de estudiantes, la dimensión misma del ataque en su contra y la participación del Estado en él invocaban el espectro de Tlatelolco, el sitio de la masacre que aún persigue al PRI. Apoyándose en su larga tradición de protesta, los normalistas rurales se movilizaron de inmediato, detonando un nivel de indignación que el Estado no pudo contener.

Hay pocas armas que los pobres puedan blandir contra los poderosos, pero las que hay

las conocen bien los normalistas rurales. Además de convencer a los choferes de los autobuses de que los lleven a marchas, frecuentemente han bloqueado caminos, tomado casetas para dejar que los conductores pasen gratis, incautado camiones de carga para distribuir su mercancía y secuestrado vehículos de transporte en los patios de las escuelas. Además, por mucho tiempo han organizado huelgas y paros escolares. Los estudiantes realizaban la mayor parte de estas acciones simplemente para obligar a las autoridades a destinar los presupuestos necesarios para la subsistencia de las escuelas: fondos a los que tienen derecho, pero que a menudo reciben solamente después de luchar por ellos. Si bien la persistencia y las estridentes protestas de los normalistas han asegurado la supervivencia de sus escuelas, también han generado una leyenda negra. Durante décadas el gobierno y la prensa han etiquetado a estas instituciones como centros de agitación y semilleros de guerrilleros; las autoridades han amenazado con convertirlas en

granjas de cerdos o en escuelas para técnicos turísticos y han caracterizado a quienes estudian y enseñan ahí como agitadores, subversivos y, más recientemente, pseudoestudiantes o vándalos. De hecho, en los debates públicos que emergieron conforme los familiares de los 43 desaparecidos de Ayotzinapa buscaban a sus hijos, el discurso oficial buscó culpar a las víctimas. ¿Qué otra cosa podían esperar los estudiantes por su agitación y su flagrante desdén por la propiedad privada?

Al discurso que criminalizaba a las víctimas los participantes en las protestas opusieron los crímenes de Estado. “Fue el Estado” se convirtió en un grito de lucha. Aquí la masacre de Tlatelolco, cuyo aniversario buscaban honrar los normalistas de Ayotzinapa, intensificó la rabia. Una herida todavía abierta, Tlatelolco resonaba a través de los sectores sociales en parte porque sus víctimas fueron estudiantes. Igual de importante era la tradición de protesta de los normalistas rurales. Apenas momentos después del ataque del 26 de septiembre —el cuerpo de uno de sus compañeros yacía todavía, bañado en sangre, en el suelo— los estudiantes convocaron a una conferencia de prensa y resguardaron la escena del crimen. Antes de que muchos pudieran inclusive describir los eventos que habían transcurrido esa noche, los normalistas habían activado sus redes escolares por todo el país, habían dado publicidad a la más reciente agresión en su contra y habían recordado a la nación la historia de sus escuelas. De esa historia trata este libro.

UNA TRADICIÓN RADICAL

Desde su fundación, las normales rurales han albergado sagas nacionales. Emergieron del proyecto revolucionario del Estado, capacita-

ron a los maestros que debían formar a una ciudadanía patriótica y moderna organizando festivales cívicos, promoviendo campañas de higiene y salud y remplazando la superstición con la ciencia, pero las añoranzas populares que impulsaron la Revolución mexicana también permearon estas escuelas y para los años 1930 se convirtieron en elementos constitutivos de su lógica institucional. La reforma agraria, la educación para los pobres y el liderazgo comunitario se mantuvieron como principios que guiaron a los maestros en su formación. A lo largo de las siguientes décadas las tensiones entre la consolidación del Estado y la justicia revolucionaria produjeron una elocuente contradicción. Las mismas escuelas que debían conformar una ciudadanía leal se convirtieron en hervideros de radicalismo político y sus exalumnos resultaron estar permanentemente vinculados a combativas protestas, incluyendo luchas guerrilleras. ¿Cómo y por qué las normales rurales se alejaron de su diseño original oficial?

La respuesta está en cuatro procesos interrelacionados. Primero, que, si bien las normales rurales se fundaron para el propósito de la consolidación del Estado, estaban ancladas en la noción de la justicia agraria. Construidas en haciendas expropiadas, estas escuelas estaban investidas con un aire de justicia poética. En los elegantes edificios que antes explotaban a sus padres y familiares, adolescentes de origen campesino —uno de los requisitos para estudiar en estas instituciones— ahora ganarían una educación. Los funcionarios del Estado vinculaban la educación con el desarrollo rural, adoptando principios pedagógicos que conectaban el salón de clases con la comunidad, el cooperativismo con la disciplina individual y el aprendizaje con el trabajo. Estas

El gobierno propagó un discurso que estigmatizó estas escuelas y a sus estudiantes como a ningún otro.

cualidades, como insistían los arquitectos de la educación del México de principios del siglo XX, reforzarían un “espíritu rural” que fortalecería el compromiso campesino con la tierra, pero lo dirigirían hacia fines modernos y eficientes. Este marco detonó una consciencia específicamente estudiantil y campesina que desafiaba un proyecto nacional moderno cada vez más vacío de justicia.

En segundo lugar, la misión marcada por el Estado se mezcló con la propia identidad de los estudiantes. En las normales rurales los hijos de campesinos se convirtieron en profesionistas; estudiantes hombres y mujeres desecharon las normas de género y absorbieron otras nuevas, y las identidades étnicas se ampliaron o estrecharon conforme los normalistas navegaron las contradicciones del mestizaje, la ideología dominante según la cual México constituye una mezcla armoniosa de herencias españolas y mexicanas. Los viajes de campo expusieron a los estudiantes a distintas partes del país y la vida en los dormitorios al lado de otros entre doscientos y quinientos jóvenes les dio un grado de autonomía que no tenían en casa. Esta exposición y fluidez social desnaturalizó las jerarquías y creó tanto la posibilidad como la expectativa del cambio.

En tercer lugar, las normales albergaron amplias contradicciones que hicieron de la lucha un hecho de la vida diaria. La imponente arquitectura de las exhaciendas en donde se instalaron estas escuelas contrastaba con la naturaleza espartana de la vida diaria. Los internados rara vez tenían suficientes camas para todos los estudiantes. Los recién llegados dormían sobre cajas de cartón. La comida era

magra y el agua corriente y la electricidad poco frecuentes. Para garantizar sus necesidades básicas los estudiantes continuamente hacían peticiones al gobierno, lo que los llevaba a movilizarse por recursos tanto como a estudiar para sus clases. Al darles menos fondos de los necesarios y abandonar las normales rurales, el Estado hizo que el ascenso social que las escuelas prometían solamente pudiera conseguirse a través de la lucha colectiva.

Finalmente, estas contradicciones fueron más allá del tiempo de los normalistas como estudiantes. Al graduarse, la Secretaría de Educación Pública (SEP) enviaba a los jóvenes a comunidades a cuyos niños debían educar, cuyas condiciones de vida debían mejorar y a cuyos habitantes debían organizar y levantar. Era una tarea abrumadora que se hizo casi imposible después de 1940, cuando el Estado fue dejando de interesarse en el campo salvo cuando podía ser útil a las ciudades. En vez de financiamiento, infraestructura y recursos —incluyendo un salario digno como maestros—, la SEP apeló a la labor misionera de los educadores. Ellos tenían un origen campesino después de todo: el sacrificio no debía serles ajeno.

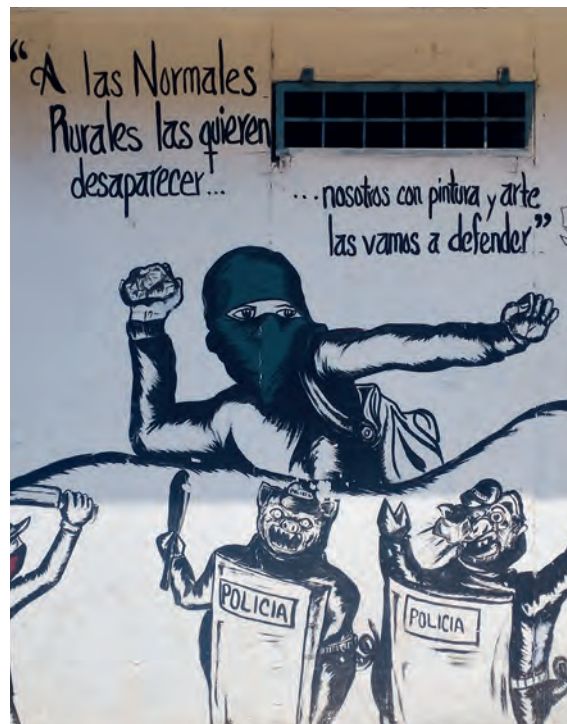
Los maestros rurales navegaron estas contradicciones de mil maneras. Como el resto de la población, la mayoría emigró a los centros urbanos, donde buscaron desarrollarse profesionalmente y donde podían enseñar en condiciones más manejables. Muchos se convirtieron en caciques regionales, *charros* sindicales o políticos corruptos. Pero algunos buscaron justicia sin tregua, dispuestos a jugarse la vida en el proceso. Aun siendo minoría, estos últimos tuvieron un alcance mayor y su legado se asocia sobre todo con las normales rurales. Esta asociación se basa en parte en las constantes protestas de los normalistas para con-

seguir los recursos para la supervivencia de sus escuelas, pero también es una muestra de cómo estas escuelas sirvieron como un recordatorio incómodo del abandono del campo.

[...]

La cultura politizada, que se hizo una característica muy duradera de las normales rurales, muestra hasta qué grado la lógica constitutiva de las escuelas —que destacaban al frente del mundo rural— contrastaba con las acciones del Estado que privilegiaba las ciudades. Sin capacidad ni voluntad de resolver esta contradicción, el gobierno propagó un discurso que estigmatizó estas escuelas y a sus estudiantes como a ningún otro, inclusive conforme los graduados de las normales rurales se convertían en dientes del engranaje del aparato de gobierno del partido oficial. En los años 1940 las autoridades revivieron el lenguaje reaccionario de los años 1930 que demonizaba el rol de los maestros como líderes comunitarios; en los años 1950 la prensa añadió el demonio rojo del ataque bolchevique y, en los años 1960, el de la subversión cubana, y la SEP remató insistiendo en que los malos maestros eran responsables de los fracasos educativos del país, especialmente de la terrible situación en el campo.

La lógica establecía una clara continuidad entre el retrato del joven campesino ingrato que en las normales rurales seguía desafiando al Estado en lugar de agradecer la oportunidad y los recursos para estudiar y el de los maestros que no acataban los llamados de la SEP al sacrificio e insistían en tener salarios más altos, mejores condiciones laborales y más prestaciones. La lucha misma de los maestros por la democracia sindical, que bajo el liderazgo de exalumnos de las normales rurales y con su participación vivió episodios especialmen-



Fotografía de Lucía Peña, cortesía del Centro Cultural Universitario Tlatelolco.

te fuertes a mediados de los años 1950 y luego de nuevo a finales de los años 1970, aportó una nueva capa con la que demonizarlos ante el público. Por una parte, el poderoso sindicato de maestros, el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), cuya histórica lealtad al Estado consiguió concesiones laborales (a menudo dudosas) para controlar a su base y acarrear apoyo al PRI, se presentaba como prueba de la corrupción colectiva de los maestros. Por otra parte, cuando los maestros desafiaban las prácticas cupulares y el charismo del SNTE haciendo huelgas por un sindicalismo independiente, se les estigmatizaba por poner sus intereses laborales por encima de las necesidades educativas de los niños.

Sin embargo, estigmatizar a las normales rurales y culpar a los maestros por los bajos niveles educativos en México oculta hasta qué grado el sistema escolar mismo reflejaba una desigualdad estructural que a partir de 1940



Fotografía de Pamela Lugo, cortesía del Centro Cultural Universitario Tlatelolco.

se hizo cada vez más aguda y era impulsada por tres políticas que marcaron la mayor parte del siglo XX. Primero —y en contraste con Cárdenas, que en los años 1930 trató a la educación rural como elemento fundamental del desarrollo comunitario, que incluía redistribución de tierras, apoyo al ejido y establecimiento de cooperativas—, los gobiernos siguientes veían la escolarización como un tema aparte. Después de 1940 la SEP siguió construyendo escuelas por todo el país, a menudo a pasos acelerados. La SEP también capacitó a un número creciente de maestros para poblar esas nuevas aulas, pero un maestro rural podía poco contra las fuerzas más amplias del hambre, la falta de infraestructura y familias que no podían mandar a los niños a la escuela porque la supervivencia económica inmediata dependía del trabajo de todos en el hogar. Las apabullantes tasas de deserción escolar en primaria son una de las herencias de estas dinámicas más amplias. El ausentismo de los maestros es otra. Enviados a comunidades re-

motas, los educadores se vieron a sí mismos en una situación que era equivalente al exilio. Las condiciones de vida en el medio rural no correspondían con el ascenso social que su educación les había prometido. Sus sueldos mismos podían tardar hasta un año en llegar. Más aún, su nivel salarial se determinaba con una escala menor que la de los maestros urbanos. En esta situación los llamados de la SEP a la labor misionera y a sacrificarse sonaban huecos. Los maestros consistentemente buscaban que los transfirieran a áreas urbanas donde tendrían mejores salarios y condiciones laborales y donde podrían buscar capacitaciones para ascender a puestos en escuelas secundarias o como directores, burócratas de la SEP o inspectores regionales.

Una segunda dinámica, la política del Estado para el campo, agravó este proceso, pues bloqueó los esfuerzos de aquellos maestros dispuestos a enfrentar condiciones adversas. Después de 1940 no hubo ningún tipo de estrategia deliberada ni sostenida para desa-

rollar una infraestructura social en el campo. De hecho, en cada oportunidad el Estado minó la capacidad básica de los campesinos para vivir de la tierra. No solamente se ralentizó la reforma agraria después de Cárdenas, sino que los presidentes Manuel Ávila Camacho (1940-1946) y Miguel Alemán (1946-1952) relajaron las leyes diseñadas para prevenir la concentración de tierras al expandir los límites de expropiación para el cultivo de productos de exportación. A través de insumos a la producción subsidiados y de proyectos de infraestructura, el Estado fortaleció a los agroindustriales para establecer su dominio en el campo, gran parte de ellos orientados hacia los mercados estadounidenses. La Revolución Verde de 1941, patrocinada por Rockefeller, también concentró su ayuda en las fincas de gran escala. Los campesinos de ninguna forma podían competir con una industria mecanizada cuyas semillas de alta productividad dependían de una irrigación continua y de altos niveles de fertilizantes y de pesticidas químicos cuyos costos patrocinaban tanto el sector público como el privado. El programa *Bracero* entre México y Estados Unidos de 1942 a 1964, que envió a cientos de trabajadores al norte, y el *Programa de Industrialización Fronteriza* de 1965, que llevó a la proliferación de maquiladoras, ofrecían empleos a los migrantes rurales con sueldos generalmente superiores a los ingresos que podían obtener cultivando sus propias tierras. Estas oportunidades, sin embargo, no abonaron en nada a la infraestructura social del desarrollo rural. Al contrario, en tanto esas oportunidades ayudaban a que los trabajadores ofrecieran un mejor futuro a sus hijos, ese futuro estaba basado en una educación en las ciudades. Para los años 1960 México pasó de ser una nación predomi-

nantemente rural a ser predominantemente urbana, una tendencia que se mantuvo durante todo el siglo. El apoyo material a los maestros rurales y a sus escuelas, en tanto espacios para la promoción del desarrollo comunitario, estuvieron por largo tiempo abandonadas, aunque no así la retórica al respecto. La SEP siguió invocando un sentido de deber misio-nero por el cual ellos debían soportar la pobreza rural y el aislamiento por el bien de la nación. Estos llamados podrían haber tenido alguna resonancia si hubieran sido parte de un esfuerzo nacional en el que el sacrificio compartido produjera un bienestar colectivo más igualitario, pero el Estado hacía estos llamados en un momento de prosperidad desenfrenada, cuyos frutos acentuaron la desigualdad y se basaban en una transferencia de riqueza del campo a la ciudad.

Finalmente, el gasto educativo en México en sí mismo operaba bajo una lógica paliativa más que transformadora. El Estado amplió las oportunidades educativas sin implementar una reforma estructural consistentemente demandada por los movimientos campesino, laboral, estudiantil e indígena. La educación pública compensaba la falta de otros beneficios —salud, seguridad social, vivienda adecuada, empleo estable, salario digno— que las mayorías del país nunca disfrutarían. A lo largo de la segunda mitad del siglo XX el gasto en educación subió y bajó dependiendo de quién ocupara la presidencia, pero cuando aumentaba eso no mejoraba su calidad ni ofrecía un acceso más equitativo. Tampoco se correspondió siempre con una movilidad social intergeneracional. Entretejida con esta dinámica estaba la naturaleza del PRI, cuyo poder y lógica organizativa venían de una estructura corporativa que se apoyaba en las redes sindicales

afiliadas al Estado. El sindicato oficial de maestros, el SNTE, era el más grande de México (y de América Latina). Además de los maestros incluía a los técnicos escolares, el personal manual y de oficina y los puestos no administrativos lo mismo que a trabajadores administrativos de la SEP y empleados académicos y no académicos de institutos, centros de investigación y museos. Su liderazgo —infamemente corrupto y cuyos secretarios generales navegaban sin preocupaciones los pasillos del poder— a menudo usaba al SNTE como trampolín hacia puestos políticos, apoyando al PRI a cambio de concesiones para sus miembros. Estas concesiones eran, de nuevo, paliativas, traduciéndose en mayores oportunidades para el ascenso social individual más que en mejoras colectivas materiales, mucho menos en democracia sindical. Ya tomando en cuenta la inflación, por ejemplo, el sueldo de los maestros no alcanzó sus niveles de 1921 hasta principios de los años 1960, durante los tiempos cruciales de la expansión educativa, lo que permitió al Estado contratar a tres maestros por el precio de uno. En vez de aumentos y otros beneficios exigidos por los maestros disidentes en los años 1950, la SEP ofrecía oportunidades para el desarrollo profesional que correspondían a una paga individual basada en el mérito. La participación del SNTE en cuestiones académicas —tan mal vista por los tecnócratas como un estorbo a la eficiencia educativa— iba de la mano de esta dinámica. El SNTE garantizaba, guiaba y dirigía las oportunidades para el ascenso social para controlar a sus bases. Estas oportunidades, sin embargo, estaban en las ciudades, en gran medida porque ahí estaban las instituciones certificadoras, pero, más importante aún, porque ahí estaban los empleos mejor pagados.

Es en el marco de estas tres dinámicas estructurales —la construcción de escuelas sin desarrollo rural, el apoyo a la agroindustria a costa de la economía campesina y la lógica corporativista del gasto educativo— que debemos entender a las normales rurales y su cuerpo estudiantil consistentemente politizado. La economía política del México que se urbanizaba etiquetó a las normales rurales como reliquias del pasado, inclusive cuando ofrecían oportunidades cruciales para que los estudiantes navegaran las contradicciones del desarrollo nacional. Para tener esa oportunidad los estudiantes debían luchar: debían luchar para asegurarse recursos materiales, para asegurar que las escuelas rurales siguieran siendo escuelas para los pobres y para prevenir la reducción de plazas para los estudiantes entrantes. Lejos de ser algo estático, sus marcos de lucha cambiaban con cada década que pasaba y adquirían nuevas dimensiones arraigadas en la Revolución mexicana y en los cambios estructurales realizados por Cárdenas, impulsados por las batallas subsecuentes por preservar los elementos populares de la Constitución de 1917, recibiendo nuevo ímpetu de los ideales antiimperialistas y socialistas de los años 1960 y comprometidos con las luchas guerrilleras de los años 1970.

[...]

Tres años antes de que los 43 desaparecidos se convirtieran en un símbolo mundial de la violencia del Estado y del narcotráfico, la policía mató a dos estudiantes de Ayotzinapa que, junto con sus compañeros, habían bloqueado la autopista México-Acapulco en diciembre de 2011. Los normalistas protestaban contra las negativas del gobernador de Guerrero a sus negociaciones anuales sobre los recursos de las escuelas. Los asesinatos sacudieron, pero no



Oaxaca, 2015. Fotografía de Thomas Aleto ©.

frenaron, a los estudiantes de Ayotzinapa, que cerraron su escuela en protesta y organizaron nuevas movilizaciones. Entre las mantas que prepararon las normalistas había una que mostraba las muertes de sus compañeros como parte de una larga historia de masacres campesinas. La imagen que dibujaron incluía varios cuerpos ensangrentados; además de los dos normalistas, los cuerpos representaban la masacre de Aguas Blancas de 1995, en la que la policía mató a 17 campesinos de camino a una manifestación, y la masacre de 1998 en El Charco, en la que los soldados mataron a once indígenas mixtecos que participaban en una asamblea comunitaria. La manta mostraba una silueta más, ésta con un signo de interrogación, una pregunta sobre el próximo escenario del terror de Estado.

Inclusive si este signo ilustraba hasta qué punto los estudiantes de Ayotzinapa se entienden como un grupo perseguido, probablemente nunca imaginaron la naturaleza ni la escala del ataque que ocurrió en Iguala la no-

che del 26 de septiembre y que detonó una condena nacional e internacional de largo alcance. Algunos de los sobrevivientes de ambos ataques sostuvieron que, si la policía hubiera investigado y castigado los asesinatos de 2011, los de 2014 quizá no hubieran ocurrido, o al menos no en forma tan cruda. Esta afirmación puede ser difícil de sostener, pero, junto con la manta de los estudiantes, refleja el agudo entendimiento de los normalistas sobre la larga relación entre protesta, violencia del Estado e impunidad. Ayotzinapa puso esta dinámica en plata para que la viera el mundo. Las movilizaciones que inspiró, a su vez, añadieron una nueva lección sobre resistencia a instituciones que, por un siglo, han hecho de la justicia para los campesinos un elemento constitutivo de su existencia. **U**

Este texto es un fragmento del libro *Lecciones inesperadas de la Revolución. Una historia de las normales rurales*, publicado por La Cigarra Editorial en 2023.

AUNQUE SEA DE MÁRMOL LA QUEMAN, AUNQUE DE AIRE LAS PALABRAS PERDURAN

Diana del Ángel

*Gracias a Inés Gallardo y Marisa Mendoza por sus palabras
Gracias a Evelia Bahena y su familia, siempre, por su apoyo*

I

El 27 de septiembre de 2023, un día después del noveno aniversario de la desaparición de los 43 estudiantes y de la ejecución extrajudicial de seis personas en Iguala, Guerrero, alguien subió un video a la cuenta de Facebook Api Guerrero. En los 39 segundos que dura la grabación puede verse a dos sujetos jóvenes, uno con *short* azul marino, playera de color claro, mochila y casco de motociclista y otro de pantalón de mezclilla y playera roja, arrojando piedras contra el memorial de Julio César Mondragón Fontes, quien fue asesinado en la madrugada, tras la desaparición de los normalistas. En el segundo diez, un tercer sujeto de playera amarilla y rostro encubierto se atraviesa enfrente de la cámara. No es posible distinguir las facciones de ninguno de los tres. Los dos primeros son los que toman entre sus manos grandes piedras y luego se impulsan para aventarlas contra la estela que sostiene una fotografía de Julio César, una placa y una cruz de mármol conmemorando lo sucedido. En el segundo veintitrés podemos ver que le prenden fuego y, pese a las risas de fondo, se escucha el crepitar del cartón y los restos de la ofrenda floral que habían dejado los estudiantes de la Federación de Estudiantes Socialistas Campesinos de México horas antes para recordar al Chilango.

Aunque no se ve el rostro de ninguno de ellos, por las voces se advierte a personas jóvenes, una mujer se ríe durante todo el video; otro se mofa de la expresión de Julio diciendo: “ya, ya, miren que ya nos vio enojado”. Más risas. Más piedras. En los pocos comentarios —apenas siete— que tiene el video, uno de los usuarios afirma que son motociclistas, otro lamenta lo sucedido y confirma que no son estudiantes. Sólo uno dice que [los normalistas] lo tienen merecido. El todavía subsecretario de Derechos Humanos, Alejandro Encinas, lamentó en su cuenta de X lo ocurrido; semanas después renunciaría a ese cargo para integrarse a la campaña de la presidenta electa.

Lo cierto es que ese memorial estaba un poco en el abandono. El 27 de agosto de 2015, en el marco de una manifestación que pedía justicia para los normalistas, se colocó una cruz de metal en el camino del Andariego, donde fue encontrado el cuerpo de Julio en septiembre de 2014. Marisa, quien era su pareja cuando lo asesinaron, había mandado a hacer la cruz negra que en el centro tenía escrito: "Yo desde mi estrella los puedo mirar, denme sonrisas para descansar". Mientras hacían el agujero para colocar la cruz, alguien lamentó que fuera de metal. "Es que aquí se la van a robar, mejor la hubieran mandado a hacer de madera". Así sucedió, no había pasado ni un año cuando nos avisaron que se la habían robado. Probablemente se la llevaron

para venderla por algunos pesos, supusimos. Este fue uno de los motivos por los que se pedía a las autoridades que resguardaran de mejor manera el sitio.

Un mes después, a petición de los familiares de los 43, se levantó un memorial para señalar los lugares donde fueron asesinados Julio César Ramírez Nava y Daniel Solís Gallardo, en la esquina de Periférico y Juan N. Álvarez, y una más en el camino del Andariego para Julio César Mondragón Fontes. Con el paso del tiempo, esos lugares fueron conocidos como "La estela". Se trata, en efecto, de una estela de concreto montada en un pequeño pedestal cuadrado, también de concreto, más angosta en la parte inferior. La que está dedicada a Julio César Ramírez Nava y Daniel Solís Gallardo



Memorial de Julio César Mondragón Fontes. Fotografía de Diana del Ángel.



Memorial por los 43 normalistas de Ayotzinapa en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, noviembre de 2014. Fotografía de Luis Alvaz ©.

tiene una placa con los nombres de los dos normalistas y de su base salen cuatro brazos dorados con las manos extendidas, como tendiéndolas hacia ellos. Un gesto de memoria. La que está dedicada a Julio César Mondragón Fontes tenía igualmente una placa, la fotografía de su rostro y una cruz de mármol en lugar de los brazos. En cada aniversario y cada protesta en Iguala, las madres y los padres de los 43 se detenían en estos lugares para dejar una ofrenda floral. Pero el resto del año quedaban un poco al descuido, sobre todo la dedicada a Mondragón Fontes que, por su ubicación, es la menos visible de las dos.

Mientras que la esquina de Periférico y Juan Álvarez es un sitio de paso constante y todavía residencial, el camino del Andariego es una calle de terracería, cuyo nombre no es de todos conocido. Se le llama así porque si sigues por él, llegas al hotel El Andariego. La penúltima vez que estuve allí fue en 2019, noviem-

bre. Iba en compañía de Marisa Mendoza, sus papás y Melisa, hija de Julio. Habíamos ido a presentar *Procesos de la noche* en el zócalo de Iguala y pasamos a dejar flores. Nada más llegar tuvimos que contener la respiración, porque justo enfrente del memorial se descomponía el cuerpo de una vaca bajo los rayos de sol del mediodía y una nube de moscas negras. Los adultos tratábamos de ignorar la escena y concentrarnos en el regalo floral y decirle lo que cada quien tuviera que decirle a Julio, pero Meli quería respuestas: ¿Quién mató a la vaca? ¿Por qué la mataron? ¿Cómo la mataron? ¿Por qué la dejaron allí? ¿La vaca está en el cielo? En ese entonces, Melisa tenía cinco años, la edad en que los niños preguntan lo mismo varias veces. Incluso ya cuando nos íbamos seguía preguntando y los demás intentábamos responder. Era inevitable pensar que esas preguntas relacionadas con la vaca guardaban una triste similitud con las que tenemos respecto

Enfrente del memorial se descomponía el cuerpo de una vaca bajo los rayos de sol del mediodía y una nube de moscas negras.

a su padre: ¿Quién mató a Julio? ¿Por qué lo mataron? ¿Cómo? ¿Por qué lo dejaron allí? ¿Dónde quedó la piel de su rostro? ¿Julio está en el cielo? ¿Quién? ¿Quiénes? Nadie.

II

En los primeros meses que siguieron a septiembre de 2014 era muy común escuchar que al menos las familias de los tres compañeros caídos tenían donde llorar y recordarles. Además de sus respectivos sepulcros, la función de estas dos estelas es tener un sitio para no olvidarlos y, gracias a la resistencia de las madres y los padres, es un lugar desde el que se sigue pidiendo justicia y memoria. Estas dos estelas fueron levantadas, a petición de las familias, en donde ocurrieron los hechos. A diferencia del Antimonumento apostado en la avenida Reforma de la Ciudad de México, que ha sido cobijado por la ciudadanía simpatizante con la demanda de justicia, las estelas son visitadas principalmente por las madres y los padres de los 43 y otras organizaciones sociales. No se han vuelto un ícono y eso es porque no están en el centro del país, sino en uno de los estados más golpeados por el crimen organizado.

Un monumento, por sí mismo, no implica memoria, es decir, puede estar allí, pero la gente no recuerda. Se requiere de un trabajo más allá de la propia construcción para mantener la memoria viva de los hechos que se busca no olvidar. “A ese muchacho lo fueron a tirar por allá unos días después, pero no tiene nada que ver con eso que pasó”, me dice el taxista cuando le digo que voy al monumento hecho para Julio. Intento explicarle que sí, que Julio también era normalista y que abandonaron allí su cuerpo un día después, incluso recorro a mencionar el desollamiento esperando que

eso le haga recordar. El señor, que ha vivido toda su vida en Iguala, no me contradice pero tampoco se cree lo que le digo. El camino del Andariego está a un costado de Periférico, en una zona llamada Ciudad Industrial —en algunos medios la llaman erróneamente Ciudad Judicial—; si bien no está en lo profundo de esa colonia, tampoco está a la vista. Alrededor hay terrenos baldíos y las construcciones apáticas de fábricas. El lugar perfecto para abandonar un cuerpo, el peor sitio para apelar a la memoria.

La idea de un memorial es hacer un espacio para el recuerdo, una isla frente al olvido. Uno va caminando y se encuentra con un antimonumento, con una señal, con un sitio que no encaja con el resto del lugar. Te detienes, te interpela, te preguntas, entiendes. Sin embargo, por su ubicación, el memorial de Julio César Mondragón exige que primero recordemos su existencia para defenderlo, para volver una y otra vez a dejar al menos el sudor por la caminata. Esa operación parece destinada al fracaso; no obstante, hasta ahora, las veces que se ha mancillado ese sitio donde se encontró a Julio también se ha restaurado de uno u otro modo.

A diez años de esa noche en Iguala, las familias de los compañeros caídos siguen esperando justicia. “Hemos continuado de acuerdo a nuestras posibilidades”, dice Marisa, quien actualmente es madre soltera de dos pequeñas. Porque hasta la fecha no hay responsables, ni se ha llevado a juicio a nadie por los delitos en contra de los tres normalistas. Melisa, que ahora tiene diez años, sigue sin saber la forma en que su padre perdió la vida. Por consejo de la

psicóloga que la acompaña, han optado por darle su espacio y, sin embargo, el fantasma del internet es un riesgo latente para Marisa. Julio sigue presente en sus vidas y esperan hacerle un pequeño altar en su casa. Como mujer, Marisa confía en que Dios la bendecirá con un buen hombre que se gane el cariño de sus hijas.

Doña Inés Gallardo, madre de Daniel Solís, me dice que no ha sido fácil, pues era el mayor de sus hijos, un ejemplo para los dos menores: un chico y una niña de diez años que hasta la fecha sigue extrañando a Dani. Para ella la vida cambió drásticamente, tuvo que dejar su trabajo como empleada de casa y poner una tienda en su domicilio, porque eso le permite asistir a las manifestaciones y reuniones. Por ejemplo, el 3 de julio de 2024 estuvo en la Ciudad de México porque tuvo una junta con el presidente Andrés Manuel. ¿Quién se queda a cuidar la tienda ahora? "Mi niña", responde. Las formas de tener presente a quien ya no está incluyen los sueños, por eso le pregunto si ha soñado a Dani y me dice que sí: "la última vez lo soñé bien, llegaba a la casa contento". Son formas del consuelo prodigadas por la psique.

Otro de los impactos ha ocurrido en su salud: "Yo casi no visitaba al doctor, y ahora, después de esto, voy que por la glucosa, que por la presión arterial". Y es que, aunque a Dani le quitaron la vida, "se queda viviendo uno por los demás", me dice Inés. Vivir por uno ya es difícil, pienso, así que entiendo que vivir por dos o 43 deteriore exponencialmente la salud. La falta de Daniel también impactó en su matrimonio: "Hasta nos divorciamos, nos separó el dolor", me comparte. Pese a ello, ha contado con el apoyo de su familia y sus vecinos.

Las familias continúan en busca de justicia, pero no de la misma manera. Marisa ha visto

en la docencia, en una escuela primaria, su forma de seguir adelante; mientras que doña Inés se mantiene trabajando junto con un sector de las madres y los padres de los 43. Cuando le pregunto a Inés si algún día sabremos lo que pasó, me responde: "Esto era en su momento, cuando estaba fresco todo. Ahorita ya con este gobierno, ya no fue fácil, ya borraron mucha evidencia, muchos culpables huyeron, algunos ya murieron".¹

III

El 15 de julio de este año volví a Iguala. Quería ver lo que quedaba de la estela de Julio. Las imágenes difundidas en los medios que reportaron la nota dejaban ver el hollín en la placa y los restos de la ofrenda floral quemada. El camino para llegar al memorial está franqueado por consignas a favor de los 43, pidiendo su aparición con vida. La estela ya no tiene los restos del fuego, sino que está pintada de color blanco grisáceo; en la parte inferior sólo quedó el pie de lo que fuera la cruz de mármol; en la parte superior queda el hueco donde debería estar el rostro de Julio. A un costado, tirados, están los restos de lo que fuera la corona de flores. Frente a ella me pregunto cómo conservar su carácter de memorial contra el tiempo. Sería necesario cambiar la ciudad entera: volver habitables los terrenos baldíos que lo circundan, remover el C4, la ferretería y la Coca-Cola. Con menor ambición pienso que una pequeña cerca, sembrar un jardín alrededor, podría ayudar a invocar la memoria.

¹ Hasta el cierre de este artículo intenté contactar a la señora Bertha Nava, madre de Julio César Ramírez Nava, pero no fue posible. Doña Inés me dijo que tampoco ellos, los padres y las madres de los 43, la pudieron contactar para que asistiera a esta reunión con AMLO (la del 3 de julio del año en curso); "la última vez que la vi no traía teléfono", me dijo.

Actualmente ambas cosas parecen difíciles de llevar a cabo.

El 27 de septiembre de 2014, la fotografía de Julio sin rostro fue la imagen de la desaparición de los 43; la ausencia de su piel señalaba, por sinécdoque, la de los otros estudiantes. El intento por destruir su memorial el año pasado es análogo a la infame y cobarde acometida estatal por exonerar al ejército y revictimizar a las familias de los 43. La gente de Iguala dice que alguien les pagó a los jóvenes que apedrearon y quemaron la estela de Julio, pero nadie se aventura a dar un nombre. Lo cierto es que esta tentativa por desaparecer el memorial es un gesto idéntico al desollamiento que buscaba despojar a Julio de su identidad. Quienes hayan sido usaron el mismo recurso:

subir la fotografía y el video a internet. Burdo pleonasma.

Si algo nos ha enseñado la impunidad histórica —al menos desde 1968, por poner una fecha— es que siempre nos quedan las palabras. La cruz que Marisa mandó a hacer probablemente fue fundida, pero nos quedan la descripción y la frase que ella imaginó para Julio; el memorial fue pasado por fuego, pero tenemos la posibilidad de invocarlo con el recuerdo de cómo fue construido, por quién y para quién. Los memoriales, monumentos y antimonumentos son la representación táctil de la memoria que algunos no estamos dispuestos a dejar ir; la fuente de esa memoria son las palabras libres. Vivos los queremos. **U**



Memorial temporal a los 43 desaparecidos de Ayotzinapa en Parque Castillo, Orizaba, septiembre de 2019. Fotografía de Isaac Vásquez (Isaacvp) ©.



Fotografía de Pamela Lugo, cortesía del Centro Cultural Universitario Tlatelolco.

POEMA

LOS ALEVINES DE LA PALABRA PADRE

FRAGMENTO

Jesús Bartolo

Para los desaparecidos de ayer y de ahora

6

Las casas de bajareque arden rápido,
en la memoria de los desplazados siguen quemándose;
por toda riqueza una muda de ropa y el llanto,
acordonadas por el ejército las familias dejaron sus pueblos:
Madre: el frío es aguoso y la esperanza un lodazal,
lo mismo que el camino y los rostros del desamparo:
los niños se aferran al gruñido de su estómago
y no entienden por qué atrás se queda la melodía del arroyo,
el alboroto de los pericos, el canto del pájaro perro:
el golpe de la lluvia y los hombres hincados en la cancha de basquetbol
con las manos atadas atrás de la espalda:
y yo: era un niño con manos temerosas
que no sabía atrapar camarones en el río,
pero sí historias con el tirabuzón de la imaginación,
que se quedaba sobre las piedras mirando la corriente
hasta que el sol me ponía cenizo como a un viejo chaneque
y temblaba de frío y miraba pasar a las torcazas
con sus augurios picoteándole en las alas, raudas rumbo a los cerros:
Madre: y a los conceptos *estudiante, comunista, universidad, ideal*
les sembraron toletes, balas, masacre y desaparición forzada
para que al *orden social* no se le moviera un ápice la conciencia:
Padre: y el mar de mi niñez se consumía mirando tu retrato:
tu foto era de un amarillo que raspaba
porque iba borrándote el rostro: aun así,
los alevines de tus facciones nunca se convirtieron en murgones,
las únicas grietas que conquistaron tu piel
fueron las que cuartearon el papel fotográfico que te contenía:
Abuela: entre ese ir y venir de los años: *retén, operativo,*
puesto de control multiplicaron sus zarzales y no hubo

bolso, nombre, parentesco que no auscultaran los cuerpos policiales:
Madre: paramilitar, boina verde, narcotráfico peinaban la serranía:
en cada matorral, ladera, monte, cueva, ranchería
dejaron la huella de su bota, vientres mancillados,
la llave abierta del lamento que no deja de gotear:
sospechoso, retenido, presentado, levantado, preso: preñaban las cárceles:
los nombres propios se hicieron números en una lista,
respiros agónicos y gritos desahuciados, rémoras del tiempo,
cansancio, historias apócrifas de dónde y cómo los habían agarrado,
mentiras sembradas para justificar la barbarie:
Madre: a ti te crecía la incertidumbre entre una galera y un penal,
y se convertía en agonía porque en la lista del presidio
y el campo militar no estaba su nombre,
desasosiego porque nadie te daba razón ni señas de mi *Padre:*
Abuela: en la penitenciaría estatal nadie recordó su fisonomía,
a la prisión federal nunca fue remitido decía el parte: *Madre, Abuela:*
un lago amargo se te hizo el corazón, duro el entrecejo:
una astilla se inconó en tu estómago:
gastritis nerviosa, dijo el médico: lo que él no encontró
es que te habías amputado a Dios del ánimo:

7

Padre: en los separos, todas las voluntades se parten como anonas:
las mujeres abortan de tanto toque eléctrico en la vagina,
de violentarles los esfínteres una y otra vez con botellas de Coca-Cola:
los esbirros saben cómo ahogar el brío,
degollar la valentía, desmembrar el coraje:
Madre: y qué hacer: las súplicas a un dios sordo
cuando te dan pocito, no fecundan:
Secuela, daño permanente, delirio de persecución: Abuela:
son la asfixia que paraliza en las pesadillas el sueño:
la carcajada del pasado que cierra la noche a los ojos:
la piel del insomnio cuando el preso político recuerda
el chirriar de la carne y siente el olor a quemado penetrarle los nervios:

Padre: la infancia amputada no retoña:
 el rencor tampoco es tierra fértil en los ojos de un niño,
 no importa que la desigualdad sea un lirio que abre sus flores
 y cunda con miserias el plato de comida:
Abuela: y qué hacer: *disidente o clandestino*
 era una flor que no se podía llevar en el ojal de la camisa:
 Cabañas, Rojas, Barrientos,
 Gámiz, Jaramillo, Ayotzinapa
 apellidos que convocaban mareas,
 vientos ampulosos, golpes que los santos
 ni la fe detenían: *Madre:* *FAL, M1 en la cabeza,*
bota rompiendo las costillas, tiro de gracia
 es la otra historia que, en las noticias, el régimen acallaba:
Abuela: la misma historia que ahora callan y se queda impune:
 Y yo: era un infante lombriciente sin tirria en la sonrisa
 que miraba apariciones y tenía la porción paterna mutilada del alma:
Madre: y la niñez se fue pudriendo como el río del pueblo:
 a los viejos pertenecía la memoria colectiva,
 también la muerte y las llagas de todo lo que cuento:
Abuela: "para que el olvido no se haga memoria
 [soplo] al viento estas palabras": púas de historia, siglos de sangre
 que bajan por las veredas, caminos reales, sendas
 para que se encajen tan adentro de los hombres: *Padre:*
injusticia, pobreza, iniquidad, hambre
 dejen de ser luz de esta sombra llamada: patria:

Estos poemas pertenecen al poemario *En las lágrimas de la abuela nunca retoñó un paquidermo* (UAEM, Toluca, 2015), que obtuvo la segunda mención del Premio Internacional de Poesía Gilberto Owen Estrada de 2014. En un libro anterior, *No es el viento el que disfrazado viene* (2004), el poeta ya escribía motivado por la desaparición forzada de su padre, Ausencio Bello Ríos, ocurrida tras su detención el 13 de agosto de 1974, durante la Guerra Sucia en Guerrero. Este año se cumplen cincuenta desde que Ausencio Bello fue sustraído por miembros del ejército mientras manejaba una camioneta de transporte público. Su cuerpo nunca fue encontrado y sus familiares no han recibido respuesta a sus interrogantes. Los poemas que presentamos aquí se reproducen con permiso del autor.

LAS MISAS CRUCIFICADAS POR AYOTZINAPA

ENTREVISTA CON LUIS ORLANDO PÉREZ JIMÉNEZ, S. J.

Sandra Barba

Los jesuitas han acompañado a los padres y las madres de los estudiantes desaparecidos de Ayotzinapa. Al celebrar misas en su presencia, como la ofrecida la mañana del 26 de septiembre de 2023, al caminar a su lado en las protestas, al comer con ellos, alojarlos, escucharlos y persistir, los miembros de esta orden muestran un sostenido compromiso con las víctimas.

Sandra Barba (SB): ¿Cómo te fue en la misa del 26 de septiembre de 2023 que ofreciste a los padres y las madres de Ayotzinapa en el Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro Juárez (Prodh)?

Luis Orlando Pérez Jiménez, S. J. (LOPJ): Soy abogado, y aunque no me encargo del caso Ayotzinapa, acompaño a los colectivos de mamás. En 2014, cuando desaparecieron a los 43 de Ayotzinapa, yo estudiaba teología en la Ibero, en el campus Ciudad de México. Cuando los papás convocaron, reunimos varios camiones para ir a marchar. Entonces me mandaron a la [Universidad] Javeriana en Bogotá. Me fui del país cuando había una marcha casi cada ocho días. De hecho, en mi Facebook me llamo "Compa Luis Orlando" porque en las primeras marchas los policías hicieron detenciones basándose en que las personas se llamaban unas a otras "compa", y varios agregamos la abreviatura a nuestro nombre en redes sociales en protesta. Lo que quiero decir es que, en 2014, me afectó mucho la desaparición de los jóvenes y luego, cuando regresé al país, me tocó convivir con los papás.

En 2019, ya me había tocado presidir la misa para las mamás y los papás de los 43 de Ayotzinapa. Yo llegué en enero de ese año a colaborar al Centro Prodh. En ese contexto, se instaló la Comisión para la Verdad y lo primero que me pidieron fue "acompañar a las familias a la instalación de la comisión" [el 15 de enero]. Para mí fue muy impactante ir a la Presidencia, con Sánchez Cordero, Marcelo Ebrard, el secretario de Hacienda [Carlos Urzúa] y el presidente. Era un momento de gran esperanza.

Las de 2019 y 2020 fueron “misas crucificadas”, llenas de dolor e indignación. Para mí, el pueblo humillado, golpeado, es la encarnación de Jesús de Nazaret, crucificado, que padece lo mismo. Jesús era un hombre bueno que fue torturado, golpeado por las autoridades...

SB: Asesinado...

LOPJ: Sí, finalmente ejecutado. Cuando estoy frente a los papás y las mamás de Ayotzinapa, para mí es estar frente a Cristo. Esa misa de 2019, mi primera misa crucificada —por la injusticia y la corrupción—, fue muy dolorosa. Tuve que hacer muchas pausas porque tenía a los papás y a todo mundo quebrado. Pero también fue una misa muy energizante; todos salimos con mucha fuerza. Pero después de nueve años llegamos decepcionados y cansados. Mi función, como presbítero, es hablar de Dios desde la esperanza porque Él siempre está ahí; Dios siempre ayuda, Dios siempre mueve. En 2023 me dijeron “tú no presides, va a presidir el padre David [Fernández]” y me quitaron un peso de la espalda. Luego él me comentó “pero yo quiero que tú prediques”... Me dio gusto porque era algo que ya venía pensando.

El evangelio según san Lucas (9:1-17) me pareció perfecto. El texto empieza diciendo que Jesús le da poder a los apóstoles para ir a predicar y a curar, que es algo que me remite al movimiento de búsqueda de desaparecidos en México. Ésta es gente que sale a los pueblos, a las ciudades, a instancias públicas e internacionales a dejar un mensaje de dolor, pero lleno de esperanza. Eso es lo que [los padres y las



Normalista en la marcha por la presentación con vida de los 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa, septiembre de 2022. Fotografía de ProtoplasmaKid ©.

madres de Ayotzinapa] han hecho durante nueve años: llevar la buena noticia a México, y ese mensaje ha llenado de esperanza a mucha gente más que busca a sus hijos.

Cuando empezó la misa, David preguntó por qué deseaban ofrecerla. Respondieron: “Que nos dé salud, que nos dé esperanza, que cambie el corazón a los perpetradores para que nos digan dónde están nuestros hijos; que nos sigan ayudando”. Siempre me ha conmovido mucho que las víctimas pidan por los perpetradores; me cimbra y me recuerda a Jesús en la cruz diciendo “perdónalos porque no saben lo que hacen”. Así he ido ganando profundidad teológica. ¿Qué quiero decir



Marcha tras diez meses sin los estudiantes de la Normal de Ayotzinapa, julio de 2015. Fotografía de PetrohsW ©.

con esto? Siento a Dios presente en las víctimas y cada vez aprendo más de Él a través de ellas, porque hay cosas que uno sólo entiende hasta que escucha sus testimonios.

Sentí a los papás y a las mamás de Ayotzinapa con mucho dolor, pero también con los pies en la tierra y muy cimentados. Como cura, lo puedo percibir. Una de las chicas que pasó a leer me dijo: "Ay, qué pena, se me iba el aire". Y es que estando junto al altar, es imposible ver el dolor y no quebrarse. De las tres misas en las que he estado con los papás y las mamás de Ayotzinapa, en ésta los sentí más enteros. Aunque sí se me acercó un papá y me dijo: "Duele mucho, padre, duele mucho". Nos abrazamos, porque frente al dolor sólo queda oponer solidaridad y cariño; convertir un sentimiento negativo en positivo mediante el dinamismo transformador del Espíritu Santo, que trabaja en todos y nos va moviendo.

En el evangelio de Juan (6:1-14), un niño es el que lleva los cinco panes y los dos peces. Es muy potente que sea un niño,

porque eran muy marginados en esa cultura. Que alguien tan débil ofrezca lo que tiene es todavía más poderoso. Eso es lo que yo veo en los papás de Ayotzinapa. No se han dejado corromper ni manipular; hablan con muchísima dignidad. Ése es el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Su fortaleza alimenta a quienes soñamos un México mejor. A mí me han preguntado de dónde saco fuerzas. Pues de la gente, de su lucha que nos alimenta a todos. Ése es el proceso de redención del que se habla en teología. Dios trabaja en ellos, Dios trabaja en nosotros; hay un intercambio de fuerzas positivas, inteligencias, recursos, relaciones. Usamos todo lo que tenemos al servicio del bien y de la justicia. En ese sentido, sentí la marcha [de ayer, 26 de septiembre] como un eco de la misa. Conforme caminábamos, pensaba: la eucaristía continúa; los gritos de los normalistas son salmos.

SB: Muchos ciudadanos sienten que no hay forma de conseguir justicia por parte del Estado. Hay una percepción general de pesimismo y

derrota. Pero al escucharte, los jesuitas y los padres y las madres de Ayotzinapa sienten lo contrario. ¿Cómo se convierte la adversidad en otra cosa?

LOPJ: Tener perspectiva histórica permite sopesar el asunto, y eso lo enfatice en mi homilía: hay que recordar a quienes se han solidarizado: instituciones, colectivos. El México de septiembre de 2014 no es el mismo de ahora. Gracias a los papás de Ayotzinapa hay un punto de inflexión en la lucha por la verdad y la justicia. Generaron un movimiento de esperanza. Todavía ayer había movilizaciones fuera del país y los papás recibieron cartas de solidaridad de Chile y Argentina. Ese amor nos permite decir que se está construyendo algo desde abajo: somos muchas más las personas que deseamos conocer la verdad que las que se oponen a ello. Cuando uno tiene el corazón agradecido es capaz de muchas cosas. Y ayer percibí el agradecimiento por todo lo avanzado. Estamos a muy poco de saber qué pasó. Ayer un papá [de los 43 de Ayotzinapa] decía en el templete: "Nosotros intuíamos todo esto, pero no teníamos cómo probarlo, ahora ya y estamos respaldados".

SB: ¿Intuían que la "verdad histórica" no era tal?

LOPJ: Que no era tal y quiénes estaban involucrados. ¡Ellos conocen Guerrero! Hay una inteligencia social que, a su manera, sabe e informa quiénes están involucrados.

SB: Quizá los periodistas estamos más atentos a cómo fallan las instituciones del Estado y nos concentramos en eso.

LOPJ: Ustedes se enfocan en el Estado, yo en la gente. Mi tesis doctoral gira en torno a las estrategias de movilización de las mujeres organizadas que buscan a sus hijos. Los diagnósticos siempre dicen que no hemos avanzado porque no hay perpetradores en la cárcel ni suficientes identificaciones en lo que respecta a los cuerpos. Todo eso es cierto y es muy grave, pero sí se ha hecho mucho: gracias a las mujeres organizadas sabemos que hay 52 mil cuerpos y restos humanos sin identificar; gracias a ellas, tenemos una ley (la de desaparición forzada), hay fiscalías, hay comisiones. Se está haciendo mucho. Los esfuerzos los impulsa la ciudadanía comprometida y consciente que, para mí, es el cuerpo místico de Cristo.

Escribí un texto titulado "Dios sale a buscar a los desaparecidos", porque eso me dijo doña Mari: "Si Dios sale a buscar a los desaparecidos, ¿por qué nosotros no?" Y yo me preguntaba: ¿de qué me habla doña Mari? Porque la oveja perdida es "el moralmente perdido". Pero cuando la acompañé a una reunión me quedé muy sorprendido de su interpretación. El primer buscador es Jesús, porque sale a buscar a la oveja literalmente perdida. La interpretación de doña Mari es literal. Además, en su experiencia, un párroco fue el primero que la ayudó; puso una alcancía para un santito y todo lo que caía era para la organización de María Herrera, Colectivo Familiares en Búsqueda, que estaba empezando a gestarse.¹

¹ María Herrera perdió cuatro hijos varones, entre 2008 y 2010, en los estados de Guerrero y Veracruz, en el contexto de la "guerra contra el narco". Es fundadora del Colectivo Familiares en Búsqueda. En 2022, presentó una petición contra

Así he ido retroalimentando mi reflexión sobre dónde está Dios, qué hace en el mundo y cómo trabaja a través de las mamás. Hoy en la mañana, pensaba en lo privilegiado que soy al servir a este pueblo que quiere trabajar; es decir, casi no hay que hacer nada. Ellos van adelante y uno va atrás. Yo sólo soy un testigo de la acción de Dios en el mundo. Cuando me ordenaron sacerdote pensé: la forma de hacer concreta mi fe y el evangelio es por medio de la lucha por los derechos humanos, porque éstos se relacionan con el evangelio. Para mí el fin no son los derechos humanos, sino anunciar la buena noticia de Dios de que podemos tener una sociedad menos desigual e injusta, sin discriminación.

Hay una justicia distinta, que es la del evangelio. La gente que lucha, las buscadoras, los papás de Ayotzinapa son evangelios vivos: predicán con el ejemplo, con acciones. No sé si ellos lo asuman como lo estoy verbalizando, pero esa impresión tengo cuando estoy cerca de ellos. Alguien me podrá decir: bueno, pero también tienen sus sombras. Sí, pero ése es el misterio de la encarnación de Dios en el ser humano. Jesús fue (es) un verdadero hombre: también sintió celos, ambiciones, el dolor de la traición. Las tentaciones de Jesús también las hemos conocido otros: el poder, la fama, la vanagloria. En los colectivos, hay conflictos y formas de conciliarlos. No son perfectos e igual se equivocan. Pero, en realidad, no deberían existir; el Estado tendría que cumplir su función. Si

muchas de las mamás, con baja escolaridad y sin recursos, encuentran a las personas, ¿por qué el Estado no va a poder?

SB: A los buscadores los ves como profetas; decías eso de doña Mari.

LOPJ: Claro, porque el profeta anuncia que Dios va a cambiar esta realidad. Los profetas siempre les hablan a las élites corruptas: “se están corrompiendo, se están desviando”, y siempre proponen alternativas. Las madres buscadoras en este país, cuando hablan, siempre están anunciando que es posible. Y tan es posible que no dejan de movilizarse y de encontrar. Al acompañarlas e ir las conociendo, uno dice: ya están en otro nivel de humanidad, donde son capaces de arriesgar la vida. Porque lo que hacen las mamás en este país es activismo de alto riesgo. Varias y varios han sido asesinados. ¿Cómo se explica que sigan en eso? Pues los anima un corazón compasivo, misericordioso, que descendió a los infiernos y fue resucitado con Cristo. Por eso digo que las mamás que buscan son el cuerpo de Cristo resucitado que busca el cuerpo de Cristo crucificado.

SB: ¿Cómo usan ustedes el evangelio para interpretar las acciones del poder?

LOPJ: Herodes estaba muy sorprendido del movimiento de Jesús, que es un movimiento social en sus inicios. Se pregunta: ¿quién es este señor?, ¿por qué hace esto un campesino sin prestigio, sin relaciones, nacido en un pueblo de Galilea? Por el impacto de sus acciones, tiene que ser un resucitado: “Debe ser Elías o Juan el

el Estado mexicano ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.



Ayotzinapa, marcha durante la visita del mecanismo de seguimiento, agosto de 2017. Fotografía de Ginnette Riquelme / CIDH ©.

Bautista, a quien le corté la cabeza y seguramente resucitó". El poder no entiende cuando la gente sencilla se levanta con dignidad.

En 2019, invitaron a doña Mari a Guajalajara y fui con ella. El foro lo organizaron dos investigadores de la Ibero León; había tres papás, nada más. Como al mes nos dijeron: "¡Ya somos como ochenta!". El colectivo empezó a hacer sus primeras acciones y lo primero que salieron a decir los políticos en la prensa fue: "¿quién los está financiando?, ¿quién los está manipulando? Debe ser un grupo opositor". El poder no entiende que la gente busque alternativas frente a la violencia que sufre. Lo mismo le pasa a Jesús en el evangelio. Hace dos mil años el movimiento de campesinos, mujeres y niños era tan mal visto que mataron a Jesús. El poder local temía que Roma mandara un ejército más fuerte y reprimiera con mayor dureza, así que, en una charla entre políticos, dicen: mejor matar a uno y aplacar la cosa. Pero la justicia de Dios resucita a Jesús de Nazaret, que sigue actuando a través del Es-

píritu Santo. Ahí es donde entra el dogma de la Trinidad. Jesús les dice: "Yo me voy, pero les mandaré mi espíritu", que es el espíritu de lucha, de que las cosas cambien.

SB: *En 2022 y 2023 los jesuitas han estado en el centro de todo: por un lado, siguen acompañando a los padres de Ayotzinapa y, por otro, dos miembros de la congregación fueron asesinados en Cerocahui. ¿Cómo vive la Compañía de Jesús este momento?*

LOPJ: Nuestra principal herramienta para renovar nuestro corazón y nuestras fuerzas son los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola. En ellos le pedimos a María y a Dios Padre que nos ponga con su hijo crucificado. Ignacio de Loyola tuvo esa visión: Dios lo ponía con Jesús, cargando la cruz. Nos resulta connatural, no me gusta la palabra, pero nos es connatural estar con los crucificados. Pedimos estar ahí y nos ponemos en marcha: queremos ir a donde están los problemas sociales más fuertes, a donde otros quisieran ir pero no pueden. Eso nos pone en situa-



Calcomanía pegada durante una protesta por la desaparición forzada de los 43 estudiantes de la Normal de Ayotzinapa, 2015. Fotografía de Padaguan ©.

ciones de riesgo, como estar entre los más pobres de Chihuahua, Veracruz, Chiapas o Chalco. Ir allí es estar con los crucificados de la historia. ¿Y por qué lo hacemos? Porque queremos bajarlos de la cruz, como Arimatea. Queremos sanar para poder llegar al Cristo resucitado, renovado; que ya nadie sea crucificado en el país. Ésa es la lucha.

SB: Muchas veces acaban ustedes crucificados...

LOPJ: A veces acabamos crucificados y lo asumimos, porque el sentido de nuestra vida es Jesús de Nazaret. Si a él, que era un hombre santo, bueno, noble, le ocurrió, también nos puede pasar a nosotros, que somos los pecadores llamados a seguirlo. Ahí está [el padre] Pro y mis hermanos de

Chihuahua, Javier Campos Morales, S. J., y Joaquín César Mora Salazar, S. J. Estaba fuera del país cuando los mataron y me dolió mucho. Me fui a ejercicios espirituales y medité el texto que relata cuando Herodes le corta la cabeza a Juan el Bautista. El grupo de amigos de Juan el Bautista va con Jesús y le platican: "Le cortaron la cabeza". Dice el texto que Jesús se turba y se marcha solo. Entonces, en mis ejercicios, yo me fui con Jesús a consolarlo, a estar con él, a sentir el asesinato de Juan el Bautista con él, que era lo que me acababa de pasar a mí: mataron a dos hombres buenos que conocía y quería; había pasado la Navidad de 2019 con ellos, en Cerocahui.

SB: El texto que elegiste para la misa, la multiplicación de los panes y los peces, se suele interpretar más literalmente: Dios nos dará de comer físicamente. Para el caso Ayotzinapa, ustedes hacen una interpretación distinta: lo que se ha multiplicado es la solidaridad. Y tú dices "yo soy testigo". Una parte de la sociedad ha perdido muchos significados simbólicos de la Biblia. ¿Qué significa ser testigo de Dios en los demás? ¿Qué representa para los padres de Ayotzinapa la multiplicación de los panes y los peces?

LOPJ: Dios se encarnó en el ser humano. Jesús representa a la humanidad; no es el macho masculino que nos han querido mostrar. No, no, no. Dios se encarna en lo humano y al hacerlo nos diviniza. La Biblia utiliza el símbolo "siete" para representar la totalidad. Cinco panes y dos peces. ¿Qué ponen ahí? Todo lo que había; todo lo que tenían. Pero al final sobran doce canastas, de donde comen todos, porque doce son las doce tribus de Israel, representadas por

los doce apóstoles. Quiere decir que cuando estamos cerca de Jesús y ponemos lo que sea que tenemos, alcanza para todos.

Y soy testigo porque los jesuitas contemplamos a Dios en la acción humana, es decir, nuestro trabajo está fuera del monasterio. Algunos pensamos que llevamos el monasterio en nuestro corazón. Por las noches hacemos examen de conciencia: ¿dónde estuvo Dios en mi vida hoy? Dios concreto, histórico, no el de las experiencias paranormales. No, no, no; buscamos su presencia en la historia concreta de las relaciones humanas. ¿Dónde vi a Dios hoy? ¿Cómo sé que se trata de Dios? Si algo nos genera esperanza, ahí está Él. Cuando sentimos claridad, luz, rumbo, paz profunda, estamos con Dios. Si en mi examen de conciencia siento turbación, tristeza, confusión, ése no es Dios, sino un movimiento que viene de mis heridas, de mis oscuridades y que tengo que examinar también. Entonces, para poder afirmar algo respecto a Dios, primero hacemos un examen de conciencia de nuestra historia y vida cotidiana. Una vez que pasa, no sé, un mes, leemos lo que habíamos asentado ahí. Entonces podemos sentir la presencia de Dios, pero también nuestro egoísmo, y así discernimos: ¿qué viene de mi egoísmo, de mis ambiciones, de mis deseos más banales y qué viene de Dios? Para nosotros, todo lo motivado por la generosidad, la compasión y la misericordia, sólo puede venir de Dios. Ahí está el misterio de Jesús, verdadero ser humano, verdadero Dios. Todos vivimos entre dos tendencias: el egoísmo y una pulsión más divina. Lo divino siempre es lo más humano. Por eso, cuando alguien es generoso, se le da gra-

cias a Dios, porque no soy solamente “yo”: es Dios, encarnado en el ser humano, quien me permite actuar así.

SB: Decías que la misa para los padres y las madres de Ayotzinapa iba a ser una misa muy íntima, de apapacho. Me gustaría profundizar en eso, porque nunca había escuchado que alguien calificara así una misa.

LOPJ: Es un momento íntimo, porque no hay prensa; sólo los acompañan sus amigos, por lo que pueden expresar lo que sienten de manera muy honesta. Y es de apapacho, porque se trata de la conmemoración del Día Negro, cuando desaparecieron a los muchachos de Ayotzinapa. Necesitamos abrazarnos y llorar juntos; apapacharnos, animarnos, consolarnos unos a otros y ofrecer el dolor y la esperanza a Dios. Los papás son muy creyentes, tienen una fe profunda, tradicional de las familias de las montañas de Guerrero. Mediante esa fe reconocemos que hay algo más grande y que no todo depende de nosotros. También necesitamos aceptar que nuestros límites son humanos y que cuando los alcanzamos esperamos que la gracia de Dios trabaje. Y trabaja. Porque Dios obra en el mundo, de forma tan sencilla como en la persona que se conmueve y lleva comida para los padres al plantón. La gracia de Dios trabaja a través de quienes les van abriendo puertas o se solidarizan.

SB: Después de todo lo que ha ocurrido con el caso Ayotzinapa, lo que ha permanecido es la solidaridad de la gente, pero ¿ustedes esperan que el Estado resuelva y ofrezca verdad y justicia?

LOPJ: Yo sí espero que el Estado resuelva y creo que los papás y las mamás de Ayotzinapa también. A pesar de todo, creemos que el Estado debe funcionar y creemos que puede hacer bien las cosas. El movimiento de derechos humanos le apuesta a que el Estado cumpla su función de acuerdo con los mínimos que hemos sugerido. Yo creo que sí es posible llegar a la verdad, porque hay gente buena dentro de las instituciones estatales y, otra vez, porque incluso la gente corrupta puede cambiar. Eso ya ha pasado; la esperanza cristiana también está basada en hechos concretos de la Historia. O sea, no es que estemos locos y creamos que por arte de magia pasan las cosas. No, no, no. La tradición nos dice que el hombre es capaz de cambiar. Yo sí creo que el Estado puede decirnos dónde están. Además, la solidaridad va a seguir y va a crecer.

SB: Te he leído decir que México está crucificado y enfermo. ¿Podrías explicarnos cómo y qué rol tiene en esto el caso Ayotzinapa?

LOPJ: En el evangelio, Jesús manda a predicar la buena noticia. Anunciar el reino de Dios en México significa que podemos acabar con la corrupción, con la impunidad, con la desigualdad. El movimiento de Ayotzinapa, al generar conciencia social, al atraer a tanta gente buena, crea una dinámica de sanación y de cambio. ¿Qué evidencia tenemos de ello? Toda la gente que estamos aquí. No nos conocíamos y ahora trabajamos juntos. Somos personas de distintas profesiones y procedencias socioeconómicas, de distintas instituciones, la sociedad civil que salimos a la calle ayer

[en la marcha]; mucha gente obrera y estudiantes pobres de normales rurales. El proceso de sanación en este país es como un antibiótico, que va curando poco a poco, porque al ver tanta generosidad, quienes no la habían experimentado se van sumando.

Además, estoy convencido de que muchos perpetradores, al ver tanta gente buena pidiendo un cambio, se sienten llamados a ser mejores personas. ¿Cómo se enteran las mamás dónde están sus hijos? En algunas iglesias hay buzones donde la gente puede dejar información de manera discreta. ¿Qué gente? Pues los perpetradores. Muchos están arrepentidos, pero no saben cómo salir de ese hoyo. Sienten mucha culpa y necesitan una estructura que los reciba. Lo hemos visto en las comisiones de la verdad de otros países. A mí me tocó ver en Colombia cómo los perpetradores (sobre todo los paramilitares, aunque también las FARC) les pedían perdón a las víctimas o a sus familiares, y cuando una víctima los perdona es el Cielo, es volver a empezar, es renovar la vida. Por eso creo que movimientos como el de Ayotzinapa van sanando a México al contagiarnos de esperanza. **U**

Esta entrevista fue realizada en septiembre de 2023. Luis Orlando Pérez Jiménez es sacerdote jesuita, maestro en Derecho Internacional de los Derechos Humanos por la Universidad de Essex y candidato a doctor en Ciencias Sociales por la University College London.

Póster turístico, ca. 1920.
India State Railways Bureau ©. ▶



ARTE

EL RASTRO DE LA SERPIENTE

CUADERNOS DE VIAJE

Maya Goded

Recorrí bosques, selvas, valles y desiertos de México y Latinoamérica, del 2018 al 2023. Estos viajes forman parte de una investigación que resultó en una video-instalación en colaboración con Rafael Ortega y Lena Esquenasi, producida por Elena Navarro, que se expuso en el Museo Amparo y que ahora es parte de su colección. Aparece, además, en un libro que publicará este año la Editorial RM/Ediciones El Mojado, editado por Ángeles Alonso Espinosa y diseñado por Cristina Paoli. Retraté a mujeres en resistencia que luchan por abolir la violencia de quienes irrumpen en sus territorios para ocuparlos; es una lucha que se encarna en la piel y el cuerpo femenino.

En el camino de regreso, Sonia me señaló el horizonte. "¿La ves?, ¿ves una serpiente en el horizonte?" Le respondí que no. "Ya las irás viendo cuando llegue tu tiempo. Se puede ver una serpiente enorme aquí en el desierto, yo la he visto. Salió del oriente hacia el norte de América, bajando por Latinoamérica, y se quedó aquí."

Sonia es defensora de su territorio ante las mineras de litio en Atacama, Chile. Ella se autodenomina intermediaria entre la naturaleza y el hombre.





Rosa, mi abuela paterna, nació en el campo en Cataluña y, junto con su familia, se fue a una pequeña ciudad obrera donde tuvo que trabajar desde los ocho años. Por su carácter rebelde la corrieron varias veces de las fábricas hasta que, a principios de la guerra, se afilió a las Juventudes Comunistas. Participó en la Guerra Civil como enfermera y, cuando perdieron, tuvo que abandonar Cataluña.

En el segundo barco que salió con refugiados, el cual zarpó de Francia hacia México, Rosa subió sola a los diecinueve años. En esos momentos no sabía que no volvería a ver a sus padres con vida. El Partido Comunista Español en México mandó a Rosa a Acapulco para que averiguara quién era un español anarquista que acababa de llegar de la guerra y que estaba entrenando a la policía del pueblo. Llegó al único hotel de la bahía, donde conoció a Ángel, y tuvieron cinco hijos. Mi padre fue el mayor, se llamó Félix.

Bolivia





Mujeres monte, mujeres pájaro, mujeres que son ríos me han acompañado en este trayecto como mediadoras del diálogo entre la humanidad y la naturaleza. Mujeres que hacen de la curación y los rituales de sanación un gesto personal y comunitario para convertirlo en un acto de defensa política de la vida.

“El camino amáutico para las mujeres es duro. Tienes que renunciar a muchas cosas personales porque tienes que apoyar en la sanación de las personas; tienes que viajar a lugares que están muy lejos; dejar a tus hijos, a tu madre. La espiritualidad, para nosotros, es vivir en familia: para mí, ese cerro que ves allá es mi abuelo; el lago Titicaca es mi madre; esa piedra es mi abuela; a ese río le asignamos o tiene un rol; por ejemplo, hay cerros que son sanadores de tu espíritu.”

Beatriz Bautista, amauta, filósofa aymara de Bolivia

Chile



"Yo me fui un tiempo, cuando todo esto se contaminó, y después vine a mi pueblo. Cuando me bajé del autobús, vi un pueblo todo seco. Me puse a llorar, pues antes era todo verdecito y toda la chacra bonita. ¡Vi mi pueblo muerto!"

*Gloria Palape Suárez, aymara
de Quillagua, Calama, Chile*





"¿Dónde van las mujeres cuando llegan las mineras? Se van a las ciudades, pierden su lengua, sus protectores, su tierra, sus cultivos: nos condenan al destierro; es el exterminio. Las mujeres son las últimas en irse, son las que viven la contaminación, la violencia, son las que se quedan sin agua. Cuando quieres acabar con un pueblo para poder explotarlo, primero tienes que acabar con todas sus mujeres."

*Beatriz Bautista, amauta,
filósofa aymara de Bolivia*

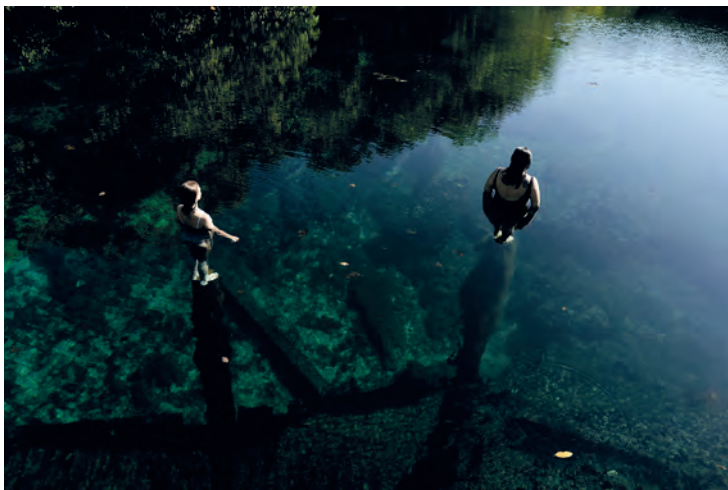


Yucatán

"¡No, no puedo!"

Fue lo primero que me salió al ver el hoyo en la tierra. María, mi hija, me dijo: "Es una gran oportunidad, ¿cuándo vamos a poder entrar a un cenote virgen? ¡Es ahora!"

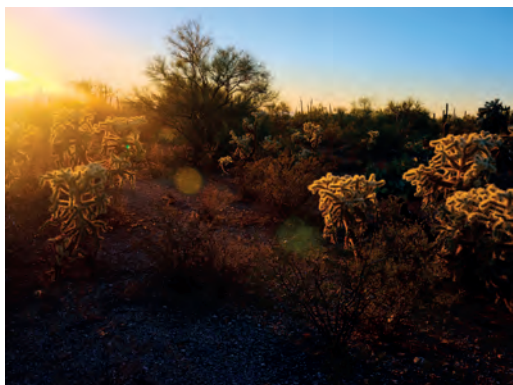
Ya adentro, en las entrañas de la tierra, una no quiere salir. Más cuando vas viendo la vida, los peces, la claridad del agua azul. La Dama Blanca se encuentra justo en el paso del tren. Hoy está tapado.





Mi abuela vivía en un pequeño pueblo de italianos en Long Island. Un día llevó a mi madre, cuando era chica, a una reserva de indios que la confrontó con otras formas de vivir. A partir de entonces, empezó a leer mucho sobre otras culturas y sobre viajes. Como mi abuela paterna, a los diecinueve años se vino a la Ciudad de México para estudiar su carrera en antropología, reinventarse y buscar una vida mejor. Aquí se enteró de una fotógrafa que trabajaba en la Lacandona. Viajó en autobús a los Altos de Chiapas con el proyecto de tomar fotografías y expandir su mente. Pero, igual que mi abuela, nunca regresó; conoció a mi papá y tuvo dos hijos: Canek, mi hermano, y yo, Maya.

Tucson



Sonia me dijo: "Vamos al útero de la Madre Tierra cuando bajamos al inframundo, de donde venimos genética y biológicamente. Ahí, el rastro de la serpiente me guio por el estrecho camino entre la vida y la muerte. Le pedí que me llevara hacia aguas profundas para poder beber de ellas y así reencontrarme con mis muertos, con mis ancestros, con mi memoria, con mi fuerza".

Zapotitlán, Puebla

"Es posible que tu memoria se haya extraviado, lo que te ha llevado a una búsqueda continua. Tú vas a ir recordando sola. Vamos siendo guiados sobre cómo vivir sin transgredir, sin extraer."



Panamá



"Nuestras antepasadas, herederas de los vínculos históricos con la naturaleza, luchan a diario por sanar las heridas ocasionadas de generación en generación, para proteger su relación con el cosmos. Así me apropié de la rueda medicinal, símbolo sagrado del origen del cosmos, la fertilidad y la Madre Tierra, para transformarla en mi propio mapa."

Sonia

"Es similar a lo que dicen los pueblos originarios del norte o de Sudamérica: surge una mujer curandera cuando te parte el rayo. Para mí, fue la partida de mi hija, pero, a partir de esa noche tan oscura, surgió otra mujer."

Yasmín, Iquique, Chile

Todas las fotografías son cortesía de la artista.

Póster turístico, 1932.
Intourist ©. ►



PANÓPTICO

CLAUDIO MAGRIS, VIAJERO INFINITO

Guadalupe Alonso Coratella



Acaso el mapa íntimo que trazamos a lo largo de la vida, con su orografía, sus ríos y sus fisuras, está relacionado con nuestras coordenadas de origen y nuestra pertenencia a un lugar. El escritor italiano Claudio Magris, quien se ha ocupado de indagar en la historia y los mitos de Europa Central, al tiempo que reflexiona sobre el viaje desde diversos escenarios, nació en Trieste, “una ciudad fronteriza que, en determinados años, fue ella misma una frontera”. Enclavada en el mar Adriático, Trieste marcó el destino de un joven cuyo itinerario ha transcurrido entre la literatura y el viaje: “Un triestino es especialmente proclive a ser un hombre sin atributos y a buscar en la literatura la identidad de la que se siente incierto”, dijo Magris al recibir el Premio Princesa de Asturias de las Letras 2004. Y añadió: “La escritura es también un continuo viaje entre dos verdades, la de la fuga y la de la batalla; un viaje a través del desierto y hacia una tierra prometida que no alcanzaremos, porque la verdad de la escritura es el exilio, estar fuera de la verdadera vida”.¹

El viaje del autor de *Ítaca y más allá* (1982), *El Danubio* (1986), *Otro mar* (1992) y *Utopía y desencanto* (1996), entre otras obras, comenzó con *El mito habsbúrgico en la literatura austriaca moderna* (1966), un ensayo relacionado con sus orígenes y que el escritor considera el libro de su vida. Durante una conversación en la ciudad de Guadalajara en 2014, y tras haber recibido el Premio

¹ Discurso del Premio Príncipe de Asturias de las Letras, 2004.

Claudio Magris. Fotografía de Maria Teresa Slanzi,
cortesía de Anagrama.

FIL de Literatura en Lenguas Romances, el gallardonado me comentó: "Trieste es una ciudad italiana que durante siglos perteneció al Imperio austrohúngaro. Estaba poblada por minorías eslovenas y por grupos que llegaban de varios lugares del mundo. Nuestros grandes patriotas italianos, incluso quienes murieron en la Primera Guerra Mundial, tenían apellidos eslavos, alemanes, griegos, hebreos. Cuando fui a estudiar a Turín, en 1957, la nostalgia me impulsó a la lectura de autores italianos como Umberto Saba e Italo Svevo. Poco a poco adquirí conciencia de algunos aspectos de mi ciudad que me habían pasado desapercibidos, entonces descubrí que para entender mejor ese mundo, para apropiarme de lo que había vivido, tenía que ajustar cuentas con el pasado austriaco".

El mito habsbúrgico en la literatura austriaca moderna fue el disparador de un periplo que lo llevó al binomio *viaje-escritura* que define gran parte de su obra, como puede apreciarse en *El infinito viajar* (2008): "El viaje-escritura es una arqueología del paisaje; el viajero —el escritor— baja como un arqueólogo a los diferentes estratos de la realidad para leer incluso los signos escondidos debajo de otros signos, para recopilar el mayor número posible de existencias e historias y salvarlas del río del tiempo, de la ola disipadora del olvido, como si construyera una frágil arca de Noé de papel aun siendo irónicamente consciente de su precariedad".²

Me encontré con Claudio Magris, como dije, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Me interesaba conversar, en especial, sobre el viaje, tema que le apasiona y sobre el cual ha reflexionado en diversos momentos. La idea le pareció atractiva. Nos vimos a la ma-

ñana siguiente en la terraza del hotel donde se hospedaba. Al principio, la charla giró en torno a los que él considera son los dos momentos de un viaje: la posibilidad de descubrir otras realidades y su función como motor de la escritura.

"Son dos componentes fundamentales, el viaje para descubrir el mundo, que es también el descubrimiento de uno mismo. No vamos de paseo para encontrarnos, pero nuestra personalidad define nuestro modo de ver el mundo, [nuestra] capacidad de convivir con los demás. No somos seres aislados, hay que mirar a los otros, abrirnos a nuevos valores, saber cuáles deberíamos aceptar y cuáles rechazar, pero conservando los nuestros. El viaje es la odisea en la que vamos en busca de nosotros mismos, no por amor narcisista, sino porque tenemos la capacidad de mirar a los otros. Hay ciertos lugares que nos hablan —y por lugares entiendo también a las personas, porque un lugar no es un paisaje desierto—, nos hablan porque conocemos lo sucedido allí. Otros permanecen mudos porque, en el diálogo, los límites del viajero y del encuentro mismo no siempre permiten la cercanía. El viaje es también el motor de la escritura, porque la literatura es al mismo tiempo un paseante y un contrabandista, más paseante que contrabandista. Descoloca fronteras y construye otras; se abre, se cierra."

En su prólogo a *El infinito viajar* (2008), Magris se refiere al viaje como algo que "siempre recomienza, siempre ha de volver a empezar, como la existencia. No por azar el viaje es ante todo un regreso y nos enseña a habitar más libre y poéticamente nuestra propia casa". Como referencia toma tres obras maestras de la literatura: la *Odisea* de Homero, donde el héroe vuelve para marcharse de nuevo; el *Ulises* de

² *El infinito viajar*, Anagrama, Barcelona, 2008, p. 19. A partir de esta cita, todas las demás refieren a este mismo libro.

Al revisar el conjunto de la obra de Magris descubrimos que la *Odisea* y *El Quijote* son dos viajes literarios que lo han acompañado.

James Joyce, un viaje concluyente; y *El Quijote*, en donde la muerte del protagonista afecta a los otros personajes: "Gran parte de la vida gira en torno al papel que en ella tiene la muerte, según sea arrinconada, temida, cortejada, integrada en la existencia. Cuando muere don Quijote, Sancho se queda triste, pero todo continúa tranquilamente, la sobrina come y el ama de llaves brinda; al final el mismo Sancho está sereno, como corresponde al fiel escudero de un caballero sin miedo".

Al revisar el conjunto de la obra de Magris descubrimos que la *Odisea* y *El Quijote* son dos viajes literarios que lo han acompañado. ¿Qué ha encontrado Magris en esas obras? ¿Qué es lo esencial de ellas, desde su perspectiva? "Son dos obras inmensas que contienen e integran el mundo", responde, "tienen algo en común y también son distintas en cuanto a cultura e historia, pero ambas siguen vigentes. Homero es más contemporáneo que Joyce, por ejemplo, porque el viaje en *Ulises* es circular. Leopold Bloom regresa a casa y, al final, se confirma su identidad. Han pasado muchas cosas, el Cíclope lo ha maltratado, la mujer lo traicionó, pero su personalidad, su deseo de ver al hijo, su melancolía, la fractura del matrimonio mismo todavía tiene algo de sagrado y él se queda en casa. El Ulises de Homero, en cambio, regresa a Ítaca, pero llega derrotado. En esa página, una de las más bellas jamás escritas, después de haber recuperado su poder, hace el amor con su esposa, veinte años después. Durante el coloquio conyugal, en la cama, él le dice: 'Debo partir de nuevo', y desaparece. En *El Quijote*

pareciera suceder lo opuesto. Él también sale, se va a caballo, no importa que su ruta sea corta. Al final regresa aparentemente herido. Ha recobrado el juicio, ya no cree en los molinos de viento. Es un final terrible porque Sancho Panza, que siempre lo ha desmentido, se pregunta: '¿Y ahora qué hago sin la princesa Micomicona, sin todo lo demás?' En este sentido, es una odisea terriblemente abierta porque te deja con el deseo de otra salida que no existe, que no puede ser".

El viaje más fascinante es un regreso, una odisea, y los lugares del recorrido acostumbrado, los microcosmos cotidianos, atravesados durante años y años, son un desafío ulisiano. —¿Por qué cabalgáis por estas tierras?, pregunta el alférez en la famosa balada de Rilke al marqués que avanza a su lado. —Para regresar, responde el segundo.

El escritor italiano también se ocupa de la aportación que puede hacer el viaje al conocimiento de la historia y de la vida colectiva. Para él, la historia no está hecha sólo de lo que ha sucedido, sino también de lo que no pudo suceder, de los ideales y las esperanzas que animaron las luchas de diversas generaciones, de las que marcaron el mundo y modificaron el curso de la humanidad. Resultan de especial interés sus reflexiones sobre el europeísmo y la lucha contra las fronteras. Al referirse al viaje como reafirmación de la identidad, Magris reflexiona sobre un mundo marcado por las migraciones.

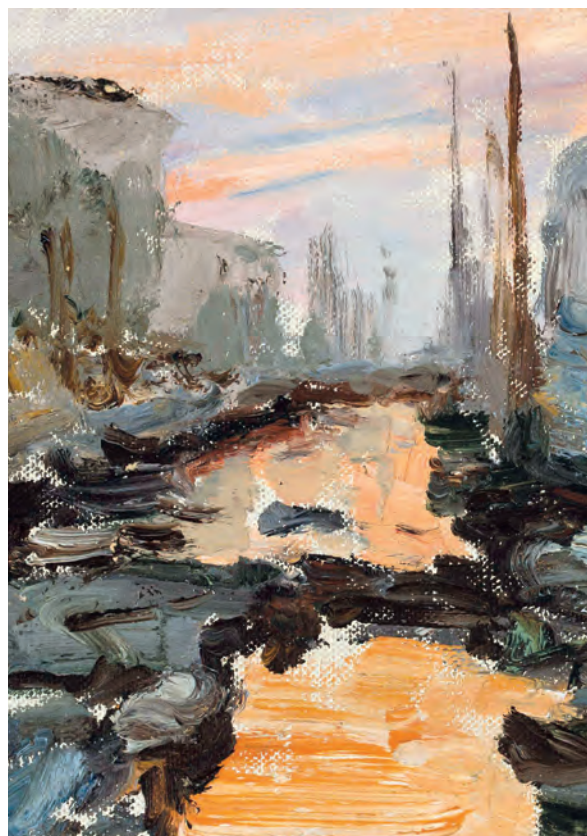
"Está el problema de la frontera, la nacional, la lingüística, la ideológica, la religiosa, la social. Las fronteras cambian no sólo a causa de las guerras y los acuerdos que las mueven; hay otras. Cuando yo era joven, la que me marcó fue la cortina de hierro, sobre todo en los primeros años de la posguerra. Nací en 1939. En

los años 47 y 48, de niño, iba por el Carso, una meseta fronteriza muy cercana a mi casa, porque Trieste es una ciudad pequeña. La cortina de hierro era la frontera infranqueable por excelencia. Detrás comenzaba el mundo de Stalin, un imperio amenazador, oscuro, inquietante; sin embargo, eran países que yo conocía bien porque habían sido parte de Italia hasta el fin de la guerra. Entonces, que del otro lado de la demarcación hubiera un mundo hostil, otro mundo, me causaba miedo, y esto fue importante para entender que la frontera es muro, pero también puente, que lo lejano está cerca.”

Pero no sólo los límites con Eslovenia lo impresionan, también “las fronteras invisibles que dividen a la población. Los migrantes que llegan de quién sabe dónde. No sabemos si viven libremente vendiendo sus cosas o si son traficantes. Al atravesar las fronteras es necesario abatirlas dentro de nosotros, pero también defenderlas”. A Magris le inquietan otro tipo de lindes: “Cuando existen fronteras morales, el verdadero problema es entender, sentir cuándo debemos abrirlas. A veces encontramos nuevos valores, diferentes de aquellos con los que crecimos, que nos provocan rechazo y que, sin embargo, deberíamos integrarlos. Pero también hay cosas inaceptables a las que tenemos que decir no. Hay usanzas, tradiciones, costumbres religiosas y sexuales por descubrir y otras que no podemos permitirnos”. Magris concluye citando a Todorov: “El problema del mundo hoy radica en unir un máximo de relativismo ético que nos permita encontrar las diferencias más alejadas de nosotros con un *mínimum*, un *quantum* no discutible de valores, poquísimos, pero no negociables, fronteras que debemos proteger y defender”.

La literatura también es una mudanza. [...] A veces es como si el viajero resurgiera del agujero negro de su personalidad y se quedase casi sorprendido de la dirección en que le llevan sus pasos, revelándole partes del corazón antes desconocidas para él.

El triestino ha dicho que en ocasiones se escribe para exorcizar un vacío, para buscarle un sentido a la vida, para luchar contra el olvido. “Se escribe”, dice, “con el deseo de salvar los rostros amados de la abrasión del tiempo, de la muerte”. En este punto de la conversación llegamos a un tema personal. Le pregunté si tendría inconveniente en hablar sobre una experiencia dolorosa: la pérdida de su pareja, Ma-



Jan Ciągliński, *Trieste. Del viaje a Grecia*, 1905. Museo Nacional de Varsovia ©.

risa Madieri, y lo que había representado ese viaje íntimo.

"Es difícil hablar de esto", respondió, "no me opongo a contestarle, pero es difícil. Se puede escribir de manera indirecta, metafórica, para entenderlo, pero digamos dos cosas: después de sucedida, la muerte significó convivir con una ausencia que fue parte constitutiva de mi vida. No significa, sin embargo, la inexistencia. Esto vale también para personas no tan importantes en mi vida —aunque me importan— como ciertos amigos, las personas amadas que contribuyen a hacer de nosotros lo que somos. Luego está la falta de esa persona, a veces más fuerte que uno mismo, y la experiencia del trayecto hacia la pérdida cuando aún no sucede, pero está por llegar. Y ahí depende mucho de la personalidad de quien está viviendo ese último viaje y cómo influye en quien lo acompaña. Estuve muy herido, no sólo en la parte afectiva, sino en la estructura de mi personalidad, porque cuando se atraviesa la oscuridad todo se vuelve peor. Experimenté miedos que no tenía."

A la orilla del mar [...] es donde se encuentra el dilatado aliento de la vida que nos abre a las grandes preguntas sobre el destino y el sentido del bien y del mal; el mar induce a confrontar las ambigüedades, invita a desafiarlas. En el mar inmortal, escribe Joseph Conrad, se conquista el perdón de nuestras almas pecadoras. En el mar nos desnudamos, nos despojamos de las asfixiantes defensas, nos abrimos a cuanto tenemos delante.

Los ríos y los mares son una metáfora recurrente en su obra. Pero quizá es en *El Danubio* donde se hace más notoria su tendencia a mirar y experimentar la vida y el viaje a través de las aguas. Cuando le pregunto sobre el uso de estas metáforas, responde: "El río tiene que ver con la temporalidad. El río nos va

llevando sin duda hacia un final. La cuestión es entender cómo será ese final porque en el viaje de la vida, en el *status viatoris*, el punto está en comprender si la desembocadura es simplemente un interrumpirse casual o si es un final en el que una vida puede terminar como en una novela: ya sea que se trunque a la mitad del camino o termine porque ha llegado a decir todo lo que tenía que decir. Creo que nuestro destino individual tiene que ver con las personas a las que amamos, con sus destinos, y también se entrelaza con otros destinos más grandes. No puede estar aislada del resto, sino que estará marcada por aquello que será mi vida en el momento de la desembocadura y lo que será el mundo en ese preciso momento. Es ahí donde está el juego. Y, naturalmente, la propia capacidad o incapacidad de vivir esa relación."

¿Y el mar?

"El mar es otra cosa, el mar no es tanto un devenir sino una presencia constante. Es un presente que lo contiene todo, todas las naves que han naufragado. Me gusta el mar extenso, el mar inmóvil en el que parece que no sucede nada. Ante lo inexorable de la vida, no obstante las tragedias que esconde, el mar restituye el sentido de la unidad. Debo decir que en los momentos más oscuros de mi vida, material y físicamente, el mar me ha permitido atravesarlos con menos dificultad." **U**

Este texto se basa en dos entrevistas de la autora con el escritor Claudio Magris. Ambas se llevaron a cabo en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en 2004 y 2014. Fueron publicadas, respectivamente, en el libro *Vías alternas. Conversaciones sobre literatura, periodismo y humanidades* (UNAM, 2011) y en el suplemento cultural *Laberinto* del periódico *Milenio*, el 30 de junio de 2018. Puede verse también el artículo "Tiempo y memoria" en esta revista (núm. 129, noviembre de 2014).

MI PASO POR NATURALEZA

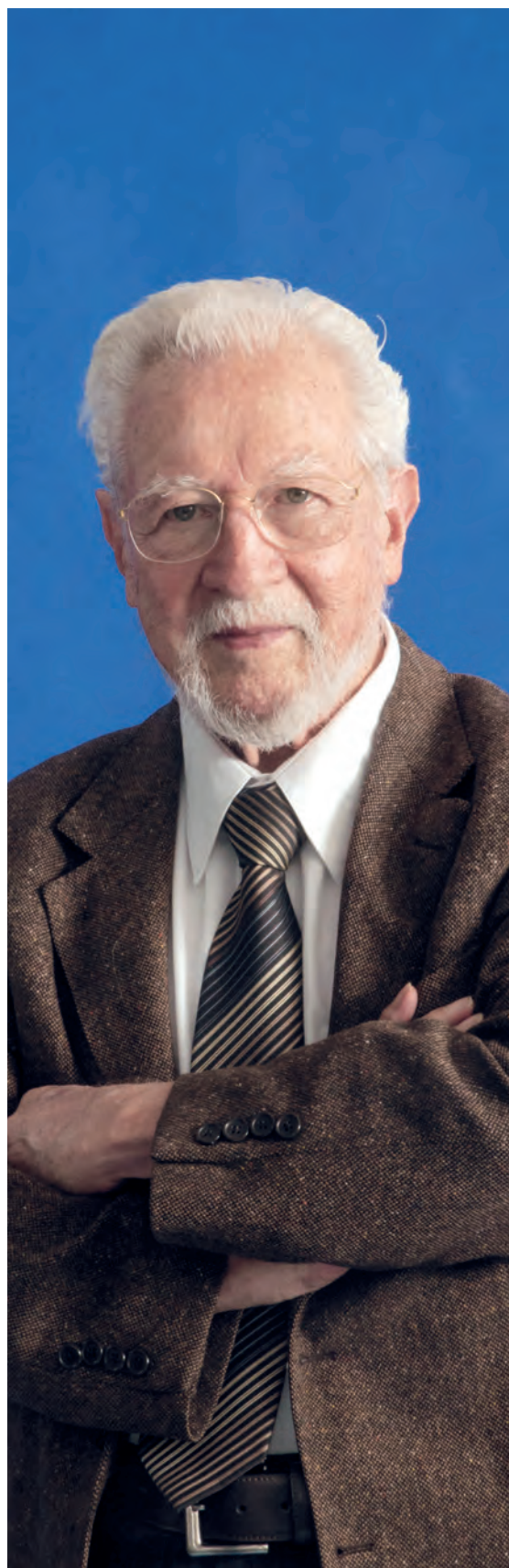
Alicia García Bergua

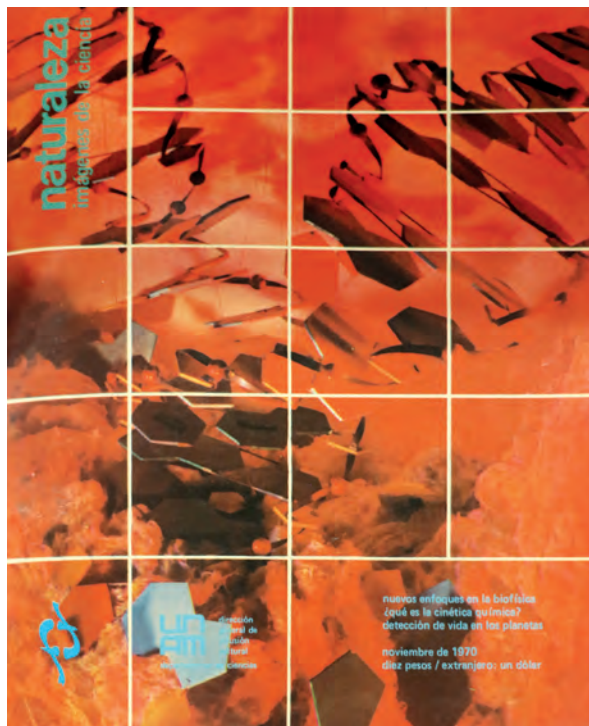
En 1966 el físico Luis Estrada Martínez fue nombrado director del *Boletín de la Sociedad Mexicana de Física*. Junto con sus amigos Jorge Barojas, Manuel Muñoz, Andrés Palacios, Sergio Reyes y Rebeca S. Juárez de Muñoz, decidió proponer la revista *Física* en lugar del boletín, y fundó la asociación civil para la divulgación científica H. Lorentz para resolver en forma independiente trámites fiscales y administrativos. Estrada tenía como modelo la revista *Physics Today* del Instituto Estadounidense de Física. En el comité editorial de la revista mexicana también se encontraban los físicos Juan Antonio Careaga, Jorge Flores y Fernando del Río Haza.

Poco a poco la publicación se hizo más independiente de la Sociedad, hasta que se escindió de ella en 1969 y se robusteció en contenidos y colaboradores. Durante ese año las actividades académicas enfrentaban dificultades para su realización debido al reciente movimiento de 1968; sin embargo, un año después, en 1970, el nuevo rector, Pablo González Casanova (a quien le interesaban mucho los nuevos métodos de enseñanza y las ciencias), creó el Departamento de Ciencias, adscrito a la Dirección General de Difusión Cultural, lo que redundó en que la revista contara con respaldo institucional y se ampliara el espectro de temas científicos abordados en ella.

Luis Estrada había realizado, durante dos años, su investigación doctoral en el Instituto Tecnológico de Mas-

Luis Estrada. Fotografía de Arturo Orta, 2016, cortesía de la Dirección General de Divulgación de la Ciencia, UNAM. ►





Portada de la revista *Naturaleza*, noviembre de 1970.
Fotografía de Javier Narváez.

sachusetts (MIT), y eso transformó su visión de la actividad científica. Se dio cuenta de que se necesitaba difundir el conocimiento científico no sólo para formar mejores profesionales mexicanos, sino que también debía fomentar en ellos una formación cultural más amplia que no estuviera reducida a su especialidad. A la vez, era importante que la población adquiriera más cultura científica, dado que del ciudadano promedio dependen muchas decisiones, tanto a nivel político como en la cotidianidad, por ejemplo, en lo relacionado con la salud y la alimentación.

Luis Estrada sabía que no sólo en física se estaban haciendo grandes avances, sino también en biología y en química orgánica, por lo que en 1970 *Física* se transformó en *Naturaleza* y así se pudieron abordar en la publicación temas de toda la ciencia natural. Además de ser director fundador de la revista, Luis Estrada fue nombrado en 1970 jefe del Departamen-

to de Ciencias de la entonces Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM, y así consiguió un incremento en el tiraje de la revista, por lo que ésta pudo llegar a una cantidad mayor de lectores universitarios y dejó de ser leída sólo por estudiantes de ciencias.

En un inicio la publicación fue mensual y, a partir de 1971, bimestral. Se integraron al consejo editorial Ariel Valladares, Salvador Malo y Servando de la Cruz. En 1975, el Departamento de Ciencias se mudó al número 26 de la calle Comercio y Administración, en la colonia Copilco Universidad. Fue entonces que me integré a su equipo editorial. Tenía veintiún años y era estudiante de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Elena Urrutia, que trabajaba en Difusión Cultural, me dio la opción de que solicitara trabajo en la revista *Fem* o a Luis Estrada. No es que no me interesara el feminismo, pero la ciencia ha sido desde siempre una de mis mayores pasiones. Fui a ver a Luis y me propuso que realizara trabajos de redacción que tuve que ir aprendiendo. Jorge Barojas, que estaba muy interesado en el cambio climático y otros temas ambientales, me hacía leer, traducir y resumir artículos de *La Recherche* sobre la revolución verde y los daños ecológicos de nuestros sistemas de producción. No tenía mucha idea de lo que estaba haciendo, es más, no escribía bien, pero me empeñaba en cumplir con lo que me encomendaban.

En 1976, el físico y escritor Fernando del Río Haza asumió la jefatura editorial de la revista y fue él quien me enseñó el trabajo que llevaría a cabo durante años. Se había doctorado en Estados Unidos, por lo que su idea de la edición era similar a la que se hacía en las publicaciones científicas estadounidenses. En- cargaba los artículos a especialistas, pero Fer-

Era importante que la población adquiriera más cultura científica, dado que del ciudadano promedio dependen muchas decisiones.

nando sabía que muchos de ellos no tenían experiencia escribiendo ni tampoco tenían cultura literaria, así que reescribía los artículos junto con los autores, pidiéndoles que aclararan conceptos y que utilizaran un lenguaje lo más llano posible. Incluso creó un instructivo para los colaboradores. Al principio yo no sabía hacer ese trabajo, pero con la paciencia de Fernando, y entre ensayo y error, llegué a lograrlo. Recuerdo un artículo sobre el blanqueamiento de los corales al que Fernando le hizo muchísimas correcciones. Y fue precisamente con sus correcciones que aprendí no sólo a editar, sino a escribir. Estas tareas colaboraron en mi formación como poeta, porque mi trabajo implicaba un continuo discernimiento sobre el lenguaje.

También participaba en las reuniones del comité editorial, que tenían lugar los martes. Por entonces yo estudiaba filosofía y leía a Kant, y escuchaba a los participantes sin entender mucho de lo que decían. No obstante, esas reuniones en las que casi no podía intervenir me hicieron muy consciente de mi ignorancia y me volvieron más crítica en una época en que las ideologías y ciertas teorías predominaban y oscurecían todo.

Más tarde Luis aumentó mi salario; a cambio, también me ocupaba de todo lo concerniente a la impresión. La revista se hacía en Imprenta Madero y allí aprendí muchísimas cosas referentes al diseño editorial. Era, por cierto, una época de gran efervescencia cultural y acudían a los talleres muchos encargados de importantes publicaciones. Además, ahí trabajaba el mejor equipo de diseñadores que formó Vicente Rojo, y yo tenía oportunidad de convivir con personas que más tarde serían mis amigos; a dos los integraría a la revista: Carlos López Beltrán y Marisela Bracho.

Pero me estoy adelantando un poco. En 1980, Luis, junto con todo el equipo de la revista y otras personas más, fundó el Centro Universitario de Comunicación de la Ciencia de la UNAM, que tenía su sede en Coyoacán. En ese entonces, ocurrió algo que muchas veces he considerado un accidente más que una recompensa meritaria: Fernando ya no quería ser jefe de redacción de *Naturaleza* y, aunque había muchos científicos que aspiraban a serlo, creo que Luis no quería que el proyecto se le fuera de las manos, pues estaba convencido de que la revista debía ser, ante todo, un bien cultural al servicio de una población amplia. Recuerdo que mi amistad con Luis se estrechó; me hablaba mucho de su idea casi medieval de fundar un lugar donde se cultivara la divulgación de la ciencia por distintos medios y donde personas con diferentes habilidades investigáramos cómo hacerlo. Era una idea novedosa que me maravilló; pensé que más que a la filosofía, quería dedicarme a esto que terminó llevándome a la escritura. Tenía por entonces veintiséis años y al Centro, que finalmente se fundó, se integró un gran equipo. La vitalidad de la conversación, la exposición de ideas, la convivencia y la guía de gente mayor, sabia e intuitiva, contribuyeron a la creación de trabajos espléndidos, como el boletín del Centro, *Prenci*, realizado por Alejandro Quevedo y Estrella Burgos.

En los ochenta se hicieron grandes descubrimientos, como el del código genético y su ingeniería, hallazgos astronómicos derivados del estudio cada vez más detallado del espectro electromagnético, avances en la física de partículas y en el estudio de la fisiología celu-

lar y hallazgos de restos fósiles trascendentes para la humanidad. Comenzaba la integración de todo el conocimiento científico y surgían desarrollos tecnológicos como la computación, los grandes telescopios y la microscopía electrónica. Se empezaron a descubrir datos importantes sobre la atmósfera terrestre y los ecosistemas de la Tierra, así como de las complejas relaciones entre sus seres vivos y la disponibilidad de recursos. El inmenso desarrollo de lo que ahora llamamos IA se gestaba entonces con el diseño de procesadores cada vez más pequeños. Se fueron descubriendo cada vez más aspectos de la evolución de los organismos, del origen de la vida, del comportamiento de los seres vivos y de la anatomía y fisiología cerebral; además, a raíz del sida, se estudiaron más las epidemias.

Naturaleza estaba en contacto con la mayoría de las revistas importantes de divulgación científica que se hacían en otros países y el Centro tenía una gran biblioteca, donde yo trabajaba. Además, la revista contaba con una sección de noticias que dirigieron, en diferentes momentos, Ana Luisa Guzmán, Carlos López Beltrán y Guadalupe Zamarrón. Había otra sección de comentarios sobre distintos temas científicos, incluso desde el punto de vista político, en la que colaboraban Fernando del Río, Ruy Pérez Tamayo y Salvador Malo. Fernando tenía una columna titulada "León Máximo", que era muy divertida y estaba bien escrita.

Se publicaban tres artículos por número. Hubo una serie maravillosa, asesorada por Servando de la Cruz, sobre cada planeta del sistema solar, sus atmósferas y elementos. Manuel Robert publicó varios artículos sobre biología molecular. Francisco Bolívar escribió sobre su logro al producir insulina artificial. Hubo textos sobre tectónica de placas, volca-

nes, termodinámica, neutrinos, radioastronomía, el observatorio de San Pedro Mártir, el microscopio electrónico de la UNAM, los temblores, la erupción del Chichonal, la tabla periódica de los elementos, el teporingo o conejo de los volcanes, las tortugas marinas que desovan en las playas de Oaxaca, los pájaros bobos, la enfermedad de Chagas, las mujeres científicas. Luis mismo redactó un artículo de física, "Del trompo y su proceder", que ilustró a lápiz de una manera excelente porque, además, pintaba y dibujaba. Por mi parte, escribí un artículo sobre el descubrimiento del fósil de *Australopithecus afarensis*, Lucy, llamado así en honor a la canción de los Beatles. Completaba la publicación una sección dedicada a los problemas ambientales, a cargo de Carlos Vázquez-Yanes y otra de fotografía científica a cargo de Agustín Estrada.

En total, se publicaron en *Naturaleza* alrededor de 375 textos, pero todo lo bueno se acaba y sucedió que quien estaba a cargo de la Dirección General de Difusión Cultural de la UNAM en el periodo 1987-1988 no quería que la revista estuviera ligada a la asociación civil H. Lorentz. Luis Estrada consideró que esto daría pie a que distintos grupos intentaran apropiarse de la revista, alejándola así del proyecto original. Buscó financiamiento para editarla de forma independiente, pero no lo consiguió porque eran momentos de crisis económica. Así, se hizo aún más difícil hacer funcionar la revista con el personal adscrito al Centro Universitario de Comunicación de la Ciencia ocupado en otras cosas. En estas circunstancias, y dado que yo era la jefa de redacción, mi trabajo ahí terminó, aunque después, en distintas épocas, he seguido trabajando en la redacción y traducción de textos de divulgación científica. U

COMO DOS COPOS DE NIEVE: LOS HERMANOS VONNEGUT

Elisa de Gortari

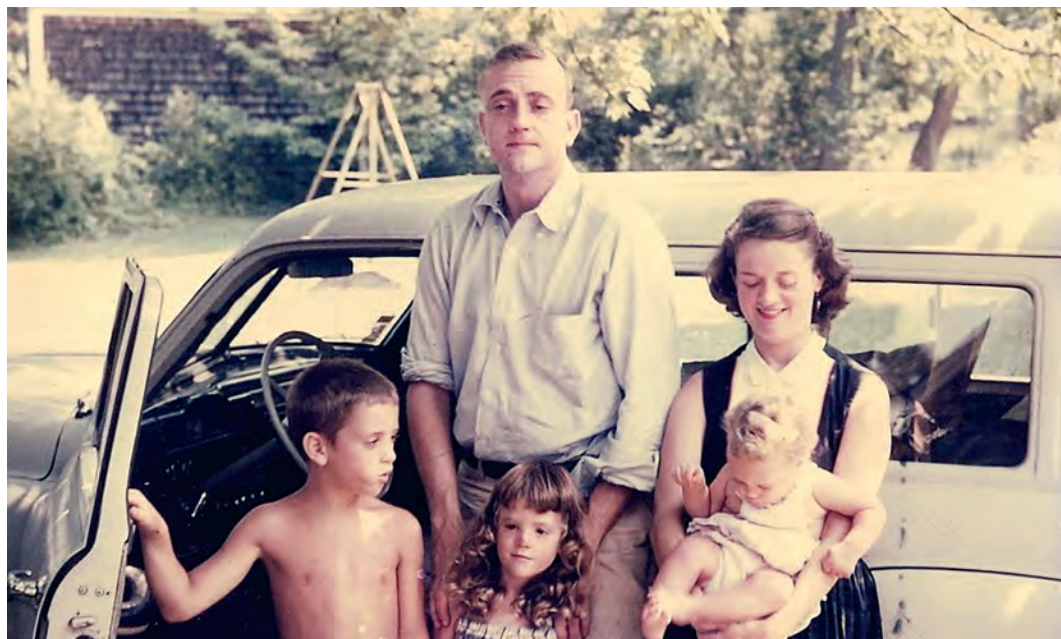
Reza el dicho que no hay dos copos de nieve iguales. Los patrones que forman las moléculas de agua al agruparse en cristales son tan variados que resulta en extremo improbable que se formen dos copos idénticos. Si los hijos que se parecen mucho a los padres son “como dos gotas de agua”, los hermanos disímiles bien podrían verse como “dos copos de nieve” que descienden de la misma nube pero tienen caracteres opuestos.

Esto lo sabía bien Bernard Vonnegut. Su vida “siempre ocurría conforme al plan”, escribió Ginger Strand en la biografía doble *The Brothers Vonnegut* (2015). Bernie, como le decían en la familia, fue un estudiante ejemplar que encontró desde muy chico su vocación en la ciencia. Tras doctorarse en el Instituto Tecnológico de Massachusetts, entró a trabajar en General Electric como asistente de Irving Langmuir, el primer químico industrial galardonado con un Premio Nobel.

Por aquel entonces, su hermano menor parecía una bomba de tiempo: Kurt siempre fue desordenado e irresponsable. Mientras el hijo mayor brillaba por su inteligencia, Kurt llamaba la atención en la mesa familiar con sus chistes. Aun así, su padre y Bernie creyeron que podría ser un científico capaz y lo presionaron para inscribirse en Cornell. La equivocación no duró más que un par de semestres: el entusiasmo que Kurt no mostraba por sus clases lo ponía, en cambio, en el periódico universitario, donde era jefe de redacción. Pronto abando-

Fotografía autografiada de Bernard Vonnegut. ►





Kurt Vonnegut con su esposa Jane y sus tres hijos, de izquierda a derecha: Mark, Edie y Nanny ©.

nó la universidad y se enlistó en el ejército; corrían los años de la Segunda Guerra Mundial.

Mientras Bernie analizaba la congelación de fluidos en los laboratorios de General Electric, su hermano tiritaba de frío en los bosques de Bélgica y Luxemburgo, en donde lo capturaron los nazis. En una carta fechada el 29 de mayo de 1945, Kurt contaba a su familia que había sobrevivido a la guerra de milagro. En cada escenario de su periplo como prisionero de los nazis, Kurt vio morir a decenas de compañeros por hipotermia, por hambre o por fuego amigo. “Pero no yo”, remataba en cada párrafo, en un anticipo de la cruel y cómica letanía “así pasa” que usaría años después en *Matadero cinco*.

Cuando volvió a los Estados Unidos, Kurt ingresó a la Universidad de Chicago para estudiar antropología y se casó con su amor de la adolescencia, Jane Marie Cox, una estudiante de letras eslavas que lo obligó a leer *Los hermanos Karamázov* durante la luna de miel. Cuando nació Mark, su primer hijo, la pareja descubrió que necesitaban empleos. Tras tocar

varias puertas, Kurt fue admitido en General Electric, como su hermano, pero en el departamento de relaciones públicas.

Por aquel entonces a casi nadie le entusiasaban las historias que Kurt escribía en sus ratos libres —ni a él mismo—, y sólo su esposa creía genuinamente que podría llegar a ser un novelista. “Estaba más convencida que él de que algún día se convertiría en un escritor célebre”, llegó a escribir Mark.¹ Mientras Kurt se desvelaba escribiendo cuentos que rechazaban las revistas literarias, Bernie participaba en una serie de experimentos para sembrar lluvia. Al principio, el equipo dirigido por Langmuir empleó hielo seco (es decir, dióxido de carbono congelado) para condensar la humedad del ambiente en gotas. Sin embargo, pronto Bernie dio con la sustancia que lanzaría el proyecto literalmente hacia las nubes: el yoduro de plata.

La lluvia no es un fenómeno tan sencillo como podría pensarse. Como explica Manuel

¹ Kurt Vonnegut, *Cartas*, Ediciones B, 2023.

Mientras Kurt se desvelaba escribiendo cuentos que rechazaban las revistas literarias, Bernie participaba en una serie de experimentos para sembrar lluvia.

Guerrero Legarreta en *El agua* (FCE, 2006), la humedad no se congrega en nubes por arte de magia. De hecho, bajo ciertas condiciones, un ambiente se puede saturar de humedad sin que aparezca una sola nube. Para que nazca una gota, hace falta una partícula sólida que sirva como núcleo de condensación: ya sea polvo, sal marina, polen o alfa-pineno,² sustancia que exhalan muchos árboles y que da su aroma característico a las pináceas. Además, la formación de nubes no se traduce automáticamente en lluvia. Para que esto suceda, las gotas en su interior deben crecer de unas cuantas micras a varios milímetros, lo que significa aumentar millones de veces su volumen.

El equipo de Langmuir notó que el hielo seco depositado en las nubes podía “ayudar” a que éstas soltaran en forma de lluvia la humedad que cargaban. Pero esta estrategia mostró serias limitaciones. Los resultados mejoraron drásticamente cuando Bernard usó yoduro de plata. Tras más de cincuenta vuelos de prueba fue evidente que esta sustancia podía “sembrar” las nubes y modificar los patrones de lluvias en una región. Al respecto, Ginger Strand escribió: “La siembra de hielo seco se limitaba a efectos locales. En cambio, la persistencia del yoduro de plata ofrecía la posibilidad de cambiar el clima”.

Cuando los periódicos descubrieron la siembra de nubes, las reacciones se dividieron entre la sorna y el temor. Al principio, algunos diarios se burlaron de que los científicos de General Electric “hubieran conseguido” que lloviera en Nueva Inglaterra, una de las zonas más húmedas de los Estados Unidos. Meses

después, los investigadores fueron incapaces de sofocar un incendio forestal en California bombardeando con hielo seco las magras nubes del estado.

La promesa de modificar el clima dejó de parecer una vacilada o un sueño de ciencia ficción cuando, a principios de 1950, Nueva York sufrió una grave sequía que obligó a racionar el agua. En la ciudad atravesada por el río Hudson, las albercas y los autolavados estaban cerrados. En medio de la emergencia, las autoridades contrataron a Wallace Howell, un meteorólogo de Harvard que había colaborado con Langmuir y Bernard. Su proeza no estuvo exenta de ironías: el primer vuelo que intentaría aliviar el clima seco de la región se canceló debido a la lluvia. Tras este revés, el 13 de abril, Howell y un piloto bombardearon las nubes con hielo seco y yoduro de plata, y a la mañana siguiente ocurrió un milagro inquietante: en plena primavera, nevó.

La “nieve de Howell”, como la bautizaron los periódicos, alegró y espantó por igual a la ciudad. En aquel tiempo, un reportaje sobre Hiroshima publicado en *The New Yorker* y firmado por John Hersey, dio a conocer a la opinión pública testimonios de las víctimas de la bomba atómica. Muchos presentían que el conocimiento científico avanzaba más rápido que la ética de los políticos. Esta preocupación puede resumirse en una sentencia que escribió Rüdiger Safranski en *El mal o El drama de la libertad* (Tusquets, 2000): “El mal comienza sólo cuando la conciencia se estrecha a pesar del conocimiento creciente”.

² Mia Frosch *et al.*, “Relating cloud condensation nuclei activity and oxidation level of α -pinene secondary organic aerosols”, *Journal of Geophysical Research: Atmospheres*, 27 de noviembre de 2011, vol. 116, núm. D22, s. p.

Por el contrario, los militares veían el invento de Bernard como una nueva oportunidad para continuar la guerra por otros medios. En un artículo publicado en *The American Magazine*, el contralmirante Luis de Florez escribió, a medio camino entre la advertencia y el deseo: “Debemos considerar la posibilidad de que el clima controlado por el hombre pueda ser un arma terrorífica”.

Sin embargo, los experimentos de Vonnegut y Langmuir perdieron fuelle en los dos años siguientes por tres factores: la dificultad para analizar con estadísticas sus resultados, el temor de General Electric a las demandas por los posibles daños de su invención y, sobre todo, la súbita falta de pilotos: cuando estalló la guerra de Corea, en 1950, no quedó nadie que pilotara los aviones hacia las nubes.

Pese a que la efectividad del sembrado de nubes ha sido puesta en duda, un asunto que se discute acaloradamente desde finales de los años noventa,³ varios gobiernos alrededor del mundo siguen teniendo el sueño de controlar el clima y hacer de las precipitaciones una cuestión de voluntad y presupuesto.

Por su parte, Kurt Vonnegut se inspiró en la siembra de nubes para escribir el libro *Cuna de gato*. Aunque publicó esta novela en 1963, desde que trabajó en General Electric concibió al personaje de Felix Hoenikker, el científico creador del hielo-nueve, una sustancia que solidifica el agua sin que su temperatura descienda al punto de congelación. Mientras que la personalidad de Hoenikker está basada en la de Langmuir, la idea misma del hielo-nueve retomó las explicaciones de su hermano Bernie sobre el yoduro de plata.

En *Cuna de gato*, como Hoenikker fallece sin explicar a sus hijos la finalidad del hielo-nueve, la Tierra corre el peligro de congelarse de polo a polo debido al abuso de este invento que contagia un estado de la materia. Aunque Kurt Vonnegut afirmó en *Matadero cinco* que nunca escribió una historia protagonizada por un villano, Hoenikker se comporta por momentos como el anverso de un héroe, más cercano a los antagonistas científicos de Batman o Spider-Man que a estos encapuchados.

En este sentido, Kurt Vonnegut comulga con Roland Barthes, quien criticó en *Mitologías* que Albert Einstein legara su cerebro a la ciencia. Para el francés, este gesto del creador de la teoría de la relatividad selló la idea de la mente científica como una máquina diseñada para resolver problemas matemáticos pero no dilemas éticos. No obstante, en *Cuna de gato*, Vonnegut evita hacer advertencias sobre los científicos desalmados y, en cambio, las hace sobre las personas que guardan secretos peligrosos. Más allá de sus extravagancias, el pecado de Hoenikker es no haber aclarado a sus deudos el objetivo del hielo-nueve: el verdadero riesgo no es que el conocimiento avance, sino que nadie pueda comunicar su importancia. Gracias a su hermano Bernie, Kurt comprendió que había dos clases de científicos: aquellos que saben por qué las gotas se precipitan desde las nubes y aquellos que, además, son capaces de comunicar el asombro de, por ejemplo, habitar un sitio irreplicable como un copo de nieve:

que, hasta la fecha, la Tierra
es el único lugar conocido
en todo el universo
donde llueve agua líquida. U

³ Roelof T. Buijntjes, “A Review of Cloud Seeding Experiments to Enhance Precipitation and Some New Prospects”, *Bulletin of the American Meteorological Society*, 1 de mayo de 1999, vol. 8, núm. 5.

NADAR EN AGUAS ABIERTAS, HACERLAS MENOS PROFUNDAS

Ricardo López Si

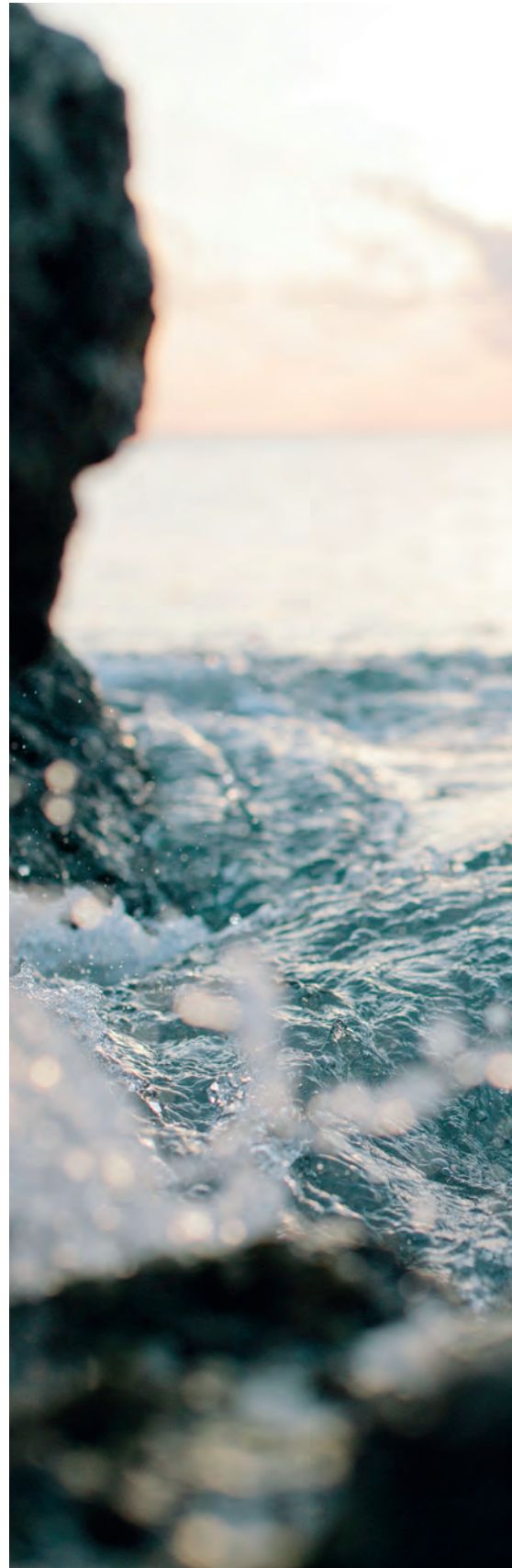
Lejos de las albercas techadas, donde el deporte mexicano vivió uno de sus momentos cumbre con el oro que el Tibio Muñoz ganó en la prueba de los doscientos metros pecho en los Juegos Olímpicos de 1968, el país se ha distinguido en el último medio siglo como una de las mejores canteras de nadadores de aguas abiertas en el mundo.

Esta tradición incluye a Jaime Lomelín, buque insignia y figura señera de la categoría; al tándem de Nora Toledano y Antonio Argüelles, integrantes del club que ha conquistado los Siete Mares —el canal del Norte, el estrecho de Cook, el canal de Molokai, los canales de la Mancha y de Catalina, y los estrechos de Tsugaru y de Gibraltar—; a Mariel Hawley, poseedora de dos récords Guinness vigentes —por su cruce cuádruple en relevo del canal de la Mancha y el mejor tiempo femenino en cruce a nado por el estrecho de Tsugaru, en Japón—; y a Diego Aragón, quien recientemente, a sus treinta y seis años, completó la vuelta a Manhattan para insinuarse como uno de los estandartes de la nueva hornada.

I. MÉXICO COMO TERRITORIO FÉRTIL

Nora Toledano, quien también es una gran entrenadora, toma el teléfono desde algún rincón en Tokio, Japón, después de haber acompañado a la nadadora chilena Bárbara Hernández en su incursión por el estrecho de Tsugaru, el último obstáculo para conquistar los Siete Mares. Dice que hay muchas razones por las cuales Mé-

Fotografía de Karl Fredrickson, 2017. Unsplash. ►



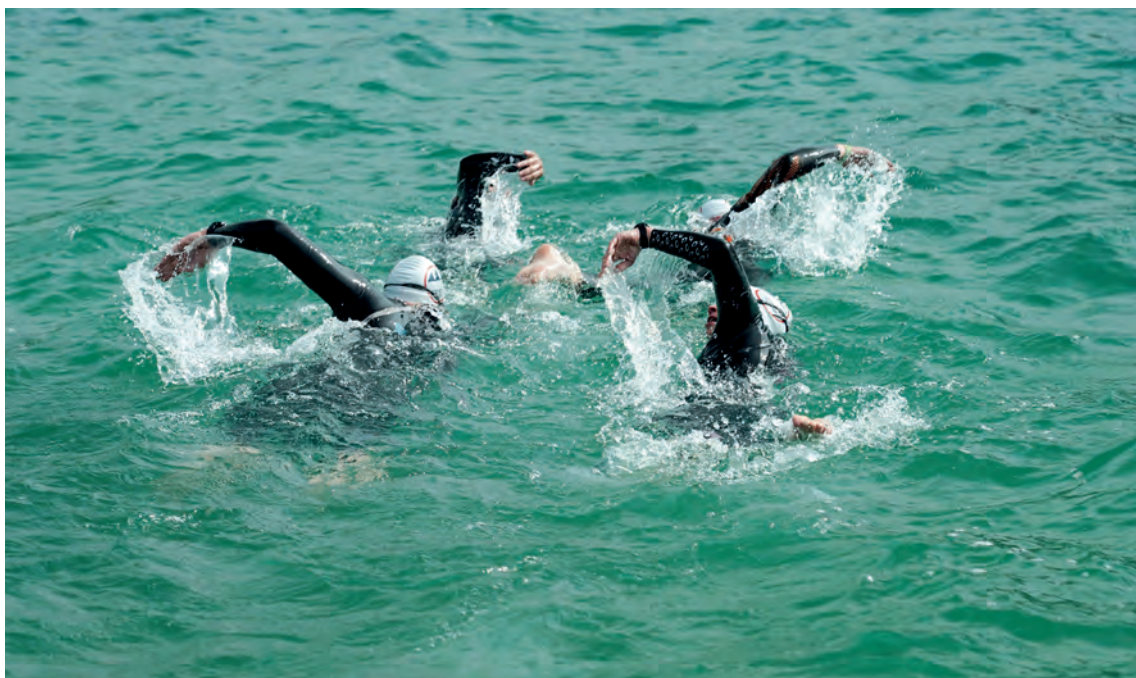
"Hay una gran diferencia entre nadar en él y con él. Cuando nadas con el mar, al unísono, en un solo ritmo, encuentras la armonía."

xico se ha convertido en territorio fértil para el desarrollo de nadadores de aguas abiertas:

una, que definitivamente en México contamos con mucho litoral marítimo y lagos donde se puede practicar este deporte: todo el litoral Pacífico, el mar de Cortés, el Caribe mexicano, el golfo de México. Otro factor es que se han incrementado mucho los eventos de aguas abiertas [en el país] y, con ello, la difusión que le han dado a nuestros logros a nivel nacional e internacional. La tercera te diría que es la genética. Creo que los mexicanos tenemos una gran tradición en los deportes de resistencia. Por muchos años en los Juegos Olímpicos destacamos especialmente en los deportes de aguante: ma-

ratón, caminata. Y, en ese sentido, claro que [el nadador en] aguas abiertas debería ser considerado un deporte de resistencia.

Es curioso que alguien con su hoja de servicio no esté del todo consciente de lo que ha logrado. Cuando se ve obligada a recapitular sus hazañas, repasa con modestia su presencia en la lista histórica de aguas abiertas, en donde se mantiene como la quinta mujer a nivel mundial y la primera latinoamericana en haber completado el reto de los Siete Mares. Hoy, en el mundo, sólo treinta personas lo han logrado. Se ríe con nerviosismo ante la magnitud de la evidencia. No le otorga demasiada importancia. Quedan muchos mares por nadar, dice. Quiere volver a cruzar el Bósforo, de Asia a Europa. No es una distancia demasiado grande, pero como viajera y nadadora tam-



Fotografía de Johanna Steppan, 2021. Unsplash.

bién se deja seducir por el romanticismo inherente a la aventura de nadar de un continente a otro.

II. TODO INICIÓ CON LA LEYENDA DEL TIBIO MUÑOZ

Veinte días después de la matanza estudiantil de Tlatelolco, con un pueblo en luto riguroso, Antonio Argüelles encendió el televisor en la casa de sus abuelos en Coyoacán; como millones de sus compatriotas, sería testigo de la hazaña del Tibio Muñoz en la Alberca Olímpica de la Ciudad de México, narrada por Agustín “Escopeta” González, de Televisa:

Se está colando, en el carril número cuatro, Muñozoooo... El Tibio Muñoz se está adelantando... El Tibio Muñoz en el carril número cuatro, es la locura, la medalla de oro para México. Sí, señores. El Tibio... La locura, la locura. La medalla de oro, la primera medalla de oro para México. No lo esperaba nadie. La locura, obsérvelo aquí, lloran, se abrazan, se felicitan, brincan. Hasta los mismos americanos, los representantes de la Unión Soviética, todos felicitan a México, los jueces invaden el carril número cuatro para felicitar al Tibio Muñoz. Qué carrerón. Una medalla de oro para el Tibio Muñoz. Ya era hora de que escucháramos el himno de México. Esto va a ser, dentro de unos momentos, la locura más grande.

Ante una clara posición de inferioridad respecto a los favoritos Vladimir Kosinsky y Brian Job, Muñoz, de apenas diecisiete años, remontó de manera espectacular después de los tercetos cincuenta metros para firmar uno de los hitos más grandes en la historia del deporte mexicano. En ese momento decenas de nadadores se inspiraron; entre ellos se asoma-



Fotografía de Susan Flynn, 2020. Unsplash.

ba un pequeñísimo Antonio Argüelles, quien con nueve años decretó que quería convertirse en nadador olímpico.

III. NADAR CON EL RITMO DEL MAR

Para Antonio Argüelles, Premio Nacional del Deporte en 2009, supone una contradicción muy estimulante pensar que en un lugar de viento, olas y mareas se pueda encontrar estabilidad y paz interior: “El primer paso es respetar el mar. En la medida en que tú entiendas, tengas clara nuestra insignificancia, aprendes a respetarlo y aprendes a nadar con él. Hay una gran diferencia entre nadar en él y con él. Cuando nadas con el mar, al unísono, en un solo ritmo, encuentras la armonía”.

En tanto, Mariel Hawley, responsable de inaugurar la ruta vikinga en el estrecho de Øresund, el canal de agua que conecta Dinamarca con Suecia, habla de mimetizarse con el

entorno y desgrana la simbiosis con una sentencia irrevocable: “Yo, cuando nado, quiero ser menos Mariel y mucho más mar”. El mar, asegura, “sana y cauteriza”.

IV. NADAR PARA VIAJAR

Nadar también es una forma de conquistar lugares. Ocho horas rodeando la isla de Manhattan supone una nueva manera de aproximarse a ella. Para Diego Aragón, cruzar la isla principal de Nueva York, el tercer escollo de la Triple Corona, fue una oportunidad para dejar atrás la “ciudad caótica, llena de edificios rascacielos y departamentos” e internarse en la ciudad de “bosques frondosos y parques naturales”. Manhattan tiene un punto que la hace especial: la corriente a favor permite imponer un ritmo de nado muy alto. Esto, a su vez, “te va dando cierta perspectiva de la ciudad que vas dejando atrás, con su arquitectura emblemática, mientras pasas por debajo de los veinte puentes que conforman la isla”.

En suma, nadar en mares, lagos y ríos significa rodear islas, coleccionar kilómetros, soportar el frío y el calor, ser indiferente a las rozaduras, pasar hambre, avistar focas y tiburones, sobrevivir a picaduras de medusas y aguamalas, atestiguar un amanecer, bañarse en un crepúsculo, cruzar estrechos y abrir puertas transcontinentales. Pero, en esencia, representa volver las aguas mucho menos profundas.

V. LAS AGUAS LITERARIAS

El día de hoy el gran rito de iniciación para todo aquel que busque abrirse camino como nadador de aguas abiertas es el cruce del canal de la Mancha. El punto de partida es en Dover, cuyos acantilados remiten, inexorablemente, a un pilar de la literatura en habla in-

glesa: Shakespeare. En su libro *Marea* (2023), Mariel Hawley, nieta de un oficial inglés que combatió en la Segunda Guerra Mundial y que por motivos estrictamente militares también cruzó el canal de la Mancha, lo relata así:

Estar frente al mar en la playa Shakespeare, esperando la señal del capitán Mike Oram para empezar el nado, será en sí un triunfo. No cualquiera tiene esta oportunidad, pues aun y cuando se trabaje arduamente para ello, ha habido nadadores que ni siquiera llegan a ese momento, ya sea porque su entrenamiento no fue el adecuado o bien porque el clima no fue favorable. Soy una persona muy afortunada por el solo hecho de estar esperando que suene la sirena del barco para correr hacia el agua y empezar la travesía.

Lord Byron parece haber compartido con Hawley el inusual entusiasmo por nadar en aguas abiertas. El poeta romántico nadó el estrecho de los Dardanelos, el antiguo Helesponto de la Grecia clásica, en 1810, e inmortalizó su hazaña en el poema “Escrito después de nadar de Sestos a Abidos”, donde desmonta el mito de Hero y Leandro con ese humor cáustico y nihilista que lo caracterizaba: “Mas desde que él saltó a las olas,/ de acuerdo con la incierta fábula,/ por amor a ella —Dios lo sabe—,/ yo brinqué al agua por la gloria”.¹ Byron, un poeta inglés, marcó el camino que luego Hawley, Toledano, Argüelles, Aragón y tantos otros mexicanos habrían de seguir. **U**

¹ Versión de Víctor Manuel Mendiola, publicada en *Laberinto*, de *Milenio*, el 3 de abril de 2024.

Póster turístico, ca. 1920.
Dirección General de Turismo ©. ►



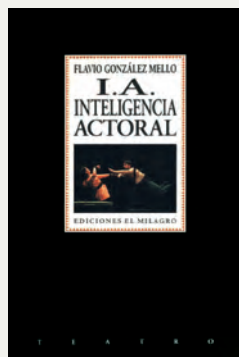
CRÍTICA

I. A. INTELIGENCIA ACTORAL

FLAVIO GONZÁLEZ MELLO

A FAVOR DE LA DUDA

Juan Villoro



Ediciones El Milagro,
Ciudad de México, 2024.

“Todo el mundo es un teatro y todos los hombres y mujeres meramente actores”, dice Jaques en la comedia de Shakespeare *As you like it* (*Como gustéis*). El antropólogo Roger Bartra lo demostró de forma impecable cuando fue invitado a hablar en la última función de *El filósofo declara*. En vez de pronunciar elogios de rutina, el autor de *El salvaje artificial* agregó otro acto a la obra. Con las libertades que concede la memoria, recupero lo que dijo aquella noche: “Los intelectuales nos representamos a nosotros mismos en el teatro de las aulas”, comentó Bartra: “Yo soy más irreal que los actores que han visto en escena porque me dedico a especular; en cambio, ellos encarnan a alguien abstracto como yo. ¿Quién es más verdadero: el actor que vive como filósofo en escena o el filósofo que pretende interpretar la realidad?”.

Estas interrogantes recorren *I. A. Inteligencia Actoral*, extraordinaria pieza dramática de Flavio González Mello. La trama se ubica en un futuro de inquietante proximidad en el que los seres humanos pueden ser sustituidos por máquinas llamadas “reemplazoides”. Un director se dispone a montar *Hamlet* pero su actor principal lo traiciona con un argumento que no alcanzó a imaginar Shakespeare: prefiere hacer una película. El papel del desdichado príncipe de Dinamarca ha servido para cimentar numerosas reputaciones teatrales, pero ¿quién quiere ser actor cuando puede ser estrella? El protagonista no resiste la tentación de ir a África a participar en un bodrio de alto presupuesto en el que tendrá unas cuantas escenas. Para mitigar su deslealtad, propone ser suplantado por un reemplazoide de última generación, idéntico a él. El director no tiene más remedio que adiestrar al robot para llegar al día del estreno. Con esta premisa, González Mello emprende una brillante exploración sobre el sentido de la verdad en el teatro.

En el prólogo a la versión impresa de la obra, Bartra prosigue las reflexiones que animan su libro *Chamanes y robots* y retoma la provocadora especulación que Heinrich von Kleist lanzó en su ensayo *Sobre el teatro de marionetas*. ¿Hasta qué punto la conciencia ayuda a actuar? De acuerdo con Kleist, la marioneta se desempeña con mayor libertad porque carece de dudas, emociones y otros predicamentos de la men-

te. Al prescindir de la subjetividad, es más *genuina* en un sentido teatral: sólo desempeña el rol que se le asigna. Siguiendo este tren de ideas, Bartra comenta a propósito de *Inteligencia Actoral*: "Un misterio flota a lo largo de la obra: ¿tienen conciencia estos reemplazoides o son máquinas perfectas pero sin sensibilidad, que no se percatan de que son una persona?".

En la pieza de González Mello, el director dispone de un robot obediente que no necesita memorizar parlamentos porque los lleva en su memoria digital y cuenta con quince mil emociones precargadas. Sin embargo, desconoce la diferencia entre *ser* y *actuar*. El gran tema de *Hamlet*, la incertidumbre existencial, recibe un nuevo giro.

El teatro depende de jugar con los límites entre la persona y el personaje. Si todo el mundo es un escenario, ¿qué diferencia hay entre vivir y representar? De acuerdo con Luis de Tavira, Jean Genet resolvió el dilema en *El balcón*, donde un burdel sirve de foro para que los clientes representen viciosas profesiones. Uno de ellos encarna a un obispo con una autenticidad que supera a su modelo. La razón es sencilla: actúa de maravilla porque él sabe que no es un obispo. En cambio, el verdadero obispo carece de espontaneidad. La mitra lo desnaturaliza y lo somete a toda clase de protocolos y restricciones. La investidura es una camisa de fuerza; por el contrario, el vestuario permite al actor *ser en el otro*.

González Mello ahonda de manera apasionante en las diversas posibilidades de la simulación. El reemplazoide es un buen imitador pero eso no lo vuelve convincente. "No se trata de que seas perfecto, sino *verdadero*", le dice el director. El papel de Hamlet exige "tirarse al vacío". Este último comentario hace que el robot se disponga a subir a la azotea; el director lo detiene y le pide que no sea tan literal. "¿Qué esperas que haga?", pregunta el robot. "Cualquier cosa menos lo que yo espero de ti." Esta licencia para improvisar desata divertidos enredos. Mientras tanto, los demás actores demuestran que, también ellos, desempeñan dualidades: tienen un papel en la obra y otro tras bambalinas, donde ejercen la seducción y la intriga.

A medida que el robot se aproxima a los humanos, la mujer que lo programa se robotiza: se acuesta con él para "testar con sus reacciones" y con el actor que le sirvió de modelo para tener un "parámetro de prueba". El sexo funciona como un electrodoméstico.

Estamos ante un nítido retrato de la sociedad del tercer milenio: a medida que las máquinas aumentan su inteligencia, los humanos se embrutecen. Por ello, en *Inteligencia Actoral* el director defiende la in-



I.A. Inteligencia Actoral, montaje en el Teatro Juan Ruiz de Alarcón, 2024.

seguridad como principio creativo. El actor no puede moverse como las marionetas de Kleist ni tener la fría operatividad de una máquina. El sociólogo Richard Sennett aborda el asunto en su libro más reciente, *The Performer (El intérprete)*: “La vitalidad de una interpretación proviene de un halo de incertidumbre”, comenta. Cada representación debe ser única; no hay nada menos convincente que un actor que recita en forma maquinal. La sabiduría escénica deriva del modo “en que el intérprete modifica su interpretación”. En este sentido, el mayor artificio de la actuación es la apariencia de naturalidad. En la función número cien la actriz no debe reiterar sus emociones, sino simular que surgen por primera vez, lo cual depende de su reserva de indecisiones.

Cuando el reemplazo inventado por González Mello entiende este razonamiento padece un cortocircuito: conoce, al fin, el pánico escénico. Despojado de su coraza robótica, debe constituirse como actor. De la inteligencia artificial pasará a la actoral. “Denle una máscara a un hombre y dirá la verdad”, afirma Oscar Wilde. El sentido del disfraz no consiste en ocultar a la persona, sino en permitir que exprese la sinceridad que no se atreve a pronunciar. El obispo de *El balcón* habla, precisamente, con la franqueza de la máscara en un burdel convertido en teatro.

González Mello hace que el atribulado robot aprenda a actuar. El director le dice: “Tú entiendes al personaje mejor que cualquiera de nosotros [...] tú conoces lo que es esforzarte para estar a la altura de lo que los demás esperan de ti y no ser capaz de conseguirlo. Tú sabes lo que es

dudar todo el tiempo de ti mismo... lo que es ser y no ser a la vez. Todo eso lo sabes, porque lo *has vivido*. Es tu *experiencia*. Es tuya, única y verdadera”.

Gracias a esto, el reemplazoides entra en personaje y la obra es un éxito. Cuando el actor que le ha servido de modelo regresa ya nada es igual. Surge entonces otro enigma. Como las supercopias concebidas por Stanislaw Lem, los reemplazoides pueden ser más reales que los humanos e ignorar su condición artificial.

A riesgo de incurrir en un *spoiler*, me parece esencial discutir el desenlace de la obra. El epílogo lleva a una paradoja: en realidad, los actores han creado una conspiración para hacerle creer al director que una criatura de silicona puede encarnar a Hamlet. El tirano que pretendía manipular a sus súbditos ha sido manipulado por ellos a través de la actuación. Si los robots imitan a la gente, también la gente puede imitarlos.

Con calculado efecto, el epílogo revierte la lógica de los dos actos precedentes. Quien triunfa no es un robot, sino un actor representando a un robot. La cibernética aún se mantiene a raya, lo cual disipa el atractivo engaño que el espectador contempló durante dos horas.

Por lo general, el “efecto de distanciamiento” sirve para disolver la ilusión y revelar una verdad incómoda. En este caso, el baño de realidad tiene un componente positivo. Después de desplegar la amenaza de la inteligencia artificial, se demuestra que, a fin de cuentas, todo ha sido teatro. Así, el epílogo altera la verosimilitud construida hasta ese momento. Una delgada línea divide lo humano de lo artificial y González Mello toma partido por el sujeto que se confunde y no sabe qué hacer. Cuando Hamlet dice que hablará “mientras me dure esta máquina” se refiere a su cuerpo. En la era de la dominación tecnológica, González Mello apela al cuerpo del actor, alimentado de nervios, caprichos y vacilaciones.

Vuelvo al momento en que Roger Bartra subió a escena al término de *El filósofo declara* para hablar de la verdad en el teatro y señaló que, en un entorno de simulacros, donde la gente sigue modas y códigos preestablecidos, la actuación representa una reserva de autenticidad, tan real que nos hace sentir peligrosamente irreales.

Inteligencia Actoral resignifica la pregunta esencial del teatro: “ser o no ser”. Mientras los algoritmos prometen certezas a un *like* de distancia, Flavio González Mello apuesta por la duda.

Las máquinas están programadas para demostrar lo que “saben”, pero el arte se ocupa de lo que nadie sabe. **U**

NO SÉ LO QUE SOY PERO SÉ DE LO QUE HUYO: CRÍTICA DE UNA LITERATURA MEXICANA

GABRIEL WOLFSON

LA MATERIA DE LA LITERATURA

Christian Mendoza



Fondo Editorial de la
Universidad Autónoma
de Querétaro,
Querétaro, 2023.

En la introducción de *No sé lo que soy pero sé de lo que huyo: crítica de una literatura mexicana*, Gabriel Wolfson plantea no sólo su posición como crítico literario sino, también, las condiciones en las que suele ejercerse la crítica en nuestro país. Muchos de los textos recopilados fueron encargados por diversas publicaciones para indagar en libros de autores a quienes, confiesa Wolfson, no volvería a leer. Lo que conforma este volumen no es un canon legitimado por filias personales ni por necesidades editoriales o académicas. No obstante, la voz de Wolfson sí que contiene una metodología de lectura y de escritura crítica cuyos principios están delimitados por su rechazo a “la crítica que podríamos caracterizar como de hoja de sala o de catálogo” y a aquella que se refiere, campante, a las generalidades de cualquier libro “sin detenerse en los procedimientos, aun en las minucias específicamente textuales” de lo que supuestamente revisa.

Si, en primera instancia, Wolfson admite que ejerce la crítica casi siempre por encargo, ¿cuáles son, entonces, los mecanismos editoriales que dan forma a la literatura mexicana, más allá de la creación del texto? ¿Qué sistemas económicos y de legitimación crítica y académica se ponen en marcha para que los textos culminen en un libro? Esto se discute incisiva y ampliamente en la primera parte, titulada “Dos o tres generalizaciones”. Lejos de denunciar las corruptelas del medio, como el nepotismo y la dudosa solidez cualitativa de lo que se publica gracias a la buena posición de ciertos autores dentro de la institución literaria —si bien denunciar es una práctica urgente, se puede caer en la sátira fácil o, peor aún, no contar con un programa con miras al diseño de un sistema literario más justo—, Wolfson más bien analiza el campo de acción de la literatura para pensar cómo se escribe y se publica la literatura mexicana. Al respecto, articula algunas perspectivas interesantes, como que, en luminosas ocasiones, la iniciativa privada distiende campos editoriales entumidos por el oficialismo y observa una tendencia paradójica: los órganos estatales que proveen las becas de escritura y los tirajes de impresión alientan una práctica literaria “ex-

perimental". Es decir, con el apoyo del Estado pueden producirse literaturas arriesgadas, sí, pero también autorreferenciales, que no tienen mayor incidencia fuera de los aparatos que las financian. La reflexión de Wolfson se dirige a la materialidad de la literatura, esto es, a los textos manufacturados a partir de posturas estilísticas y a los soportes de la publicación, a veces cobijados por concursos, universidades y editoriales que han hecho profundos estudios de mercado. Con ello, apunta a que la crítica despierte de su ensimismamiento: la literatura es vista como un fenómeno más amplio que la clasificación de un texto como novela, poesía o ensayo. Para Wolfson, "publicar un libro es un asunto social" en el que intervienen, por supuesto, escritores, así como instituciones, editoriales y lectores, que tienen un determinado horizonte de expectativas.

Aunque no se encuentre compuesto por notas al pie de página, el aparato crítico de Wolfson activa el proverbial distanciamiento ante las polémicas y se aproxima a ellas con un temperamento que equilibra el sosiego y la provocación. El texto que lo demuestra es "Luego del fin de la nación", donde discute la propuesta de los autores mexicanos que mediáticamente han sido llamados "globales". Wolfson define lo que sería un escritor global a partir de las siguientes generalidades: "a) el escritor que escribe en varias lenguas, b) aquél cuya escritura es fácil de traducir a varias lenguas o a varios soportes distintos, c) el que se mueve con soltura por todo el mundo, d) el que recurre a personajes de distintas partes del mundo o que ubica sus historias no en una sola ciudad, y de preferencia en ninguna de su propio país".

Comparto la sospecha de Wolfson sobre las reglas del juego globalizado cuando pregunta qué ocurre cuando el bilingüismo de un escritor abarca, por ejemplo, el mixe y el español y no el inglés y el español, y qué sucede cuando se escribe en otro país no por privilegios académicos, como migrar a una región anglosajona para ocupar una plaza docente o realizar una residencia artística, sino por el exilio político. Wolfson, por supuesto, no apunta a la suspensión de estímulos que permiten la movilidad geográfica de los autores. Más bien, invita a complejizar las coordenadas bajo las que se piensa la globalización de la literatura. El ejemplo que propone es el de Juan José Saer: ¿por qué este autor argentino, que escribió siempre en español, aunque obligado a hacerlo desde otras regiones por adversidades políticas, sigue siendo leído como un escritor plenamente hispanoamericano y no como un novelista global?

Hace más pertinente esta disertación el que Wolfson anteponga el nacionalismo literario del siglo XIX mexicano a las propuestas emanadas del circuito de la literatura global contemporánea; entiéndase, el de las editoriales que pueden posicionar sus novedades fuera de los países donde producen sus libros, o bien, el de los autores que fluyen entre el inglés y el español, cualidad que facilita las traducciones de sus obras. El periodo decimonónico a menudo ha sido denostado por la crítica y la academia lo ha interpretado como la expresión de una ideología que sedimentó el patrioterismo. Si algo ha aportado la literatura global a la nacional es que las plumas locales dejen de atender temas "mexicanos" y reclamen un ejercicio de la imaginación más heterodoxo y flexible. ¿Esto sucede para absorber el prestigio del que esta práctica goza en el mercado o tiene su origen en un cuestionamiento hacia códigos estéticos imperantes? Una novela decididamente experimental como *Pedro Páramo* fue publicada con un tema mexicano en una colección llamada Letras Mexicanas. Anterior a este libro fundacional, el nacionalismo literario decimonónico no sólo privilegiaba a las vendedoras de chía y a los jaripeos, sino que también abonó a "la reconfiguración del concepto de lo literario: [implicó] replantearse qué era escribir, qué era ser escritor, para qué servía eso, a quién se dirigían los escritos, qué géneros eran más apropiados, de qué medios se valdría la distribución, etc.". Para Wolfson, estas discusiones serían muy productivas dentro de la llamada literatura mexicana global, para que en un futuro "no se descubra, con vergüenza, que ha seguido entregándose y entregando productos a la gran cadena de producción industrial".

La segunda parte del libro, titulada "El XXI", es un conjunto de prosas sobre literatura nacional contemporánea. Probablemente, hubiera sido preciso utilizar el mismo término de prosa para la primera parte, llena de juegos tipográficos, cortes de párrafo abruptos y paréntesis que interrumpen la disposición de la idea principal. Para Wolfson, entonces, ¿la crítica literaria es un género en sí mismo, al que también puede imprimirse un estilo? La respuesta es obviamente afirmativa, con el añadido de que este acercamiento a la escritura es similar al que él adopta en su ejercicio como narrador. Pienso en *Be y Pies* (Tumbona, 2015), en esas extensas e imposibles oraciones subordinadas y en la sostenida *in media res* de la trama. Por ende, no hay disociación entre crítica y literatura.

En la primera parte de *No sé lo que soy pero sé de lo que huyo*, los experimentos que mencioné anteriormente podrían tomarse como un gesto que abona a una especulación de talante teórico, y dichos atre-



P. Fumagalli, *El volcán Jorullo*, ca. 1820. Wellcome Collection ©.

vimientos en “El XXI” rompen, hasta cierto punto, el esquema de manual para reseñas. Por ejemplo, de un texto de Ignacio Sánchez Prado publicado en *Tierra Adentro* se desprende una larga discusión sobre el libro *Metaficciones*, de Rafael Toriz. Dichos devaneos no expresan debilidad argumental. Al contrario, justifican la incertidumbre que se experimenta tanto al escribir crítica y dar un juicio más o menos definitivo sobre una obra, como al leer el corpus que se presenta. Ya sea la literatura mexicana global o la que se encuentra plenamente situada en las regiones y los problemas del país, ya se trate de narrativa o ensayo, ¿es posible radiografiar el estado actual de la literatura de México, describirlo bajo los constreñimientos de por sí frágiles de la crítica? ¿No, acaso, las producciones literarias son tan diversas que el impedimento del crítico se da no sólo en catalogarlas, sino también en describirlas como una sólida muestra representativa de lo que es la literatura nacional de hoy?

En la primera parte de su libro, Wolfson hace un comentario profundo sobre la materialidad bajo la que la literatura se produce, y en “El XXI” analiza la materia prima con la que trabaja la literatura, esto es, el lenguaje. Sus textos, de por sí estilísticamente peculiares, se refieren por completo a la confección de la escritura. Para una novela como *Temporada de huracanes*, de Fernanda Melchor, el crítico evita la discu-

sión sobre su representación de la violencia. En cambio, disecciona el estilo directo e indirecto de la narración, la reiteración de adverbios categóricos y el protagonismo de la coordinación sintáctica simple para decir que dichos recursos estilísticos “entorpece[n] la esencial polifonía caótica del libro” volviéndola procedimental y un tanto efectista. En este segmento, a veces cansino por el sentido del humor de Wolfson, se apuesta por discutir la forma de lo que los escritores hacen: manipular las palabras.

En el tercer apartado, “México desde/hacia Hispanoamérica”, el autor comenta una antología y un libro colectivo. La antología está dedicada a Diáspora(s), un colectivo cubano que tuvo una discreta actividad en México, mientras que el libro discute un conjunto de estudios sobre las maneras en que se ha antologado la poesía moderna en español. Ambos textos son comentarios funcionales a los métodos para organizar antologías, pero fallan en dar cuenta de la posición de México dentro de la literatura hispanoamericana. El último eslabón, llamado “El xx”, resulta promisorio por la expectativa que Wolfson ya sembró respecto a sus habilidades como crítico de literatura actual. Ahí comenta nombres canónicos del siglo xx como Julio Torri, Francisco Tario y Josefina Vicens. Los ensayos sobre literatura contemporánea cumplen con el verbo que define al género; es decir, *ensayar*, ir a tientas. Desde esa incertidumbre ensayística, Wolfson logró establecer su visión sobre el presente literario, la cual he intentado describir anteriormente. Esta misma actitud define su lectura sobre narrativa clásica, aunque el ensayo que tienta su camino y pretende quedarse en los apuntes y no en las certezas autoritarias, pudo haberse encaminado a las alturas de un estudio crítico más académico, desde donde existen más oportunidades de desmontar ciertos vicios con los que se leen a los consagrados.

Aun así, es posible que el conjunto de treinta y cinco textos de *No sé lo que soy pero sé de lo que huyo* pueda desapegarse del nombre *Gabriel Wolfson* para ingresar a la colectividad de quienes estudian y ejercen la literatura. Ya sea en las aulas de los departamentos de lengua y literatura o para fines polémicos —actividad que, si es dirigida por el afán de razonar que tiene Wolfson, puede tener incluso relevancia histórica—, esta recopilación de páginas críticas evidencia una posibilidad a veces olvidada: las tomas de postura no son necesariamente violentas y pueden ser un pretexto para pensar, más allá de la rápida nota coyuntural, en torno a un ámbito tan prestigioso como la literatura mexicana. **U**

OTRO BOSQUE. MUJERES Y CUENTOS DE HADAS EN LATINOAMÉRICA

LOLA HORNER

DESAFIAR AL BOSQUE. LECTURAS Y REESCRITURAS ANTICANÓNICAS DE LOS CUENTOS DE HADAS

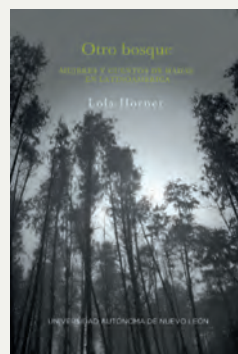
Liliana Pedroza

Desde la tradición oral, pasando por el tamiz de la literatura escrita y el de la industria cinematográfica, cada época dialoga a su manera con los cuentos de hadas. La apropiación, la resignificación o el rechazo de los símbolos contenidos en estas historias nos permiten asomarnos a los siglos que cada tiempo contiene. Es así como Lola Horner, en su libro de ensayos *Otro bosque. Mujeres y cuentos de hadas en Latinoamérica*, nos tiende un puente con los relatos de la tradición popular y la literatura contemporánea para establecer una conversación con el presente.

A través de cuatro cuentos de hadas —“Barba Azul”, “Caperucita Roja”, “La Bella y la Bestia” y “La Bella Durmiente”—, la autora nos adentra a su propio bosque, es decir, a una serie de experiencias vitales y lectoras con las que teje un entramado de fuentes populares que encuentran su forma literaria en Charles Perrault y los hermanos Grimm, que a su vez hallan eco en la obra de escritoras como Silvina Ocampo, Clarice Lispector, Rosario Ferré, Marina Colasanti, Luisa Valenzuela, Lina Meruane, Ave Barrera o Cristina Rivera Garza.

Como en un juego de cajas chinas, Horner toma elementos de los personajes de cuentos de hadas para enmarcar este paseo literario. En una reescritura o readaptación de “Caperucita Roja” o de “Hansel y Gretel”, los lectores acompañamos, en el camino iniciático y por sus obsesiones, a la niña Lola cuando atraviesa la espesura de la noche. En medio de la semioscuridad que produce juegos de sombras y dibuja seres siniestros, el jardín de la abuela se transforma en el bosque que le provoca curiosidad y terror al mismo tiempo. Desde este desafío, Lola adulta también nos advierte que en este libro no recorrerá el bosque literario por las rutas conocidas, sino que nos llevará a sus orillas, donde crecen y se desarrollan otras literaturas; esa escritura periférica que atraviesa ser mujer y habitante del sur global.

La elección de los cuentos de hadas le permite reflexionar sobre los roles que desempeñan los personajes femeninos en su oposición al orden establecido. La mujer de Barba Azul, por ejemplo, desobedece la



Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, 2023.

restricción de su marido al entrar a la habitación prohibida y Caperucita desoye las indicaciones de su madre en su trayecto a la casa de la abuela. La desobediencia tiene un castigo, es la advertencia de estas historias. El castigo a la sublevación puede ser la muerte. Esta narrativa que tiene a la violencia como eje desencadenante recae en la transgresión de las protagonistas y no en el maltrato o la condena desproporcionada que ejercen los personajes antagónicos. A través de este punto focal —un mecanismo de la narración nada inocente—, se justifican tanto las artimañas del lobo para engullir a Caperucita como que Barba Azul asesinara a sus anteriores esposas. En particular, Horner traspasa los márgenes de la lectura de los cuentos al plantear su relación con las historias de la vida cotidiana. En “Barba Azul”, por ejemplo, expone cómo el poder masculino se ejerce contra las mujeres mediante el castigo físico.

Las escritoras latinoamericanas como Luisa Valenzuela y Rosario Ferré, nos señala, utilizan estos arquetipos literarios para reinterpretar

y reelaborar a los personajes actualizando la historia. Desde una posición crítica, estas escritoras utilizan los recursos de la parodia o de la alegoría y son capaces de subvertir el poder simbólico de Barba Azul, así como de transformar el destino de los personajes. Al nombrar a Barba Azul desde el crimen, como lo hacen Cristina Rivera Garza en su libro de no ficción donde desenmascara al asesino de su hermana y el colectivo chileno Las Tesis con su canción-consigna “Un violador en tu camino”, se desarticula también la línea dominante del cuento tradicional que va del castigo a la desobediencia. En 2019, luego de que un grupo de mujeres saliera a las calles de Chile para realizar un *performance* en el que cantan con los ojos vendados y hacen sentadillas para representar la represalia policial que recién asolaba las protestas, cientos de mu-



Gustave Doré, *Barba Azul*, 1862 ©.

jeros más en Latinoamérica adoptaron esta canción como un himno, la adaptaron a sus propias realidades y durante las marchas feministas corearon el estribillo que le da la vuelta al relato de la violencia: “La culpa no era mía, ni dónde estaba ni cómo vestía./ El violador eres tú”. Si la responsabilidad de la violencia recae directamente en quien la ejerce y no en quien comete la insubordinación, esta falta de sometimiento a las normas pierde su carga dramática y, por tanto, deja de existir la enseñanza moral que se encontraba en el origen. Este ejercicio de lectura que propone Horner, donde la ficción y la no ficción se entrelazan, nos muestra no sólo las múltiples formas en que las figuras de Barba Azul y el lobo se reproducen en el tiempo, sino que, cuando esta narrativa se repite, la mirada lectora puede ser capaz de hacer sucumbir y transformar una realidad.

Por otra parte, en el caso de las historias de “La Bella y la Bestia” y de “La Bella Durmiente”, Horner nos introduce en el territorio de los cuentos de princesas para reflexionar en torno a la industria cinematográfica y su apropiación de la tradición popular a través de una marca que registró una serie de personajes femeninos. De esta manera, nos dice, Walt Disney educó a varias generaciones de diversos países y fortaleció un ideal de belleza, de amor, de maternidad y de matrimonio, tanto así que, aun cuando las princesas de esta industria hoy han cambiado, su monopolización del estereotipo femenino en el imaginario colectivo sigue imperando no sólo en las películas, también en los productos de mercadotecnia: vestidos y accesorios a la medida para que las niñas puedan representar con fidelidad a las princesas del cine. Horner analiza cómo surgen los primeros rastros literarios de “La Bella y la Bestia” en el siglo XVII y cómo, desde el segundo tercio del siglo XX, somos herederos de la tradición de los modelos representados por Disney. Este anhelo de ser princesas, modelado por medio de distintos mecanismos de socialización, se refleja en los juegos infantiles y, más tarde, en las fiestas de XV años, donde las adolescentes, con esos suntuosos vestidos que reproducen los atuendos de las princesas, cumplen un rito de paso para mostrarse en sociedad como jóvenes casaderas. Las comedias románticas de Hollywood completan la educación sentimental de las mujeres jóvenes reforzando la idea del matrimonio como destino social.

Horner reflexiona sobre el pacto de poder entre familias —el cual queda saldado en matrimonio y progenie— y su representación a lo largo del tiempo, en las mujeres como capital al servicio de los convenios económicos, como en la “La Bella y la Bestia”; y sopesa la lucha

al interior de la familia, en la que la joven casadera se enfrenta a la madrastra o a la suegra, como en "La Bella Durmiente" o en "La Cenicienta". Desde el presente, la autora problematiza los distintos roles que encarnan (o no) las mujeres y cómo se complejizan en la literatura latinoamericana actual, que va más allá de la dicotomía entre bondad y maldad simplificada en la representación física de la belleza o la fealdad. ¿Qué significa ser esposa o ser madre según modelos impuestos e imposibles de alcanzar? ¿Cómo el cuerpo y los deseos individuales de las mujeres atraviesan esto?, se pregunta Horner a través de la obra de Rosario Ferré y Marina Colasanti.

A lo largo de *Otro bosque* seguimos a la autora por sus distintas etapas vitales. La Lola niña que se enfrenta al bosque y a la noche. La Lola veinteañera ante el mandato social. Lola embarazada de cinco meses. Lola lactando y escribiendo al ritmo de la crianza. Lola siendo madre de dos niños. Y Lola vislumbrándose de anciana. ¿Qué es lo que hace que las historias de hadas permanezcan en el tiempo?, se cuestiona mientras va hilando distintas lecturas fuera del canon como caminos para responder a la pregunta. **U**



Gustave Doré, *Caperucita Roja*, 1862 ©.

DINASTÍA DE ALBAÑILES. OTRAS ARQUITECTURAS EMOCIONALES DE ROLANDO FLORES

Cristina Torres

Hablar desde las posiciones, los espacios, los saberes y las prácticas que han sido invisibilizadas históricamente revela cómo la sociedad delimita lo que considera digno de ser observado, centrado, nombrado y escrito. Debido a nuestra idea tradicional sobre lo que es valioso, aunque también a causa de una supuesta practicidad, la historia de la arquitectura se ha escrito como un corpus paradigmático basado en la tensión entre los cuerpos cuyas labores son englobadas bajo sustantivos colectivos anónimos y los cuerpos narrados a partir de la línea singular de la autoría, es decir, entre los albañiles y los arquitectos, el trabajo manual y el intelecto. Para encontrar las fisuras de esta estructura, tan reproducida que podría confundirse con un orden natural, se necesita una mirada oblicua que busque en el tiempo, antes de la existencia de los espectadores y de la visión “detrás del escenario”.

El contexto de una exhibición opera en la lectura y en la circulación de las obras de arte. Sin embargo, éste resulta aún más relevante cuando un proyecto que desarticula los modos de construir se presenta en el espacio contiguo a la Facultad de Arquitectura de la UNAM, esto es, en el corazón de una de las propuestas de innovación arquitectónica y urbanística más audaces del siglo XX mexicano. La exposición de Rolando Flores, *Dinastía de albañiles. Otras arquitecturas emocionales*, curada por Ixel Rion Lora, cinetiza el espacio del Museo Universitario de Ciencia y Arte (MUCA) de manera expansiva, desbordando las reflexiones desde la sala de exhibición hacia las aulas circundantes y el entorno urbano. Al hacerlo, la muestra cuestiona cómo se concibe, se organiza, se comunica y se registra la práctica de la arquitectura contemporánea.

Flores, reconocido por su habilidad para fusionar lo conceptual con lo material, presenta un grupo de obras que se adentran en el territorio de lo introspectivo y de lo social. Desde el principio, nos vemos inmersos en un entorno donde los tabiques, la pintura y las herramientas no son sólo elementos constructivos, sino también señales del transcurso del tiempo y de la energía impresa en los espacios que habitamos gracias al trabajo de las personas que les dieron forma.

La exposición se centra en una escultura de planos perpendiculares imaginada por Rolando Flores y construida en colaboración con Gilber-

to Vargas Barrón, Roberto Vargas Martínez y Alberto Vargas Ginés, abuelo, padre y nieto: la dinastía de albañiles aludida en el título de la muestra. La escultura, a medio camino entre la obra de arte y la obra de construcción, es una intersección de tres medios: muros color azul, amarillo y gris que es fácil reconocer como parte del lenguaje artístico que Flores ha desarrollado tanto en su trabajo personal como en su trayectoria dentro del colectivo Tercerunquinto. Fue necesario romper tabique por tabique la escultura original, conservando el aplanado y los acabados intactos, para trasladarla al MUCA en Ciudad Universitaria. En un principio, la obra se erigió en un terreno en Ecatepec, a donde acudieron los arquitectos Paulina Sevilla, José María Gómez de León Cantú y Zaickz Moz, además del artista Gabriel Cázares, para estudiarla. Cada cual, desde su propia mirada, propuso una interpretación de la obra por medio de fotografías, textiles, *collages*, pinturas, esculturas y dibujos que ahora orbitan en torno a la escultura nuclear. Así, el recorrido por la exposición se convierte en una experiencia prismática de refracciones geométricas y cromáticas. A la vez, la gramática espacial de los planos intersectados y sus colores se reproduce y se traslada a múltiples medios, materiales, miradas y modos de representación que son lo suficientemente semejantes a la escultura como para percibir la referencia a ella y lo suficientemente divergentes como para crear una polifonía, una metáfora sobre la colectividad.

Al tiempo que el proyecto articula una meticulosa propuesta visual, ensaya una mediación del ámbito afectivo del trabajo de construcción, la cual deviene del postulado “arquitecto, albañil y escultor eran una misma persona”, una idea a la que llegó Mathias Goeritz en su *Manifiesto de arquitectura emocional* (1953) en referencia a la construcción del Museo Experimental el Eco.¹ Flores recuperó esta frase para cuestionar el lugar de las emociones en la práctica de la arquitectura e indagar en cómo las estructuras físicas pueden ser símbolos poderosos de las estructuras emotivas, lo cual enfatiza con los testimonios, presentados en un documental, de Gilberto, Roberto y Alberto Vargas, así como mediante bocetos, dibujos y tres cucharas para rellenar muros donde se comparten citas suyas sobre el proceso de

¹ “Arquitecto, albañil y escultor eran una misma persona. Repito que toda esta arquitectura es un experimento. No quiere ser más que esto. Un experimento con el fin de crear nuevamente, dentro de la arquitectura moderna, emociones psíquicas al hombre, sin caer en un decorativismo vacío y teatral. Quiere ser la expresión de una libre voluntad de creación, que —sin negar los valores del ‘funcionalismo’— intenta someterlos bajo una concepción espiritual moderna”. *Manifiesto de arquitectura emocional*, 1953. Disponible en: <https://acortar.link/CJPiJw>.



Vista de la exposición. Fotografía de Javier Narváez.

creación de la escultura: "Veo a la pieza como un hijo de los tres", "Que pongan un letrero que diga que lo hicimos con mucho entusiasmo", "Alrededor de la escultura me imagino juegos para niños y muchas flores", "Y hacer lo que hemos hecho muchas veces pero con calma, tiempo, detenimiento", "Pero, de verdad, cuando hago un trabajo trato de hacerlo con el corazón; eso es lo que siento yo, que mi esencia se queda ahí, en el trabajo". La presencia de estos testimonios, entrelazados con las obras que derivan de la escultura principal, acrecienta la complejidad del proyecto, pues se introducen facetas que no suelen considerarse entre los objetivos de la arquitectura contemporánea. Hacerlo de manera general implicaría desmontar las estructuras de la división social del trabajo, replantear quién tiene derecho a sentir e incidir sobre qué campos estéticos y reflexionar de manera múltiple sobre la producción social del espacio como propone Henri Lefebvre, es decir, analizando el espacio concebido en representaciones abstractas, aquél percibido por las fuerzas de las divisiones sociales como el trabajo y el que es experimentado a través de las cargas simbólicas que le confieren las personas.

Ahora bien, como es sabido, no hay espacio sin tiempo. Las fracturas que separan cada tabique, visibles en el acabado, evidencian que fue necesario fragmentar la escultura para trasladarla desde el predio en Ecatepec hasta el MUCA. Ésta es apenas la primera parada de un recorrido que incluye el Museo de Arte de Querétaro y el Centro de las Ar-

tes de Nuevo León, donde la obra acumulará huellas, fisuras y desmoronamientos que mostrarán la historia concreta y contextual de la escultura. Esto permite que la obra misma hable de su viaje por diversas regiones del país y del desgaste de cada reconstrucción para un montaje.

En suma, *Dinastía de albañiles. Otras arquitecturas emocionales* desestabiliza las prácticas que forman parte del *habitus* oculto de la arquitectura. Logra hacerlo al desplegar varias capas simultáneas de movimientos parergonales en los que se invierten las relaciones hegemónicas entre el centro y los márgenes: de la mano de obra a la autoría, de lo invisible a lo registrado, del vacío legal en el predio de origen a la triple legitimación institucional, de lo estropeado a lo intencional, del “detrás del escenario” al foco de atención. El resultado es una propuesta artística en la que forma y fondo se desplazan intermitentemente, abriendo paso a la reflexión, la imaginación y el ensayo de nuevos espacios posibles. **U**

La exposición *Dinastía de albañiles. Otras arquitecturas emocionales* permanecerá en el MUCA de Ciudad Universitaria hasta el 14 de septiembre.



Vista de la exposición. Fotografía de Javier Narváez.

NUESTROS AUTORES



**Guadalupe
Alonso
Coratella**

es periodista cultural, escritora y productora de televisión. Como traductora del italiano, publicó *Salvatore Quasimodo: Cartas de amor* y *El león y el arcángel*. Obtuvo el Premio Nacional de Periodismo-Club de Periodistas por *Raquel Tibol: Una vida en el arte*. Es titular de la Casa Universitaria del Libro UNAM.



**Diana
del Ángel**

es escritora, defensora de derechos humanos y doctora en Letras. Ha publicado *Vasija* (2013), *Procesos de la noche* (2017), *Barranca* (2018), *Lucrecias* (2021), *Épica de la semilla* (2022), *Lengua hierba* (2023) y *Periferia* (2024). Actualmente realiza una estancia posdoctoral en el IIB de la UNAM.



**Agustín B. Ávila
Casanueva**

es coordinador de la Unidad de Divulgación del Centro de Ciencias Genómicas de la UNAM. Como miembro de Ciencia Beat, ganó el Premio Nacional de Periodismo 2018. Ha colaborado en *Chilango*, *Nexos*, *Gatopardo* y *Este País*. Es editor de *De cero a ciencia* y *Entrevistando a la ciencia morelense*.



**Sandra
Barba**

(Ciudad de México, 1986) fue editora en *Letras Libres* y en *Gatopardo*. Actualmente es coordinadora editorial de la *Revista de la Universidad de México*. Ha trabajado para El Colegio de México, el CIDE y Everand (antes Scribd) y ha impartido talleres de edición en la UNAM y en Quinto Elemento Lab.



**Jesús
Bartolo**

(Atoyac de Álvarez, Guerrero) es aprendiz de la vida y de poeta, además de licenciado en Educación Física. Ha publicado diecinueve libros de poesía. *Trino de grosellas verdes en el alba* (Cipselas, 2023) y *Manual para bajar de peso* (Reverberante, 2023) son los más recientes.



**Wenceslao
Bruciaga**

(Torreón, 1977) es escritor, cronista, periodista y boxeador *amateur*. Es autor de los libros *Funerales de hombres raros*, *Bareback Juke-Box* y *Pornografía para piromaníacos* en Sexto Piso. Radica en San Francisco, California, desde donde transmite el programa *Distorsiongay* por Psyched Radio.



**Viridiana
Carrillo**

(Cd. Obregón, Sonora, 1984) es licenciada en Lengua y Literatura Hispánica por la Universidad Autónoma de Sinaloa. Autora de *Antes del juego* (2020) y *Silencio cerca de una pirámide antigua* (2022), obra con la que ganó el Premio Bellas Artes de Cuento Hispanoamericano Nellie Campobello 2023.



**José
de Castro**

fue un poeta novohispano nacido en Zacatecas. Perteneció a la Orden de San Francisco y, en 1688, asistió como su representante al Capítulo General de Roma. Es autor de varias obras, como el *Viaje de América a Roma* y el *Panegírico de Santo Domingo*.



**Andrés
Cota Hiriart**

es zoólogo y escritor. Conduce el podcast *Masaje cerebral* y el programa de televisión de la *Revista de la Universidad de México*. Preside la Sociedad de Científicos Anónimos y es autor de varios libros, entre ellos *Fieras familiares* (Libros del Asteroide, 2022) y *El ajolote* (Elefanta, 2023).



Pablo Duarte

(Ciudad de México, 1980) es editor y ensayista. Publicó el libro *Ilegible* (Gris Tormenta, 2021). Conduce un programa semanal sobre libros en la plataforma de pódcast Convoy.



Gabriela Frías Villegas

es divulgadora de la ciencia, ensayista e investigadora del Programa Universitario de Derechos Humanos. En 2016 obtuvo el Reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz de la UNAM. Es autora del libro *Sofía en el país del infinito*.



Alicia García Berqua

es poeta, ensayista y divulgadora de la ciencia. Trabajó en las revistas *Naturaleza* y *¿Cómo ves?* y en el portal-taller *Cienciorama*. Es autora de *Canciones en voz baja* y *La lucha con la zozobra. La libertad bajo palabra en los poetas Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen, Jorge Cuesta y Octavio Paz*.



Maya Goded

es una fotógrafa y cineasta mexicana que retrata la sexualidad femenina, la violencia de género y a las mujeres sanadoras y defensoras de su territorio. Entre sus premios está el National Geographic Storytelling Fellow. Con su documental *Plaza de la Soledad*, ganó el Premio a la Mejor Dirección del Festival Cinema Tropical.



Elisa de Gortari

(Ciudad de México, 1988) es autora de la novela *Todo lo que amamos y dejamos atrás*, que publicará Alfaguara.



Laura Ímaz Álvarez Icaza

es licenciada en Letras Hispánicas por la UNAM (donde obtuvo la medalla Gabino Barreda) y maestra en Estudios Iberoamericanos por la Sorbona. Ha sido becaria en el Instituto de Investigaciones Filológicas y actualmente es editora de la *Revista de la Universidad de México*.



Ricardo López Si

(Ciudad de México, 1989) es periodista, escritor, editor y docente. Autor de los libros *El viaje romántico* y *Norte-Sur*. Maestro en Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona. Director editorial de la revista *Purgante* y colaborador en medios internacionales de cultura, viajes y deportes.



Christian Mendoza

(1990) realiza un doctorado en Literatura Hispánica en El Colegio de México. Sus intereses se centran en la literatura mexicana del siglo XIX y las representaciones literarias de la violencia.



Diego Olavarría

es ensayista, cronista y traductor. Su libro de viajes *El paralelo etíope* (FETA, 2015) ganó el Premio Nacional de Crónica Joven Ricardo Garibay. En 2017, tradujo *Caminar* de Henry David Thoreau, que apareció bajo el sello de Editorial Tripulantes.



**Tanalís
Padilla**

es profesora de historia latinoamericana en el MIT. *Después de Zapata*, su libro del alzamiento de Rubén Jaramillo, es un referente de la historiografía política mexicana, y con *Lecciones inesperadas de la Revolución* ganó el Premio María Elena Martínez de la Conferencia de Historia de América Latina de Estados Unidos.



**Liliana
Pedroza**

es escritora, editora e investigadora. Creó la plataforma digital para la investigación y divulgación de escritoras mexicanas *Catálogo del Cuento Mexicano*. Obtuvo el Premio Humanidades Digitales 2021. Hoy codirige la colección Contemporáneas de la BUAP que publica narrativa de autoras emergentes.



**Karina Sosa
Castañeda**

es editora, escritora y fundadora de la editorial Zopilote Rey. Fue bibliotecaria en el Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca, donde escribió la novela *Caballo fantasma* (Almadía, 2020). Este año se publicó su segunda novela *Orfandad* (Random House).



**Cristina
Torres**

es curadora independiente, especialista en educación artística, escritora y artista. Codirige el espacio independiente Proyecto Escrituras Experimentales. Ha curado exposiciones para espacios y galerías en México, Chile y Venecia. Sus textos se han publicado en libros, catálogos y revistas de arte.



**Elizabeth
Treviño**

es doctora en Filología Española por la UAB. Como investigadora del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM trabaja la historia de la edición de la poesía novohispana, la historia del libro y la lectura, especialmente con perspectiva de género, el teatro de los Siglos de Oro y otros temas.



**Paloma Ulacia
Altolaquirre**

(Coyoacán, 1957) es poeta, novelista y pintora. Su primer libro versó sobre su abuela: *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas* (2018). En 2022, publicó *El ser primero* (*Poemas 1980-1986*) y, actualmente, tiene en prensa su primera novela, *El ausente*.



**Juan
Villoro**

(Ciudad de México, 1956) es narrador, dramaturgo, ensayista y periodista. Entre otros, ha recibido el Premio Xavier Villaurrutia (1999), el Premio Iberoamericano José Donoso (2012) y el Premio Manuel Rojas (2018). Es autor de obras como: *El testigo*, *Los culpables* y *Efectos personales*.



**Jorge
Volpi**

(Ciudad de México, 1968) es narrador, ensayista, licenciado en derecho, maestro en Letras Mexicanas por la UNAM y doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Salamanca. Desde 2022 funge como Director del CEM de la UNAM en España. Su libro más reciente es *Partes de guerra* (Alfaguara, 2022).

Léemelo

TERCERA TEMPORADA

Lunes | 21:00 h

Retransmisión | domingos | 18:30 h



CON

ILSE SALAS
HUMBERTO BUSTO

BENNY EMMANUEL
ADRIANA PAZ



tv·unam

